

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



“Flores campestres”

N.º 809

Z/ 13135 : 16,809 (1927)

El Chaco

Territorio orgullo de la Nación, donde impera el trabajo y el progreso; donde todo es orden, riqueza y producción, ha respondido ampliamente a nuestro llamado en una forma tan espontánea como inesperada.

Profesionales, Comerciantes, Industriales y Agricultores en número de 517 han suscripto acciones por más de \$ 600.000.— ml.

Esta demostración determina el claro concepto que tienen los Chaqueños, del gran valor de nuestras industrias y pone de manifiesto el verdadero sentimiento de argentinidad.

Las garantías allí existentes, nos lanzan con plena satisfacción, a instalar en "Resistencia" su capital, nuestra primera filial, que llevaremos a la práctica tan pronto estemos en producción en esta capital.

La Maquinaria general,
ya está en viaje de Europa para esta Capital Federal.

Oportunamente . emitiremos el 6.º y último millón.

Aceptamos pedidos provisionales.

Nueva Cervecería Argentina

SOCIEDAD ANONIMA

Oficinas: Diagonal Roque Sáenz Peña 501



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, octubre 25 de 1927

N.º 809

Cosas que pasan, por Rojas



—El presidente de Turquía, Mustafá Kemal va a pronunciar un discurso parlamentario, que durará siete días.
—Pues si se le pusiera enfrente Horacio Oyhanarte, que es capaz de hablar de Irigoyen durante siete años, ¿Kemal quedaría Mustafá?



—El cabildo metropolitano de Zaragoza ha nombrado a Primo de Rivera canónigo honorario de la basílica de la Virgen del Pilar.
—No me extraña el nombramiento, pues en alguna sesión de la Asamblea Nacional, el dictador va a tener que bailar de coronilla.



—En esta laguna hay unos peces que se llaman "asaltantes".
—Entonces no hay quien los pesque.



—¿Qué va usted a hacer, desgraciado! Por qué quiere pegarse un tiro!
—Porque he visto que en los tranvías no se permite escupir, ni subir en marcha, ni bajar estando el coche en movimiento, que hay que cederle el asiento a las damas, que está prohibido fumar, y, ahora que ni en los acoplados se puede encender un cigarrillo, bajo multa de diez pesos a quien lo haga. ¿Para qué quiere uno la vida, entonces?



—Costex y Lebriz son los únicos aviadores que han cruzado el Atlántico Sur en una sola etapa.

—Pero, en cuanto a mujeres, la mía mantiene el record de volación: dos veces ha volado ya del hogar.

La divina inquietud

Por Amado Nervo

Nació enfermo, enfermo de esa sensibilidad excesiva y hereditaria que amargó los días de su madre. Precocemente reflexivo, ya en sus primeros años prestaba una atención extraña a todo lo exterior, y todo lo exterior hería con inaudita viveza su imaginación. Una de esas angustas puestas de sol del otoño le ponía triste, silencioso y le inspiraba anhelos difíciles de explicar: algo así como el deseo de ser nube, celaje, lampo y fundirse en el piélagos escarlata del ocaso.

Las solemnes vibraciones del *Angelus* llenábanle de místico pavor; la vista de una ruina argentada por la luna o de un sepulcro olvidado, cubría de lágrimas sus ojos. Algunas veces, sin causa alguna, lanzábase al cuello de su madre, y con efusión incomparable la besaba y le decía:

—¡No quiero que te mueras! Otras, permanecía en éxtasis ante un cuadro cualquiera.

Era huracán y, a la edad en que todos los niños buscan la zambra, procuraba el aislamiento.

A los trece años, habíase enamorado ya de tres mujeres, cuando menos, mayores todas que él; de ésta, porque la vio llorar; de aquélla porque era triste; de la otra, porque cantaba una canción que extraordinariamente le conmovía.

Parecía su organismo fina cuerda tendida en el espacio, que vibra al menor golpe de aire.

De suerte que sus dolores eran intensos e intensos sus placeres; mas unos y otros silenciosos.

Murió su madre, y desde entonces su taciturnidad se volvió mayor.

Para sus amigos y para todos era un enigma, y causaba esta curiosidad que sienten la mujer ante un sobre sellado, y el investigador ante una necrópolis egipcia, no violada aún.

¿Qué había allí dentro? ¿Acaso un poema o una momia?

¡Ah... se iría a la tumba con su secreto!

La herencia materna, bien menaguada, apenas bastó al joven para trasladarse a una ciudad lejana, donde un tío suyo, solterón, vivía y le llamaba, ofreciéndole encargarse de su educación.

Tenía entonces catorce años.

Era aquella ciudad, llamada Pradela, una de las pocas de su género que existen aún en México. De fisonomía medioeval, de costumbres patriarcales y, sobre todo, de ferviente religiosidad.

Influían en esto, sin duda, el clima, el apartamiento de todos los centros, a que contribuían los pésimos caminos carreteros, el temperamento linfático de los habitantes y otros factores igualmente poderosos. Ello es que, salvo los religiosos ejercicios, nada había en Pradela que sacar pudiese de quicio a los moradores, dedicados en su mayor parte a la labranza.

Tenía la ciudad su obispo, varón docto en teología y cánones, y su seminario, inmensa casa que albergaba más de cien teólogos y donde la juventud de Pradela hacía sus estudios preparatorios y gran parte de ella los sacerdotales. Así, a ciertas horas del día veía uno salir por la inmensa puerta principal del colegio multitud de muchachos, de cuyos hombros pen-

día la grácil capa de casimir gris: único distintivo que acusaba su cualidad de estudiantes de *facultad menor*.

La puerta del Clerical, departamento del colegio destinado a los teólogos, daba asimismo paso, los jueves y los domingos, a grupos enlutados de jóvenes originarios de todos los pueblos del distrito, o bien miembros de las familias conocidas de la ciudad, que iban de paseo.

Cuando el reloj de la catedral sonaba las nueve y tres cuartos de

que las había a pesar de todo, —pálidas por lo general y de fisonomía pensativa, salían a la calle arrebuajadas siempre con negro tapado de merino; oían diariamente su misa; confesábanse los viernes, teniendo cada una su director espiritual, y comulgaban el sábado, en honor de la Inmaculada, las fiestas de guardar y tal o cual día de elección.

Año por año, las aulas del Seminario, vacías de gramáticos, filósofos y teólogos, que disfrutaban sus vacaciones, corridas de octubre

REMINISCENCIA

A aquella edad lejana
vuela mi fantasía.
Oyendo en el camino
cantar al avecilla
mi corazón de niño
ligero se creía
que su placer gorjeaba
sobre la rama, tímida.
Con silencioso beso
la muchacha garrida
puso miel en mis labios
y en el alma la dicha.

Como sahumero vago
de dulces cosas idas,
un organillo triste
suenan en la vieja esquina.
Junto al hogar sentado,
en la mañana fría,
a aquella edad lejana
vuela mi fantasía...
Recuerdo el caminito,
los sauces y las viñas,
aquel sol mañanero
que esa paz bendecía
y siento aún en mi boca
la boca de la niña...

¡Pequeñas cosas grandes,
recóndita armonía
que se prolonga siempre
y perfuma la vida...!

Horacio H. SIVORI.

la noche, dejábase oír el lento y sonoro toque de *queda* cuyas tristes inflexiones llevaban a todos los hogares una sensación indefinible de melancolía y temor. Prolongábase este toque hasta las diez; y, tras breve intervalo de silencio, ciase de nuevo durante algunos minutos, recibiendo el toque segundo la denominación de *queda grande*.

Al escuchar el toque, el viejo médico dejaba su tertulia; la visita de desconfianza se despedía, y las calles, de suyo silenciosas durante el día, dejaban ver, a la luz de icterico farolillo de aceite, a tal o cual transeunte que presuroso se dirigía a su casa, oyéndose por largo tiempo el eco medroso de sus pasos.

Las jóvenes de la ciudad — por-

que la *Reina de la noche*, abrían su cáliz en el misterio, sin dejar por esto, semejantes a ella, de ser puros y sencillos. Vivían en silencio por breve tiempo y morían por fin bajo el yugo matrimonial, dirigiéndose, desde su *alfa* hasta su *omega*, por el prudente director espiritual de la doncella.

II

Tal era el medio en que debían desarrollarse las delicadas facultades de Felipe, quien, ávido de estudio, comenzó por dedicarse al del latín, que comprendían *mínimos, medianos y mayores*, y al cual debían seguir las matemáticas, la física y por último la lógica, coronamiento de la facultad *menor* y vestíbulos de las tres teologías: *dogmática moral y mística*, y del derecho canónico, extenso y árido.

Su vida transcurrió desde entonces sin más agitaciones que las que su viciado carácter le proporcionaba; su fantasía, aguijoneada por el vigor naciente de la pubertad, iba perpetuamente, como hipógrifo sin frenos, tras irrealizables y diversos fines. Atormentábase un deseo extraño de misterio, y mujer que a sus ojos mostrase la más leve apariencia de un enigma convertíase en fantasma de sus días y sus noches.

Si pasaba frente a un caserón más silencioso que los otros y advertía en los balcones tiestos que revelaban cultivo o canarios que hablaban de mimos delicados, deteníase, e incrustándose en el marco de un zaguán, aguardaba las manos blancas, los ojos negros y el tallo leve que necesariamente debían albergar aquellos muros.

Hubo de llegar el día de la elección de carrera. Terminaban las vacaciones del año de lógica y Felipe se hallaba a la sazón en el campo, en una propiedad de su tío, en compañía de Asunción, la hija del administrador, rapaza montañesa que le era adicta como un perro. Allí entreteníase en matar *huitolas* y *ánseres*, y en hacer estrofas a las tardes tristes y a las mañanas seductoras, cuando fué interrogado por don Jerónimo (este era el nombre del tío), acerca de tan importante asunto.

Quedóse el joven silencioso durante algunos instantes, y por fin dijo:

—Lo pensaré.

La misma respuesta dió ocho días después.

Enero se acercaba, y pronto, caballeros en flacos rocines, empezaban a llegar a las puertas del colegio los gramáticos, los filósofos y los teólogos, ahitos de aire y de sol, de excursiones y de quebradas y de apetitosos almuerzos en el bohío, al pie del comal dorado, donde forma ámpula las tortillas, esparciendo un olorillo grato.

El tío repitió por tercera vez la pregunta. Había que comprar los textos y que sacar la matrícula. ¿En qué pensaba el buen Felipe?

El buen Felipe pensaba en algo raro sin duda, pues en algunos días a la fecha andaba más cabizbajo y paliduchó que de costumbre, pedeciendo frecuentes distracciones, de las cuales le despertaba el tío con vigorosos sacudimientos y esta exclamación:

—¡Pero canijo! ¿dónde te has?

A la tercera pregunta, el estudiante respondió, empero, con voz apagada:

—Estudiaré teología.

No sorprendió al viejo la respuesta, que aun cuando el chico no era muy dado a ejercicios piadosos, no se distinguía tampoco por su dissipación; y además, nadie en Pradela, venero de sacerdotes, podía asombrarse de una resolución semejante. Así, pues, limitó a decir:

—Mañana iremos a la ciudad a comprar los libros. ¡Quién quita que llegues a obispo!

¿Qué pasaba por el alma del bachiller?

Algo grave. Aquel espíritu, sediento de ideal, desilusionado, tornadizo en extremo, había acabado por comprender que jamás saciaría su ansia de afectos en las criaturas, y como Lelia, la de Jorge Sand, sin estar muy convencido que digamos de las católicas verdades, buscaba refugio en el claustro. En el claustro, sí, porque no era el ministerio secular el que le atraía. El Seminario debía ser sólo pasajera egida para que no se enfriasen sus buenos propósitos.

La transformación que tal resolución suponía había ido operándose en el alma del joven de una manera lenta, pero segura. Ya en el curso de su vida, la fibra mística, esa fibra latente en todo el organismo moderno, había estado estremecido en el seno del silencio; pero aquella última estancia en el campo, aquella continua solemnidad de las tardes otoñales habían concluido la obra, en consorcio con tales y cuales lecturas de santos, a las que, en medio de sus tedios frecuentes, acudiera.

Una idea capital flotaba sobre el bátraco de contradictorios pensamientos que agitaban su cerebro. Tal idea podía formularse así: "Yo tengo un deseo inmenso de ser amado, amado de una manera exclusiva, absoluta, sin solución de continuidad, sin sombra de engaño, y necesito asimismo amar; pero de tal suerte, que jamás la fatiga me debilite, que jamás el hastío me hiele, que jamás el desencanto opaque las bellezas del objeto amado. Es preciso que éste sea perennemente joven y perennemente bello, y que cuanto más me abisma en la consideración de sus perfecciones, más me parezca que se ensanchan y se ensanchan hasta el infinito".

Claro es que, con tal excelso ideal, todo lo creado estaba de más, y el convento se dibujó en la imaginación de Felipe como la playa lejana donde las olas mundanales iban a romper, murmurando no sé qué frases de despecho e impotencia.

III

Transcurrieron algunos días en que las tareas escolares, no metodizadas aún, efectuábanse de cualquier manera. Las aulas se henchían lentamente, y en los salones dormitorios, así del *Clerical* como del *Internado*, armábanse diariamente dos o tres catres de "fierro", propiedad de otros tantos internos o teólogos.

Una vez que en Pradela estuviesen de regreso de sus pueblos todos los estudiantes, empezaban por ellos los ejercicios de San Ignacio, obligatorios y distribuidos en los días de costumbre.

Felipe reservó para entonces su instalación en el *Clerical*, donde en calidad de teólogo debía residir en adelante.

El último día de ejercicios, llamado de retiro, el obispo de la dió-

cesis confería las órdenes menores a los que, concluido el bachillerato, las solicitaban, y entre los solicitantes esta vez encontrábase Felipe.

Así las cosas, el 2 de Febrero de 188... inauguró el piadoso período destinado a cumplimentar la máxima bíblica: *Piensa en tus próximos y no pecarás*.

Desde el primer día, Felipe diose a la piedad con empeño tal, que edificaba y acusaba una completa conversión. El era el primero en entrar a las distribuciones y el último en abandonar la capilla; y el pedazo de muro que a su sitio correspondía en ella hubiera podido dar testimonio de su sed de penitencia, mostrando la sangre que lo salpicaba y que se renovaba a diario, cuando durante la distri-

que subía de punto, sus manos agitaban sin compasión el flagelo, éste, al chocar contra el muro, dejaba ahí pintadas cárdenas e irregulares líneas, salpicando la parte superior de la pared de innumerables puntos rojos.

No era él de esos pusilánimes que hacen las cosas a medias. Convencido ya de que a Cristo sólo se va por la inocencia o la penitencia, escogía el segundo camino, que en su concepto era el sólo que le restaba, y atormentando al *jumentillo* (palabra con que un asceta designaba su cuerpo), purgaba así los desvarios de su cerebro plétorico de sueños.

Pasado el *Miserere* y salidos todos los ejercitantes de la capilla, permanecía en ella largo rato, sin atender a la campana que le lla-

pacto hecho con Satanás; ya podía, como Magdalena, *escoger la mejor parte*, acurrucándose a los pies del Maestro!...

Apenas recibidas las órdenes menores, nombráronle bibliotecario, y desde entonces su vida transcurrió en la capilla, en la cátedra y en la biblioteca.

Era ésta un inmenso salón situado en la planta alta del edificio, con anchas ventanas que miraban al campo, con pesadas estanterías de roble y desgarrados atri-les colocados aquí y allí.

El pergamino mostraba a cada paso su tez amarillenta, bajo la cual hallábanse, en el latín de la decadencia y la Edad Media, las extensas lucubraciones de los Santos Padres el elocuente Crisóstomo, el profundo Agustino, el tierno Bernardo, el delicado Ambrosio, y los teólogos más modernos, descollando, en parte principal, la *Summa del Sol de Aquino*, también había clásicos latinos y españoles del siglo de oro.

¡Oh! ¡cuántas veces, cómodamente instalado cerca de alguna de las grandes ventanas, con el infolio abierto sobre los muslos, y sobre el infolio los codos y el rostro entre las manos, el bachiller seguía con vaga mirada el caprichoso giro de las nubes doradas, el vuelo irregular de las palomas que habían hecho nido en el vecino campanario, el zig-zag de alguna golondrina, precursora de la bandada que venía en pos de la tibia primavera, o el tenue fulgor del rayo de sol que atravesando la vidriera, jugaba con el polvo secular de la biblioteca y acariciaba con besos anémicos los dorsos enormes y quietos de los libros, momias de antiguas creencias y de muertos ideales!

Sentía entonces su espíritu, como en los días lejanos ya de la infancia, el deseo de fundirse en el lampo reverberante, en el acre perfume de los cedros que bordeaban la alameda cercana, en el aura vagarosa que agitaba débilmente los floridos ramajes del rosál del patio contiguo; sentía el anhelo, vago pero inmenso, de volar en medio de la radiosa serenidad de la tarde y escalar alturas desconocidas, y llegar por fin allá donde las últimas capas atmosféricas dejan ver sin velos de nubes la excelcitud de los espacios y la potente fulguración de los astros.

Irritábanle las mezquindades que hallaba en su ser, y hubiera querido consumirlas, aniquilarlas con el fuego abrasador de la caridad; mas el confesor le iba a la mano, diciéndole:

—No se ganó Zamora en una hora, hijo mío. Ese deseo irritado de ser perfecto desde luego, significa vanidad. Precávete de su miseria que siempre tiende a caer, y pida humildemente alas para levantarse...

Una de las virtudes que más amaba el joven era la castidad.

En todos los libros piadosos que había a la mano, leíase que era ésta la virtud más grata a Dios; que los castos, en el día del juicio, estarían a la diestra del Cordero, vestidos con blanquísimas túnicas y llevando palmas en las manos por ser sus predilectos; que el Evangelista, a su cualidad de virgen había debido apoyar su cabeza en el seno del Maestro; que muchos mártires habían preferido los más cruentos suplicios a la pérdida de virtud tan amada, y que la misma María había rehusado la materni-

Calzado "NEWARK"

VENTA DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.- m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245
Y CARLOS PELLEGRINI 342

bución de la noche, apagadas las luces, los acólitos entonaban el *Miserere*.

No hay manera de describir el horror sublime de tal hora. El predicador, tras un discurso que procuraba hacer elocuente, terminadas apenas las frases de exhortación a la penitencia, con la voz apagada por la emoción, iniciaba el doloroso salmo del Rey profeta, que con la voz monótona cantaban los monacillos; y haciendo coro a los sollozos de compunción de los ejercitantes, oíase el chasquido de los azotes que, con fervor, descargaban ellos sobre sus carnes más o menos pecadoras.

El salmo duraba unos cinco minutos, que para los flacos de celo que se esforzaban en atormentar de veras sus espaldas, eran tan largos como cinco siglos.

¡Oh! y cómo recordaba Felipe aquellas solemnes escenas en que, presa el alma de una exaltación extraña, murmuraba: "Sácíate ahora, carne", y en que, con esfuerzo

maba a la cena; y concluido el examen de conciencia, última etapa del día, aún se quedaba ahí, frente al altar que mal aclaraba la temblorosa luz de una lámpara de aceite, perpetuamente encendida ante el divino Sacramento.

IV

Muy breves transcurrieron para él los nueve días, y hecha al cabo de ellos confesión general, dispúsose a recibir de manos del obispo la negra vestidura, distintivo de los siervos de Dios.

No decayó un momento su ánimo cuando el viejo prelado, cortando algunos de los castaños rizos que ornaban su juvenil cabeza, murmuró palabras misteriosas, y más tarde, cuando concluida ya la ceremonia de la tonsura, la afilada navaja del barbero dejó en su occiput la huella de los esclavos de Cristo.

¡Por fin! ¡Ya era todo de Dios; ya había roto por segunda vez el

dad divina si debía ser con mengua de su pureza.

Y lo que al principio fué anhelo en el joven, convirtiéndose de pronto en una obsesión. Esquivaba aún la mirada de una mujer, y cada vez que algún ímpetu natural conmovía su organismo, acudía a las mortificaciones más terribles ya hundiéndose en su cintura las aceradas púas del cilicio, ya fustigando sus carnes con gruesas disciplinas, ya llevando la frugalidad hasta el exceso.

Tal mortificación perpetua hacía que su ánimo se recogiera más y más en sí misma, y que su sensibilidad se volviese más y más delicada y asustadiza.

¡Qué inmensos sobresaltos le producía la voz de una mujer! ¡Qué temores la menor forma que se destacase en el vivo lienzo de su imaginación con las líneas armoniosas de una Eva!

Rehusaba ir a paseo con los demás, y cuando se veía obligado a salir a la calle, bajaba temeroso los ojos y, semejante a ciervo joven, al menor roce de faldas, temblaba y se estremecía.

En compensación de tan continuadas inquietudes, hallaba cada día más sabrosas sus pláticas con Dios, y a veces, presa de emociones desconocidas, sentíase vecino del éxtasis.

V

Una noche, sin embargo, había experimentado cosas tales y tan extrañas que creyó morir.

Como de costumbre, se quedó en la capilla cuando todos salieron. El sacristán apagó las luces que ardían en el altar y salió a su vez, entornando la gran puerta, que rechinó lúgubremente al girar sobre sus ejes. La capilla quedó a oscuras, pues la débil lamparilla que ardía ante el Sagrario más servía para aumentar el misterio de la nave que para disipar las espesas sombras.

Felipe se había arrodillado sobre la grada más alta del altar, buscando la mayor aproximación posible a aquel Depósito donde se hallaban todas sus delicias.

Allí, con los ojos cerrados, los brazos en cruz sobre el pecho y la cabeza ligeramente inclinada, púsose a meditar en la Pasión, haciendo desfilar por su mente las dolorosas escenas inmortalizadas en el Evangelio.

A veces la versátil fantasía volaba hacia otra parte, mas con poderosos y continuados esfuerzos él la volvía al camino deseado.

Largo rato llevaba ya en la misma postura y entregado a la contemplación, cuando un fluido frío empezó a recorrer sus miembros, haciéndoles estremecer, y un sudor abundoso cubrió su frente.

Apoderóse de su espíritu un terror espantoso, ese terror pánico que paraliza el movimiento y casi los latidos del corazón.

Quiso gritar y no pudo, quiso levantarse y permaneció clavado al granito de la grada.

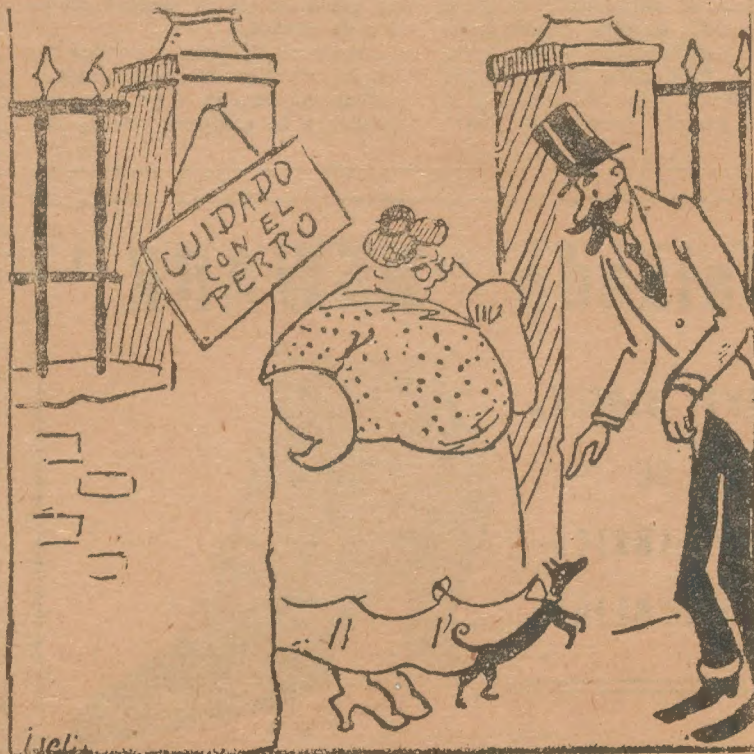
No se atrevió a abrir los ojos, temeroso de morir, como el pueblo hebreo ante los relámpagos del Sinaí; y sin fuerzas para nada, aguardó el prodigio...

Entonces ocurrió una cosa excepcional.

Ante él se levantó, perfectamente determinada, perfectamente distinta, una figura; pero no la del Maestro; no era la radiante epifanía del Cristo con su amplia túnica

purpúrea, su corona de espinas, su rostro nobilísimo ensangrentado y sus manos heridas por los clavos; era una mujer, una mujer muy hermosa, rubia, de aventajada estatura, de rostro virginal y delicadas y encantadoras formas de núbil, que tendían sus curvas vastas bajo el peplo vaporoso y diáfano.

Y... ¡extraña coincidencia!, aquella cara él la había visto en alguna parte... ¿Dónde? La memoria se lo dijo al punto: en el campo, en la hacienda de su tío. Su compañera de infancia, la hija del administrador: Asunción.



—¿Y para este perrillo tan chico pone usted ese cartel?
—Sí, señor; para que no lo pisen.

¿Por qué surgía frente a él? Debía, es claro, cerrar los ojos ante la aparición, maligna sin duda, pero ¿cómo, si eran los del alma los que la veían?

Y su terror, desvaneciéndose lentamente, daba lugar a una sensación tibia y suave que llevaba el calor a los miembros rígidos y aceleraba los latidos del corazón.

La hermosa figura extendió las manos, las apoyó en la cabeza del bachiller y, murmurando algo, acercó lentamente, muy lentamente, sus labios...

Entonces, aquella conciencia inflexible, exigente, implacable, protestó, gritó: "¡alerta!"; y Felipe, exhalando un gemido de angustia, se puso en pie y tendió en derredor los ojos azorados: ¡Nada!

Sacudió la cabeza, y con movimiento de niño que busca amparo,

corrió hacia una Virgen que, con Jesús en los brazos, se levantaba sobre un pilar de piedra, pegóse a ella y exclamó:

—¡Madre mía, socórreme! ¡No quiero, no quiero ser malo! ¡Por tu Concepción Inmaculada, defiéndeme!...

Y pareciéndole que, ante el mayor peligro, mayor había de ser igualmente su resolución de pureza, añadió con voz que era un sollozo:

—¡Te juro por tu divino Hijo, que está presente, conservarme limpio o morir!

EVITE EL SUDOR
DE SUS PIES, MANOS Y AXILAS
CON
VASENOL
ANTISUDORAL

¿Acaso, microcosmos débil, sentía aletear en su rededor todas las fuerzas de la creación y estremecerlo, y adivinaba la derrota de su resistencia flaca?

¡Quién sabe! Ello es que aquella alma exaltada sintió hasta entonces cuán altas y cuán ásperas eran las cimas que pretendía escalar, y como ave cansada plegó las alas...

VI

Volaban los días sin que alterasen la monotonía de aquella vida más que la lucha sorda mantenida con las bajas tendencias, las exaltaciones piadosas y los recelos del espíritu, ora atormentado por la duda, ora por el temor.

Felipe palidecía, enflaquecía, se debilitaba, sin embargo; su faz angulosa ahora, si antes oval, y sus manos largas, cuya piel dejaba ver el tejido sutil y azulado de las venas, asemejábanle a esos grandes ascetas que vemos en los lienzos de Ribera.

A la anemia íbase uniendo el reumatismo, que había invadido la pierna derecha y que amenazaba la izquierda. La inmovilidad a que los estudios y la meditación le forzaban, eran gran parte a aumentar su mal, y tan visibles mostrábanse ya las huellas de éste, que el viejo labrador hubo de decir al bachiller, en una de sus visitas al colegio:

—¡Canijo!, hay que tomar las cosas con calma, si no quieres ir a hacer compañía a tu madre, que de Dios goce.

—No se apure usted, tío — respondió el bachiller, — que cuanto más pronto me muera, menor será la cuenta que tenga que dar, y menores los peligros a que me he expuesto.

—¡Bonita gracia! ¡Eso no es cristiano! ¿Sabes tú si Dios te quiere para ornamento de su Iglesia y edificación de sus fieles? Y con rigores de penitencia exagerados te matas, ¿no defraudas acaso la intención divina acerca de ti?

—Yo diré a usted, tío: ni creo que mi penitencia sea exagerada, ni mucho menos que desagrade a Dios; y si El me quiere, como usted dice, para ornamento de su Iglesia (¡pobre ornamento sería yo por cierto!) tócale conservarme, como conservó a muchos de sus siervos en medio de grandes penalidades, comparadas con las cuales las mías resultan mezquinas y baladíes.

—¡Ay, hijo! De todos modos, pienso que ahora más necesitas de aire puro y buena alimentación, que de penitencia, y así que acabes tu curso, te llevaré a la estancia. ¡Ya verás qué lindo está aquello! Las milpas crecen que es un contento, y la carretilla verdea tan

ANECDOTA

En cierta ocasión, Napoleón I, al pasar frente a una estatua de San Pedro, se descubrió reverente la cabeza.

Un general que le acompañaba y que se las daba de filósofo, o como diríamos ahora, un socialista, le preguntó que por qué hacía esta reverencia a un clerical. A lo que contestó el Emperador:

—Hágale esta reverencia, porque este pobre pescador formó un ejército más numeroso que el mío, y sin fusiles ni cañones ejerció en el mundo más imperio que yo.

lozana y tupida, que las vacas miran de lejos con envidia. En la presa hay más patos que tules, y en los vallados, las garzas morenas y blancas se cuentan por docenas. ¡Y el monte! ¡Ahí te viera!; hay venados que es una bendición; tarde a tarde bajan al aguaje y se abrevan tan tranquilos!... ¡Como nadie los persigue! Yo he dicho a todos los peones: "Cuidado con matarme una res, que ha de venir el niño Felipe cansado del encierro y con ímpetus de retozar, y no dejará ocioso la escopeta." ¡Y aun no te he hablado de las lomas de la Trinidad! Te digo que está todo aquello alfombrado de tempranillas color de pitaya y de amapolas más rojas que esto. (Y el viejo mostraba su paliacate). Vamos, que dan ganas de bendecir a Dios, que hace cosas tan hermosas. El mes que entra es la cosecha, y ya verás cuántos codornices hallas en el barbecho. El *combate* estará lucido. Nada; que apenas despuntan las secas, te vienes conmigo. En ocho días, con la vista del campo, destierras la tirisía, y con la leche recién ordeñada, te pones más colorado que un cardenal.

Sonreía el bachiller ante aquella sugestiva pintura; pero, como vulgarmente se dice, no le entraban las razones del tío, y a pesar de su afición decidida a la bucólica, deseaba quedarse todas las vacaciones entre las cuatro paredes de la capilla o de la biblioteca, pues temía que le distrajesen demasiado de su fervor las correrías campesinas.

Hubo, sin embargo, de acceder a las repetidas solicitudes del viejo, que no daba tregua a la carga, y, sobre todo, al mandato del médico del colegio, que aprobó por completo el régimen curativo de aquél.

Así que apenas llegado Octubre, una mañana recién llovida, tío y sobrino, caballeros en buenos caballos, emprendieron la marcha, el uno alegre como unas Pascuas y el otro un sí es no es cabizbajo y receloso.

Una vez llegados al casco de la hacienda, multitud de peones llenó el portal para saludar al "padrecito", que por tal le tomaban ya, anticipándose al obispo, y se atropellaban; éste, para besarle la mano; aquél, para ofrecerle rico queso de siete leches, amasado en artesa limplecita, por su mujer; el otro, para contarle que la vaca pinta, que había corrido con el toro suizo, acababa de parir un becerrito más gordo que un lechoncito y más travieso que un duende. Felipe atendía a todos con la sonrisa en los labios, cuando de pronto notó que los rancheros abrían sus filas para dejar el paso libre al administrador que, llevando a su hija de la mano, se adelantaba a saludarle.

Saludáronse ambos, y la muchacha, más roja que la clavellina, púsole en las manos una bola de rica mantequilla envuelta en hojas de maíz, a tiempo que el administrador, hombre cuarentón, de fisonomía franca y expresiva, decía:

—Niño, ésta le trae ese regalo que ella misma preparó. Usted ha de dispensar. Yo le decía que no valía la pena, pero se empeñó en traérselo pues dice que allá en la Pradela no la ha de probar tan buena y gorda.

La muchacha, con los ojos bajos, añadió:

—Estuve recogiendo todos los días, desde hace una semana, la mejor nata de la olla, y creo que la mantequilla salió buena. Me acordé que le gustaba mucho, y dije: pues manos a la obra, que me lo ha de agradecer.

Hablaba con naturalidad, aunque un poco cortada.

¡Y cómo había crecido! Si parecía mentira que el día de Todos los Santos cumpliera apenas diez y seis años! No era ya aquella muchacha zancaña y descuidada, que travesaba todo el santo día en la casa y, jinete en briosos potros, ponía el Jesús en la boca con sus audacias a los rancheros.

to el parecido de la joven con su fantasma, don Cipriano, el administrador, dijo:

—Pero ¿no la ve usted qué crecida? Ya no es la marimacho que usted conoció; no, no. ¡Si viera qué hacendosilla se me ha vuelto! Ella barre, ella cose, ella plancha, y aun le sobra tiempo para cuidar de sus canarios y zenzontles, a cual más cantador.

La muchacha, vuelta a ruborizarse con estas palabras, sonreía mostrando la fresca sarta de sus dientes, blancos y lucientes como el maíz tiernecito, y con el rabillo de los cerúleos ojos miraba al bachiller, que no las tenía todas con-



USTED

Tiene el deber de MATAR MOSCAS

pero también de NO INTOXICAR LAS PERSONAS

Esto lo consigue perfectamente con el

LIQUIDO INSECTICIDA

"BIOL"

preparado por el INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA N° 1745

Habíase vuelto muy afeñoradita y muy mona; se había estirado, cuando menos, cuatro dedos. Sus formas redondeábanse graciosamente, y la enagua de percal floreado, sobre la que caía albeante delantal de lino, dejaba ver el nacimiento de una pierna torneada y firme y unos piececuelos que, aunque burdamente calzados, hacían ostentación de su pequeñez y elegancia.

Una blusita de cambray, ornada de encajes, completaba el sencillito atavío, y sobre los hombros redondos y carnosos, como lluvia de oro caía la luenga cabellera, mostrando aún las nítidas gotas de agua del reciente baño.

Como si quisiese completar estas observaciones que involuntariamente habían acudido a la mente del bachiller, quien hallaba exac-

sigo y que hizo observar que la sesión bajo el portal se prolongaba demasiado y que podían subir al comedor, donde todos estarían más cómodos.

Así lo hicieron, y acabada la comida, de la que, como de costumbre, participaron don Cipriano y su hija, que no perdía ocasión de atender al joven, éste se retiró a su cuarto, sentóse en el viejo sillón de cuero que fué testigo de sus sueños de adolescente, y con la mirada perdida en el pedazo de campo que dejaba ver la amplia ventana del fondo, púsose a pensar que había hecho mal en dejar su guarida, y que apenas el reumatismo y la clorosis le dejaran un poco, tornaría a aquel colegio de sus amores, donde nadie interrumpía sus pláticas con Cristo.

No se realizaron del todo las previsiones de don Jerónimo, el tío de Felipe, relativas a la salud de éste.

El reuma, si bien le daba algún respiro, no era tanto que le permitiera alejarse mucho de la casa para tomar sol, y a veces ni aun podía el joven dejar su habitación, desde la cual se contentaba con ver el campo y las lejanas montañas, teniendo siempre sobre las rodillas un libro piadoso: la *Imitación de Cristo*, las *Confesiones*, de San Agustín o la *Introducción a la vida*, devota de San Francisco de Sales, obra que por suaves y floridas rampas conduce a las altísimas cumbres de la perfección.

Jueves y domingos, del vecino pueblo iba a la hacienda un vicario, que decía misa y con el cual confesaba Felipe, acercándose, cuando sus males se lo permitían, a la Sagrada Mesa.

La anemia, sí, cedía un poco, y las mejillas del bachiller iban adquiriendo el color de la vida.

Contra sus recelos y presunciones desconsoladoras, no se entibaba en su alma el fervor que le dictara tantos propósitos, antes bien, crecía, y su amor a la pureza, sobre todo, agrandábase en proporciones tales, que nada bastaba a amenguarlo o aniquilarlo.

No obstante, aquella impresión que la rubia muchacha de su "éxtasis" le produjera, mezcla inexplicable de contradictorios sentimientos, no moría; y su excesivo pudor daba nuevos rumbos al pensamiento cada vez que hacía Asunción iba, y le impedía aún contar nada al confesor, por miedo de que la narración avivase el anhelo, no por eso éste variaba, y encerrado en el ánfora inviolable de aquel corazón casto, como el perfume en el frasco herméticamente cerrado, pugnaba por dejar su cárcel y difundirse en el exterior.

Por parte de la muchacha, la conducta, para un observador, hubiera sido extraña, si no era para don Jerónimo y don Cipriano.

Sus solicitudes para con Felipe iban en auge, y presentábanse a veces bajo formas tan delicadas, que necesariamente movían la gratitud del bachiller.

Mañana tras mañana, a las siete en punto, herían el oído de Felipe, ya despierto, discretísimos toques dados a la puerta, y se escuchaba al propio tiempo la voz fresca y argentina de la moza que preguntaba.

—¿Se puede?

—Adelante — respondía el joven.

Y Asunción entraba llevando en las manos ancha bandeja donde humeaba una rica taza con Socunuseo del mejor, rodeada de sabrosos molletes doraditos y olorosos, y junto a ella un gran vaso repleto de leche.

Colocaba la bandeja sobre el velador, y dando los buenos días al joven, iba a sentarse al viejo sillón de cuero e iniciaba un monólogo de golondrina, vivo, sencillito y pintoresco.

—¡Qué deseos tenía de que escampara, por ver ese cielo tan limpio de octubre, que no parece sino que lo han fregado con estropajo!

Cierto es que cuando se mete el sol en las tardes, no hay volcanes que parece que van a incendiar el

cielo; pero en cambio, aquella bola de fuego que se hunde, se ve hermosísima. Son esas tardes muy majestuosas, y se siente cierta tristicita agradable y dan ganas de suspirar. En cambio, las mañanas alegran el alma; los borrequeitos de la majada de Antón, según le ha dicho él, tiemblan de frío, y por calentarse retozan; pero los animalitos son muy friolentos; no es para tanto. Ella se levanta apenas clarea un poco y baja al corral para ver como ordeñan los mozos, y ella misma ordeña a la "Uva", su vaca negra predilecta que ya la conoce. Allí aparta la leche para el niño (Felipe), y después limpia las jaulas de los pájaros. La canaria copetona, que la quiere mucho, pía cuando ella se acerca y destapa su jaula, y el zenzontle más pequeño la saluda ya con gorjeos débiles.

Y Felipe seguía con la imaginación aquellas escenas llenas de colorido; y cuando terminaba su desayuno, la muchacha dejaba el sillón, tomaba la bandeja y salía diciéndole, con una sonrisa y leves rubores en la frente:

—Hasta luego, niño.

En el día volvíanse a ver con mucha frecuencia. Cuando el bachiller leía en el corredor, que era cuando se sentía mejor de sus achaques, ella se sentaba no lejos a coser, y, de tarde en tarde, alzaba los ojos y quedábase viéndole con mirada húmeda, profunda y tierna.

Solía sorprender Felipe esta mirada, y estremecíase y buscaba refugio en la lectura fría, que le hablaba de mortificación continua, de negación de sí mismo, de abandono completo de las cosas de la tierra.

Pero el choque dejaba huella, y su tranquilidad se iba, y sus celos aumentaban, y el desaliento hacía de nuevo presa en su ánimo, y, cuando al caer la tarde, Asunción le decía: "Niño, éntrese, que ya cae sereno"; y le ofrecía el mórbido brazo para que se apoyara; desfallecía de tal suerte, que a no sostenerlo la robusta joven, cayera al suelo.

—¿Se pone malo? — preguntábase ella con interés; y él respondía con voz opaca:

—No, es que estoy débil, y como permanezco tanto tiempo inmóvil...

Y ya en su cuarto, cuando ella, tras hacerle la cama, salía, daba rienda suelta a sus angustias y lloraba.

Vamos: era imposible seguir así, imposible! Diría al vicario lo que pasaba y volvería a su colegio. ¡Maldito corazón que se sublevaba a cada paso se iba, a pesar de todas las filosofías, en pos del amor terreno! ¡Levantisca entraña incapaz de contenerse! El la oprimía, la marchitaba, la petrificaba, hasta que fuese una entraña muerta para otra cosa que para buscar a Dios.

Por desgracia, el vicario se puso enfermo y dejó de ir a la hacienda, y don Jerónimo, cuando oyó la proposición del bachiller, se encogió de hombros y le dijo:

—Lo que es yo, no te dejes ir hasta que te alivies.

—¡Pero si no me he de aliviar aquí!

—¡Menos en Pradela! Sigue tomando tus medicinas y aguarda.

Fueron vanas las protestas. Felipe esperó al vicario y se encomendó a todos los Santos.

Al día siguiente del breve diálogo, don Jerónimo entro con Asunción, que, como de costumbre, llevaba el desayuno al bachiller, al cuarto de éste, y le dijo:

—Don Cipriano y yo nos vamos hoy al potrero de la Cruz a ver los herraderos de unas yeguas. Si estuvieras capaz de ir con nosotros, te divertirías; pero enfermo, ¡ni modo! No te apures, que ya te pasearemos. Hoy quédate leyendo y al cuidado de Asunción. ¡Así me voy a dar malas cuentas de él! — añadió, volviéndose a la muchacha; y, sin esperar respuesta, salió haciendo sonar los acicates en el pavimento.

VIII

Por la amplia ventana del cuarto

SALUDO A LA PRIMAVERA

Bienvenida tú seas, diosa de pies alados.
Primavera, que vuelcas tu luz sobre los prados
y proclamas la eterna renovación vital.
Bienvenido el impulso creador, generoso,
que pone en nuestro ser su latido armonioso,
y el ritmo de tu risa mágica de cristal.

Bienvenidas las dulces, las ingenuas canciones
de esperanza y amor, y la miel de ilusiones
que vierten en el alma su generosidad.
Primavera, que ofreces colores a las rosas,
y música a las frescas corrientes rumorosas,
y trinos a las aves, y al azul, claridad.

Yo no te pido, diosa, fortuna ni loores,
ni del triunfo soñado las efímeras flores,
ni el secreto impasible que encierra el porvenir...
Sólo quiero que dejes en mi vida tu huella
como el polvo de oro de una lejana estrella
que su luz con mi alma quisiera compartir.

Que de suave bondad estén mis horas llenas;
que le des a mi espíritu de las aguas serenas
la tersura, y un místico, no soñado fervor...
Y que en mí viva siempre esta piedad cristiana
que con todos los tristes y vencidos me hermana
en las sendas oscuras del humano dolor.

Bienvenida tú seas, alada Primavera,
porque haces renacer la divina quimera,
el musical ensueño del amor y del bien;
porque tiembla en tus cantos la esperanza infinita.
tal como un corazón humano que palpita
en anhelos de paz y de justicia.

Amén.

Manuel Benavente.

de Felipe entraba a raudales la luz del sol, que empezaba a declinar, y las auras perfumadas del campo, que mitigaban los ardores de la siesta.

La vacada pacía en los agostaderos, azotándose los flancos con el rabo, y, cerca del horizonte, las montañas oscuras recortaban el azul pálido del cielo con sus crestas irregulares.

Felipe, que tenía sobre las rodillas una entrega de una publicación intitulada *Historia de la Iglesia*, desfloraba lentamente, con aguda y filosa plegadera de acero, sus páginas, y miraba de vez en cuando el panorama del valle embebecido en sus ordinarios pensamientos.

Desfloradas todas las hojas del cuaderno, abriólo al azar y se encontró con el principio de un capítulo denominado *Orígenes*, el cual refería la historia de aquel padre

de la Iglesia que se hizo célebre por haber sacrificado su virilidad en aras de su pureza, profesando la peregrina teoría de que la castidad, sin este sacrificio, era imposible.

Felipe leyó todo el capítulo y se quedó más pensativo aún, con el cuaderno sobre las rodillas y la aguda plegadera en la diestra.

A la sazón entró al cuarto Asunción, preguntando:

—¿Cómo ha seguido?

Felipe, con un ligero estremecimiento, contestó:

—Lo mismo o peor; esta pierna — y señalaba la enferma — me duele mucho. Apenas puedo moverla.

La muchacha púsose a cepillar la ropa del joven, que estaba sobre la cama, pues éste no había salido aquel día de la pieza, y con pereza de vestirse, limitóse a echar sobre

A Vd. que peina a la moda

Y que sin duda, usa la generalizada Goma fijadora del cabello, le interesará saber que preparándola usted mismo, ésta goma le resultará mejor y más barata. Para ello los únicos ingredientes que debe emplear son:

Agua y Vistina

Pida en la Farmacia un paquetito de Vistina de \$ 0.70 y con él podrá preparar en el acto y sin ningún trabajo, ¼ kilo de Goma fijadora del cabello, consistente, perfumada e inalterable.

tar un potrero de segunda silla, con mucho valor; le he visto matar una garza al vuelo y guiar por gusto una yunta, abriendo un surco más derecho que éste (y le mostraba su índice regordete y sonrosado). Entonces usted no se fijaba en mí: como yo era un marimacho insufrible, que, según dice mi padre, sólo me entretenía en dar guerra... ¡Usted sirve para todo, es claro! Y yo he oído decir al vicario, que por cualquier parte se va a Roma, es decir, que hay muchos caminos para el cielo, y que el casado que cumple bien con sus deberes, sube derecho a la gloria. Usted es bueno y, ayudando a don Jerónimo, podía ser muy útil aquí entre nosotros sin ofender a Dios, antes haciendo bien a estas pobres gentes tan rudas, enseñándoles a vivir honradamente y socorriendo sus miserias. ¡Vamos, niño, no se ordene usted!

Felipe oía el discurso con signos de desaprobación, leve indicio de la tempestad que despertaba en su cerebro.

—Dice bien — cuchicheábale una voz allá dentro; — ¿por qué desertar una vida donde tus energías pueden significar mucho en bien de tus semejantes? ¿No eres acaso una fuerza encaminada, como todas las creadas, a lograr un fin universal? ¿Por qué intentas, pues, defraudar a la Naturaleza, que aguarda tu grano de arena? ¡Qué vas a hacer a un convento! ¡Qué hallarás ahí! — ¡Paz! — respondía mentalmente Felipe.

Y la voz íntima añadía:

—¡Mentira — ¡No la hallarás! La paz es el premio de la lucha, y tú esquivas la lucha. La paz es la recompensa del deber cumplido y tu deber es permanecer en la liza. Naciste para trabajar y amar. En el Universo todo trabaja y ama. Desde la abeja que labra el panal, después de besar a la rosa, hasta el planeta que, tendiendo eternamente a acercarse al centro de su sistema, se perfecciona a través de los siglos. La atracción, en el espacio, es el amor de astro a astro, y en la tierra el amor es la atracción necesaria que mantiene unidos a los seres. ¡Ay de ti si pretendes escapar de esa ley soberana! ¡Ser el rebelde cuando todo se doblega, el soldado que se aparte de la pelea cuando todos combaten y mueren o triunfan!...

Asunción había callado, esperando una respuesta; y Felipe, sacudiendo lentamente la cabeza, inten-

había en vano esperar una idea a aquel enfame caótico de ideas que revoloteaban en su mente y agitaban sus nervios y movía su corazón.

El sol coronaba a la sazón, como una diadema de fuego, la cúspide de un monte; la brisa llegaba llena de perfumes rudos a la ventana y, ante la pompa de la naturaleza, y con los perfumes vigorosos de la llanada, Felipe se sentía ebrio de vida.

La solemne belleza del campo había subyugado también a la muchacha, que, inconscientemente, se puso de pie y rodeó con su redondo brazo el cuello del bachiller.

El quiso levantarse y no pudo; quiso decir algo y se anudó la voz en su garganta.

Ella se le acercaba más y más, y hubieran podido oírse los latidos de ambos corazones agitados.

Había perdido la muchacha su natural timidez; además, no pensaba en aquellos momentos en algo que no fuese él, porque le amaba, sí, le amaba sin sospecharlo, hacía mucho tiempo, y por otra parte, la esplendidez de la tarde, las brisas olorosas, la aproximación a su dueño y el silencio de la estancia, la volvían insensata. Así es que, acariciando con su mano mal cuidada de campesina la cabeza de Felipe, y comiéndoselo con los ojos, le dijo, bajito, muy bajito:

—No te ordenes, no te ordenes... ¡Te quiero!

Felipe había tenido un momento para reflexionar. Se veía al borde del abismo, y todos sus tremendos místicos se levantaban, ahogando los contrarios pensamientos.

Hizo un supremo esfuerzo, y clavando con angustia sus ojos en los azules de Asunción:

—¡Vete! — le dijo — ¡vete, por piedad! Lo que pides es imposible. ¡Vete, por la salvación de mi alma!

Ella no le atendió, no le oyó casi; estaba loca, loca de deseos, de amor, de ternura.

—¡Te quiero—repitió, — te quiero! ¡No te ordenes!

Y atrajo con fuerza a su pecho ardorosa aquella cabeza rebelde y la cubrió de besos cálidos, rápidos, indefinibles.

Felipe se sintió perdido; paseó la vista extraviada en rededor y quiso gritar: "¡Socorro!".

Había caído de sus rodillas, con sus ropas, el cuaderno que leía, y la palabra *Orígenes*, título del capítulo consabido, se ofreció un punto a su mirada.

Una idea tremenda surgió entonces en su mente...

Era la única tabla salvadora.

Asunción estrechaba más el amoroso lazo, y dejaba su alma en sus besos.

El bachiller afirmó con el puño crispado la plegadera, y la agitó durante algunos momentos, exhalando un gemido...

Asunción vio correr a torrentes la sangre; lanzó un grito, y aflojando los brazos, dió un salto hacia atrás, quedando en pie a dos pasos del herido, con los ojos inmensamente abiertos y fijos en aquel rostro, que, contraído por el dolor, mostraba, sin embargo, una sonrisa de triunfo...

Allá, lejos, en un plágo de oro, se extinguía blandamente la tarde.

Las maravillas inalámbricas

Por E. Kiss

Dice el célebre astrónomo Moureaux que no ofrece ninguna duda, para los que están al corriente de los progresos científicos realizados desde hace algunos años, que los adelantos inalámbricos transformarán en breve la faz de la Tierra.

De aquí a poco dispondremos, no solamente de la televisión, sino de la distribución de energía a distancia por medio de las ondas hertzianas.

Sin embargo, queda un dominio en el cual todavía tiene mucho que hacer la T. S. H.: el de la geodesia y la astronomía.

Todo el mundo sabe que astrónomos y geodestas han necesitado, desde ha largo tiempo, medir muy exactamente la Tierra para sus cálculos y operaciones.

En efecto, nuestro planeta ha si-

do medido en todos los sentidos. Pero, ¿cómo enlazar entre sí los diferentes arcos medidos? ¿Cómo pasar de Europa a América y explorar el Océano Pacífico, que él sólo recubre la mitad del Globo?

La cuestión es de importancia y se relaciona con la forma de nuestro planeta, que está lejos de ser un elipsoide perfecto.

Durante muchos años los sabios rompíanse los cascos para resolver este problema casi insoluble.

Y he aquí que la H. S. T. suministra la solución más precisa que se podía soñar.

Nuestras hondas, a la hora actual, alcanzan fácilmente los antipodas; viajan, como la luz, a razón de 300.000 kilómetros por segundo, y la hora puede ser transmitida a la centésima de segundo.

Una diferencia de tiempo de este orden corresponde, pues, a una distancia de cinco metros, aproximadamente. De donde se sigue que un observatorio determinando astronómicamente su hora oficial y recibiendo por T. S. H. la hora de su primer meridiano, puede determinar su distancia en el punto de origen con una precisión de cinco metros.

La experiencia repetida entre estaciones diseminadas por todo el Globo, darán bien pronto, una red de triangulación ya bastante exacta.

Y bastará una triangulación secundaria para reunir los puntos principales y aprisionar la superficie terrestre en la espesa malla que sea necesario.

Tal resultado es simplemente maravilloso, y si se piensa que en todos los tiempos los astrónomos han tenido necesidad de conocer las distancias precisas de las estaciones donde observan para medir últimamente el universo sideral, se comprenderá todo el alcance científico de un descubrimiento que no está más que en sus comienzos.



Decídase

a seguir el consejo de
infinidad de personas
que han experimentado
la notable eficacia de
las

PILDORITAS REUTER

como reeducador intestinal.

Fáciles de tomar y de
efectos suave y seguro.

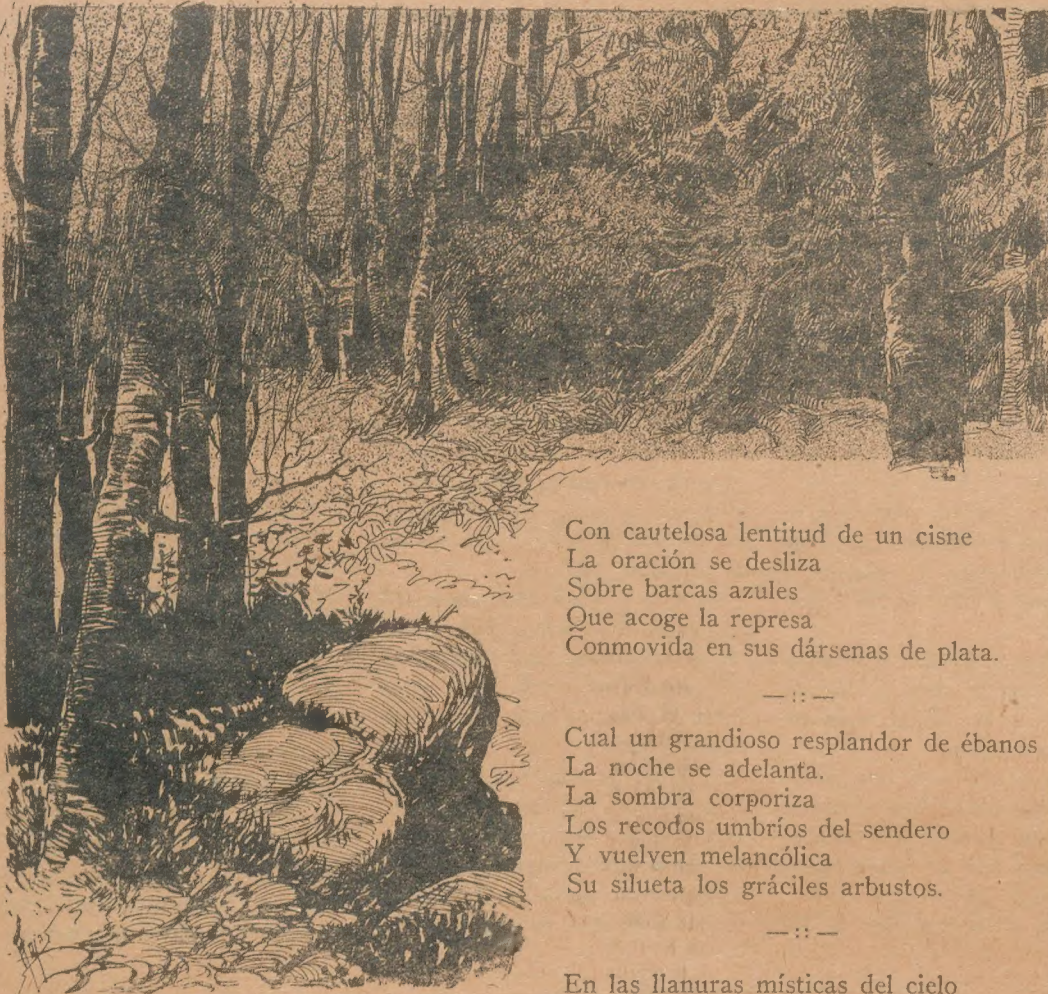
Una o dos por noche
bastan.

EN TODAS LAS
FARMACIAS

DEPOSITARIOS GENERALES:

ILLA & Cía.

CALLE MAIPU 73 - BUENOS AIRES



El alma del paisaje

Hoy tienes caminando en la campiña
Una apariencia vespéral y lánguida.
¿Será porque agoniza sobre el monte
Paternalmente pálida la tarde?

Ante estos campos
Cordiales con nosotros,
Tomados de la mano, nos diremos
La palabra pueril de los amantes.

Cabe las plantas la ilusión construye
Sus cabañas felices,
Y mientras un romántico cariño
Confunde nuestras sombras,
Sorprendo, sin querer, tu analogía
Con los arbustos jóvenes.

Monumentos pacíficos, las vacas
Lamen la casta piel de sus terneros,
Y el buey en su recóndita tristeza
Cruza apacible la extensión del llano.

Suspenden a esta hora
Su labor colectiva las abejas,
Y un silencio central sube del orbe
En busca del silencio de los astros.

Se copian en la tarde
Escenas de la Biblia.

Con cautelosa lentitud de un cisne
La oración se desliza
Sobre barcas azules
Que acoge la represa
Conmovida en sus dársenas de plata.

Cual un grandioso resplandor de ébanos
La noche se adelanta.
La sombra corporiza
Los recodos umbríos del sendero
Y vuelven melancólica
Su silueta los gráciles arbustos.

En las llanuras místicas del cielo
Encienden su zafiro las estrellas,
Al par que asoma el rostro de una luna
Familiar a los patios aldeanos.

Sus ásperas congojas
Obsedido en dolor modula el viento.
Como un gran taciturno que solloza
Su monótono canto de nostalgias.

Viril, informe y rudo,
Sinuoso y solitario,
Envuelto en su penumbra el burgo sueña
Con los próximos campos de labranza.

El alma del paisaje
Invade nuestro propio pensamiento.
Regresamos caídos
En honda reflexión,
Y el camino agiganta sus obstáculos
Para hacer más difícil el retorno.

Te persigue de cerca
La boca de los lobos,
Te hiela los cabellos
La pavora que viene de las selvas,
Y el silencio pronuncia en tus oídos
La palabra sin eco del presagio.

Espanto inmotivado,
Agresiones fantásticas del miedo
Te dominan,
Como en horas lejanas del asombro,
Como en el cuento absurdo de la abuela.

ARTEMIO MORENO

(Dib. de Rojas).

Dicha segura

Por S. y J. Alvarez Quintero

Paseando en el campo llegué a una casita
más blanca que la nieve y más alegre que la
primavera...

Por todas sus puertas y ventanas asomaban
flores, como si la casita estuviera tan repleta
de ellas que no pudiese contenerlas y guardar-
las dentro... En el tejado unas palomas revoloteaban
alegres, diciéndole adiós con sus alas
al sol, que dorando el cielo se hundía detrás
de los montes lejanos... La soledad era com-
pleta. "Aquí son felices" pensé, y entré en la
casita con el fin de pedir un poco de agua.

Me salió al encuentro un mozo de mediana
edad, robusto y simpático.

—¿Agua quiere usted?

—Sí, señor.

—Pero siéntese y descanse un momento.

Bebí el agua que me sirvió, limpia y fres-
ca, tan pura como la dicha que allí se respi-
raba. Ponderé su frescura y limpieza, y me di-
jo el muchacho con orgullo:

—Desde la fuente del cortijo la traigo yo
¡yo mismo!

—¿De qué vives? — me atreví a preguntar-
le.

—De lo que me dan estas tierras que rodean
mi casa y que yo mismo labro.

—¿Y vives solo?

—¿Solo? ¡Quiá! Solo se aburre uno. Y co-
mo yo gusto de no aburrirme, busqué una com-
pañera... ¡y la encontré! Muy buena. La ele-
gí yo, ¡yo mismo!

—¿Y muy guapa?

—Una virgen. Yo mismo la elegí.

—¿Y tiene hijos?

—Uno como una rosa.

—¿Ese no lo habrás elegido tú?

—Mire, señor: las criaturas nacen según el
cariño que los padres se tienen. A esos que se
casan y están siempre a la greña ¿sabe usted?
por fuerza han de salirle los chicos flacos y
feos lo mismo que los demonios... Pero a los
que se quieren con toda su alma... ¡Tienen
que nacerle muy guapos! Y como ella se de-
jaría hacer pedazos por evitarme la sombra de
una pena, de ahí que haya venido al mundo
ese cacho de gloria.

Aquel hombre no quería ver en su felici-
dad las huellas de otra voluntad ni de otras
manos que las suyas. Elegí unas flores y le
dije:

—Sí, están que da gozo verlas.

—Lucen tanto porque las cuido yo.

—Igual lucirían, repliqué, si las cuidase
otro.

—¡Para mí no! — me contestó riendo.

—¿Y esa parra?

—La planté yo; yo mismo.

—¿Y esa casita, es tuya?

—Mía, ¡yo mismo la hice!

Sus tierras, sus flores, su huerto, sus amo-
res, su casa. ¡Todo! ¡todo! era fruto de su
voluntad, de su inteligencia, de su corazón.

Volví al campo... En el cielo brillaba un
lucero, frente a la casita. Los insectos se es-
tremecían a mi paso. Me parecía que cuchichea-
ban como imponiéndose silencio, porque venía
la noche y con ella la quietud y el misterio.

Yo iba camino de la ciudad soñando des-
pierto. Soñaba con una casita como aquella,
tan blanca y tan alegre, donde no hubiese más
que flores, todas las de la tierra, y de las cua-
les pudiese decir, como expresión de la única
dicha segura:

"Las planté yo, ¡yo mismo!"



CRONICAS DE GALICIA

¡Por eso tenía los ojos tan claros!

Existe entre la gente humilde, buena y trabajadora de esta tierra de ensueño, un tipo de mujer gallega que admira y desconcierta.

Aquí en estas espléndidas rías, situadas en plena costa de la muerte, y que son como surcos que la mar ha hecho para asomarse, ávida y curiosa, a este vergel del interior, nace pródiga, crece lozana y no debía morir nunca, esta delicia de mujer, que turba porque es una bendición de Dios.

Yo no las he visto más que en estos campos exuberantes, en estos pueblecitos costeros, callados, floridos, como de juguetes. Nacen en estas ingentes montañas, entre pinares, que mojan sus raíces en las mismas orillas de estas costas románticas y bravías.

Mirando, contemplando a estas muchachotas fuertes, sanas, con color de fruta en sazón en sus tostadas mejillas, y de andares y movimientos aristocráticos, se duda si son flores que brotan en el campo o algas nacidas en el mar. Tienen a veces el color fragante y encendido de las rosas; y otras, en cambio, son pálidas y finas como las plantas ágamas; pero siempre rubias, muy rubias, de cabellos que semejan arder.

Aparte de su belleza dulce que subyuga, desconcierta el contraste de su modestia y casi pobreza, con su aire distinguido, próspero. Su cara tostada constantemente por la brisa, sus manos deformadas por el trabajo, y sus pies siempre descalzos y sin cuidar, no bastan para borrar, ni aminorar siquiera, esa distinción que surge de sus facciones correctas y de sus finos modales, exentos de estudio. Me recuerdan algo esas florecillas de colores delicados que nacen aquí entre las hendiduras de las piedras de castillos derruidos. Todas tienen la boca perfecta, sana, y sus dientes resaltan más nítidos sobre la rojez de sus labios. Pero lo que más llama la atención, lo que más desconcierta y asombra, son sus ojos, de un color claro, clarísimo, que dan la sensación fría y penosa, que producen las estatuas. Son tan claros, tan transparentes, tan diáfanos, que parecen no hechos para mirar, sino para ver por ellos el corazón de su dueña. No son garzos, ni verdes, ni azules: son de un color opalino que yo me atrevería a llamar "ojos de color de niebla". ¿Por qué este color? ¿Qué penas, ilusiones o alegrías se reflejan en estos ojos tan dulces e inquietantes? ¿Qué amor hay en estas almas sencillas que dan ese reflejo sin vida? ¿Qué pensarán estas "rapazas" toscas, sin ideas de la vida, reclusas para siempre en estos pueblecillos tranquilos, silenciosos y como de juguetes.

II

Casi toda las tardes, próximo el ocaso, la veo en el muelle, con su traje negro, humilde, su ancho sombrero de paja, descalza y sentada sobre una inmensa red color de chocolate. Sus trenzas, de un brillo de oro, resbalan por su espalda hasta la cintura y quedan ceñidas al talle por un pañolito de colores vivos. Trabaja callada, afanosa y los hilos de la malla pasan rápidos por sus dedos sin pulir. Me acerco con el temor de no ser bien recibido:

—Buenas tardes. Se pasa usted la vida cosiendo redes.

—No hay más remedio, señor, que trabajar. Pero esto no es coser. Se llama atar.

—"Atando cabos", vamos.

No le hace gracia el mal retruécano y permanece callada. Yo continúo:

—Es usted demasiado guapa para trabajar tanto.

—¡Ay, no, señor! Y aunque lo fuera, mientras más guapa, hay que trabajar más.

—Aquí, en Galicia, trabajan mucho las mujeres, y menos mal cuando tienen compensación. Usted seguramente trabajará dichosa, sabiendo que va tapando todos los resquicios por donde pudiera escapar el pescado que luego venderá a buen precio su marido...

(Riéndose). — No soy casada.

—Tendrá novio.

—Lo tengo, pero no aquí. Está muy lejos, en América.

—¡Vaya por Dios! ¡Ya vendrá!

—Cinco años hace que marchó. ¡Era yo una "rapaza", y Dios sabe si le gustará ahora!

—Tenga usted la seguridad...

Hay una pausa que yo aprovecho para indagar aun más en el alma de aquella deliciosa

mujer, y ella en tapar, pudorosa, el principio de sus piernas.

—Mire — exclama de repente y levantándose, — mire aquel monte, el más alto...

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Ve aquella casita que está casi en la cumbre? Pues allí marchó los domingos por las tardes. Se ve mucha mar, mucha mar, muy azul, muy grande; pero no se ve la tierra de enfrente porque la tapa el cielo... ¡Ay, miña nay, canto teño mirado par alá!...

Y sus ojos limpios, puros, casi blancos, miraron para el cielo. Los mismos ojos que miran tanto también para el mar...

¡Ya sé por qué tienen los ojos tan claros, tan claros!...

Pedro Ristori MONTJOJO.

Vigo, 1927.

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263 — Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.

2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (\$ 155.274.629,42).

3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

La muerte y el doctor

Por P. C. Asbjörnsen

Cierta vez hubo un muchacho que había vivido mucho tiempo en calidad de criado de un hombre de los países del norte, maestro en el arte de hacer cerveza, y tan extraordinariamente bueno, que no había quien lo igualase. Cuando el muchacho quiso abandonar su ocupación, y el hombre fué a pagar los salarios que había devengado, no quiso admitir otra recompensa que un barrilito de cerveza de Pascua. El bondadoso maestro se lo entregó, y el muchacho partió con él, llevándole mucho tiempo a costas y a gran distancia; pero cuanto más tiempo lo llevaba cargado, más pesado el barril se hacía, por lo cual empezó a mirar a todas partes por si venía alguien con quien poder beber, a fin de que la cerveza disminuyese y el barril se aligerase. Por fin, y al cabo de muchísimo tiempo, encontró a un anciano de larga barba.

—Buenos días dijo el hombre.

—Buenos los tengáis — respondió el muchacho.

—¿A dónde se va? — preguntó el anciano.

Voy en busca de alguien con quien beber para aligerar de peso mi barril — dijo el muchacho.

—¿No podéis beber conmigo lo mismo que con otro cualquiera? — dijo el hombre. — He viajado mucho y siento sed y cansancio!

—¡Pues ya lo creo! ¿por qué no? — dijo el muchacho; — pero decidme de dónde venís y qué clase de hombre sois.

—Yo soy Dios y vengo del cielo — dijo el anciano.

—Contigo no he de beber — dijo el muchacho, — porque haces tales distinciones en el mundo entre las personas, y repartes las propiedades tan desigualmente, que mientras unos son sumamente ricos, otros nada poseen. ¡No! contigo no beberé — y diciendo esto, continuó de nuevo la marcha con su barril a costas.

No bien se hubo alejado un poco, se le hizo el barril tan pesado, que creyó que no podría llevarlo por más tiempo si no venía alguien a beber con él, y disminuyendo así la cantidad de cerveza que contenía. En efecto, encontró a un hombre feo, seco y huesoso que venía caminando en ayunas y furioso.

—Buenos días — dijo el hombre.

—Buenos los tengáis — respondió el muchacho.

—¿A dónde se va? — preguntó el primero.

—¡Oh! estoy buscando a alguien con quien beber para aligerar de peso mi barril — dijo el otro.

—¿Y no podéis beber conmigo lo mismo que con otro cualquiera? — dijo el hombre, — he viajado por todas partes y siento sed y cansancio.

—¡Pues ya lo creo! ¿por qué no? — contestó el muchacho, — ¿pero, quién sois vos y de dónde venís?

—¿Que quién soy? Soy el demonio y vengo del infierno; de ahí es de dónde vengo — dijo el hombre.

—¡No! — replicó el muchacho; — tú no haces más que molestar y atormentar a las pobres gentes, y si sobrevive alguna desgracia siem-

pre dicen que es por tu culpa. Contigo no beberé.

Marchóse, pues, otra vez más lejos con su barrilito de cerveza sobre sus hombros, hasta que comprendió que ya pesaba tanto, que era imposible llevarlo más lejos. Volvió a mirar de nuevo a su alrededor por si venía alguien con quien poder beber y aligerar su barril. Al cabo de muchísimo tiempo, llegó otro hombre, tan seco y chupado, que causaba admiración que sus huesos se conservasen aun unidos.

—Buenos días — dijo el hombre.

—Buenos los tengáis — contestó el muchacho.

EL HOMBRE QUE SE OLVIDO DE DARSE UN TIRO

Este dolor que siento por todo lo que ha sido, y esta angustia tan honda por lo que va a llegar, no puedo, aunque lo quiero, ahogarlos en olvido, ni pueden resolverse con morir o matar.

Tengo ante mí en la mesa la *star* empavonada, negra. La obscura boca de su cañón, mi frente mira en reto; ¡esta frente, sobre el puño apoyada, que piensa todavía serena y noblemente!

Dialogamos de cosas, en silencio. La *nada* nos preocupa. Hablamos de la Desnarigada; decimos vaguedades y damos en reir.

Ríe el cañón, y ríe la sombra del recuerdo. Voy tan lejos, pensando, que en la Duda me pierdo... Y olvidado de todo, me olvido de morir.

S. CORDON AVELLAN

—¿A dónde se va? — preguntó el primero.

—¡Oh! sólo miraba si veía venir a alguien con quien beber, para que mi barril se haga más liviano, pues es muy pesado de llevar.

—¿Y no podéis beber conmigo lo mismo que con otro cualquiera? — dijo el hombre.

—¿Por qué no? ¡ya lo creo! — respondió el muchacho. — Pero, ¿qué clase de hombre sois?

—Me llaman la Muerte — replicó el hombre.

—Precisamente el hombre que yo busco — exclamó el muchacho. — Me satisface mucho beber en tu compañía. — Y diciendo esto descargó el barril y comenzó a echar cerveza en un jarro. — Tú eres un hombre honrado y fidedigno, porque tratas de una misma manera al rico que al pobre.

Bebieron, pues, ambos, cada uno a la salud y del otro, y la Muerte declaró que jamás había probado una bebida semejante a aquella; y como al muchacho le gustaba, bebieron jarro tras jarro, hasta que la cerveza hubo disminuido y el barril se hizo liviano.

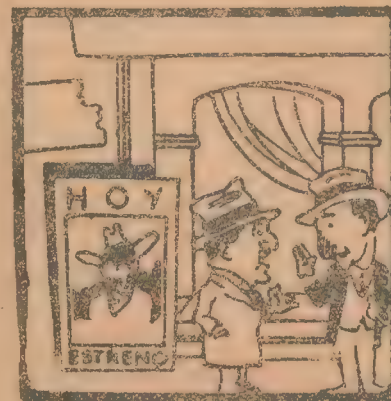
Al fin la Muerte dijo:

—Jamás he probado una bebida que tanto me gustase y me hiciese

tanto bien como esta cerveza que me habéis dado, y no sé qué ofreceros en pago.

Pero, después de meditar un momento, dijo que el barril jamás se vaciaría, por mucho que de él bebiesen, y que la cerveza que en el mismo se encerrase sería una bebida salutar, merced a la cual el joven podría curar a los enfermos mejor que un doctor. Dijo, también, que cuando el muchacho entrase en la habitación de un enfermo, siempre encontraría allí a la Muerte y se haría visible de él; y que podía tomar como señal inequívoca, que si la veía sentada a los pies de la cama, sanaría el enfermo con un trago de aquella cerveza; pero que si la veía junto a la almohada, no había curación posible ni medicina que le valiese, pues el enfermo le pertenecía.

De ello resultó que el muchacho pronto se hizo famoso y lo llamaban de todas partes, devolviendo la salud a muchos que había sido desahuciados. Cuando entraba y veía el lugar de la cama en que la muer-



—Le invito a ver una película.

—No puedo, cada vez que veo una cinta me duele la cabeza.

—Esto es debilidad. Tome "HIERRO QUINA BISLERI" y se sentirá sano y fuerte.

bido trago de cerveza y le salvó la vida.

—Me la habéis pegado — dijo la Muerte, — y ya no existe compromiso alguno entre nosotros.

—Me vi forzado a ello — respondió el doctor — para no perder tierras y reino.

—Pues de poco os aprovechará — replicó la Muerte; — vuestros días han terminado y ahora me pertenecéis.

—Bien, — dijo el muchacho; — lo que tiene que suceder, que suceda; pero, ¿no me daréis tiempo primero para rezar el Padre nuestro?

Si que se lo concedió; pero el improvisado doctor tuvo muy buen cuidado de no rezarlo nunca; rezó todas las demás oraciones, pero el Padre nuestro jamás salió de sus labios, y, al fin, creyó que había engañado a la Muerte para siempre. Pero cuando ésta juzgó que ya había esperado demasiado, penetró una noche en la casa del muchacho y colgó enfrente de su cama un gran tablero con el Padre nuestro escrito en él. De esta manera, cuando el muchacho se despertó por la mañana, empezó a leer el cartel, y no se dio cuenta de lo que estaba haciendo, hasta que llegó al *Amén*; pero ya era tarde, y la muerte se apoderó de él.

UN PERRO INEDUCADO

El señor B. visitaba a una señora que se interesa mucho por su porvenir.

Se hablaba de esto y de lo otro, cuando B., en medio de una ruidosa explosión de alegría, sufrió otra explosión no menos ruidosa, aunque más indiscreta.

Rojo de vergüenza y... de confusión, apercibió en un rincón de la estancia un perrito que parecía mirarle con descaro, y le asaltó una idea:

—¡Qué cerdito! — exclamó — ¿No podrías ir a hacer esas cosas a otro sitio?

—¡Oh, dispénsese usted! — le contestó la señora. — Es la primera vez que le ocurre desde que está disecado.

Lo primero que dijo al despertar, fué:

—¿Dónde estoy?

Y Pieduche miró a su alrededor. Estaba en el salón de un café; pero en un salón vacío, con el aire viciado por los olores de toda la noche, y alumbrado apenas por los primeros rayos del alba. Pieduche se incorporó sobre el diván donde acababa de dormir toda la noche, y se pasó la mano por la frente. Sentíala como ceñida por un círculo de hierro que oprimía su cráneo. Sus ideas estaban difusas; pero de pronto se acordó.

Su mujer y él habían venido a pasar una pequeña temporada en París. Los primeros días se deslizaron tranquilamente, visitando, teatros y haciendo algunas compras en las tiendas. Pero ayer Pieduche encontró en el bulevar a uno de sus antiguos camaradas del frente, de paso igualmente por París. ¡Famoso Voituret! Siempre bromista... chistoso, como en la época en que estaban juntos en las trincheras. Bebieron un bock, charlando. Después a instancias de Voituret, Pieduche envió un continental a su mujer, previniéndola que no le esperase. Pieduche y su compañero comieron opíparamente, como en otros tiempos, cuando al relevo de fuerzas pasaban a la retaguardia. Al igual que entonces, habían bebido más de lo justo, y después... después, la historia se detenía ahí...

En ese momento el camarero entró en el salón y preguntó sonriendo:

—¿Qué, va eso mejor?

—Sí — dijo Pieduche. — Pero, ¿por qué estoy aquí?

—Muy sencillo. Anoche estaba usted tan mareado, que al tiempo de salir, su compañero no pudo lograr que usted le dijese la dirección de su hotel. No se le quiso llevar a la Comisaría ni dejarle en la calle. Y el amo dijo entonces que se quedara usted aquí y añadió: "Mañana, cuando se despeje, ya se irá..." Y ahora, señor, voy a barrer... Vaya a ver a su señora, que estará intranquila.

¡Su señora! ¡La señora Pieduche! ¡Es verdad! Hasta entonces no había pensado en ella. Pieduche sintió un escalofrío. Desde que se casaron, hacía veinte años, no la había visto nunca alegre. Seca de carácter como de físico, dominadora y gruñona, era para su marido una especie de cabo de vara. ¡Ah, sí! Menuda música le esperaba. Jamás creería la verdad. Forjaríase cosas y cosas, todas las barbaridades, en fin, que pueden imaginarse de un lugar de perdición como París. ¡Y tal vez quedase deshecho el hogar para siempre!

Pieduche, regalón y egoísta, tenía miedo de las aventuras. Se asustó a la idea de encontrarse ante su mujer sin excusa razonable. Y no encontraba ninguna, ni buena ni mala, y repetía lamentablemente:

—No sé, no sé.

El mozo notó sus perplejidades y dejó la escoba.

—Yo conozco eso — dijo. — El señor teme a la señora. Pero es cosa fácil; dígame, por ejemplo, que usted ha sufrido una crisis de amnesia. Eso se ve a menudo en los periódicos: gentes que pierden la cabeza, que se olvidan de todo y que no son capaces de recordar ni

GOLPE DOBLE

Por Roger Regis

siquiera su nombre, ni su dirección, ni lo que han hecho el día antes. ¡En fin, nada! Ensaye ese truco y verá como le resulta bien.

deslizando un billete en la mano del camarero, se apresuró a regresar a su hotel.

El hotel no era más que una



AL PÚBLICO

La antigua Panadería y Confitería del

CAÑON

de Luciano Peycere

Avisa al público y a su numerosa clientela que se ha instalado en su propio, nuevo y amplio local de la calle

SARMIENTO

983 - 85 - 87

Siéndonos grato comunicar que, instalados de acuerdo a los últimos adelantos de la industria, podremos superar aun más, la elaboración de los exquisitos productos que nos han dado fama a través de tantos años, correspondiendo así, al gran favor que hemos merecido.

ESPERAMOS SU VISITA

ESTA CASA NO TIENE SUCURSAL

Apremiado por el tiempo, Pieduche no tenía la libertad de elegir. Aceptó, pues, ese recurso, y,

modesta pensión en el barrio de las Batignolles. Pieduche no llegó a franquear el umbral. En la misma

ANECDOTA

Había en un pueblo vinicultor, un sacerdote muy querido de sus feligreses. Estos resolvieron hacerle un regalo y pensaron que nada mejor que un tonel en el que cada uno echaría dos botellas de vino de su cosecha.

El día de Navidad, el cura invitó a comer a la mayor parte de los generosos donantes, anunciando que se serviría del vino del tonel.

La sirvienta abrió la canilla del barril y entró poco después con una gran jarra de agua.

—¿Qué es esto? — preguntaron.

—El vino del tonel.

El buen cura abrió tamaños ojos, no comprendiendo aquel milagro, a la inversa del de las bodas de Canaán.

—Los invitados lloraban de risa. Cada uno se había dicho que dos litros de agua en un barril tan grande, no llegaría a notarse... ¡Y todos habían tenido la misma idea!

puerta de la calle la señora Pieduche le esperaba con la boca fruncida, la mirada dura y el semblante pálido, más pálido aun por la noche de insomnio. Se lanzó en el acto hacia su marido y le interpe-
ló:

—¡Eres un malvado! Es la primera vez en tu vida que te conduces de este modo y...

Iba a proseguir; pero Augusto la interrumpió dulcemente:

—Perdón, señorita; no tengo el gusto de conocerla.

—¿Qué es lo que dices?

—Le ruego cortésmente que no me tutee.

—¡Augusto, te prohibo...!

—Yo no me llamo Augusto.

—¿Cómo te llamas?

—Yo...? No sé

—¿No lo sabes...? Y yo, entonces, ¿no sabes quién soy yo?

—En efecto; no lo sé; no sé nada... No me acuerdo de nada. Eso me ha dado anoche al dejar a mi buen amigo..., a mi amigo Machín. Después he estado vagando por las calles sin poder recordar dónde vivo, ni lo que hago, ni dónde debo ir...

—¡Oh! — exclamó temerosa la señora. — ¿Será que ha perdido la cabeza?

—No — dijo Pieduche con entereza; — pero padezco amnesia cerebral.

La dueña del hotel, los huéspedes y los curiosos se agruparon. Había que rendirse a la evidencia. Pieduche hablaba y discurría como todo el mundo; pero en su memoria había una laguna. Se llamó a un médico. Diagnosticó lo mismo y ordenó reposo, silencio y cuidados minuciosos.

La misma noche el matrimonio tomó el tren de regreso para su retiro provinciano, y una vida deliciosa comenzó para Pieduche. Al representar la comedia ideada por el mozo de café, había creído solamente evitar las reprimendas de su mujer. Sin quererlo había conseguido más, había conseguido que la señora Pieduche se transformase.

De dominante y gruñona, de terca y charlatana, se había vuelto dulce, callada, afectuosa. Se adelantaba a los menores deseos de su marido, le mimaba y le arrullaba; como Pieduche se dejaba llevar por su natural carácter, él suspiraba:

—No comprendo lo que quieres decir... ¡Ten piedad de mí! Padezco amnesia...!

La piedra bromista

Paseando por el campo, un señor encontró una piedra muy grande, echada sobre el pasto y con un letrero esculpido que decía lo siguiente:

"Déme vuelta".

Con mucho trabajo, el hombre, creyendo encontrar algo de valor, debajo de la mole, consiguió, su-
dando la gota gorda, dar vuelta a la piedra. Hecho esto, vió que del otro lado había otro letrero que, también esculpido en la piedra, decía:

"Ahora vuélvame a poner como estaba para engañar a otro idiota".

La comuna de Buenos Aires a través de su jefe, el doctor Horacio Casco.

Lo primero que sobresale en el edificio que ocupa la Municipalidad de la metrópoli es la placa con la esfigie de Rivadavia y consignado en leyenda un recuerdo sintético y expresivo de la figura del primer presidente de los argentinos, tan olvidado en estos tiempos de snobismos y estulticia.

El, grande como cumbre inaccesible, supo laborar con patriotismo puro que se traduce en amor abnegado a la nación natal y no en poses teatrales y vocinglerías circenses, que encierran ambiciones mezquinas e irrefrenables de seres de bastardía moral. Su nombre glorioso, sublime, enaltecido por Sarmiento en bellas expresiones de su elocuencia rotunda, debe ser ejemplo imperecedero para los municipales, cual escudo de bronce donde grábanse méritos, y siguiendo la continuación de esa trayectoria luminosa honrar el cargo que enaltecieron con talento y virtud, sintiéndose altamente honrados, "el más grande hombre civil de esta tierra" al decir de Mitre y el educador "cuyos restos llenan medio siglo de nuestra historia en la extensión de medio continente", según Pellegrini.

En las antecámaras de nuestro lord Mayor, hállase un bello busto del prócer y otro de don Torcuato de Alvear, el progresista y talentoso intendente que dió lustre y esplendor a la que sería llamada con justicia Atenas del Plata. Hemos llegado a la hora convenida. Pasan dos minutos, tres, cuatro, cinco. Mi acompañante, un joven de Albión, acriollado, consulta el cuadrante de su reloj pulsera. Una voz bien timbrada nos invita a pasar al despacho del doctor Casco.

Hállase sentado, firmando órdenes, que un amanuense retira presto, luego de suscritas.

—¿Cómo ocupa su día?

—Me levanto temprano, practica que conceptúo saludable y que por ende aconsejo.

Pensamos en la cantidad de individuos que a las 12 horas empiezan a desesperarse en el lecho cavilando en la clase de cocktail que libarán y en la corbata que los hará más elegantes.

—Desde las primeras horas de la tarde estoy aquí cumpliendo con los deberes inherentes a mi cargo. Llego recién de realizar una visita al asilo Riglos, institución modelo, que desconocía, situada en la Avenida San Martín y me he quedado hermosamente impresionado de ella, decidiendo extender otras similares.

—El problema del tráfico ¿en qué forma lo aborda la Intendencia?

—Este problema, durante más de una generación, abrumará al pueblo y su solución que será motivo de pacientes tratamientos, radica-

se en la construcción de subterráneos, apertura de diagonales, y el cumplimiento estricto de las ordenanzas respectivas en vigencia.

—¿Y las playas de estacionamiento?

—Indispensables por ahora para descongestionar las arterias céntricas. Funcionan con regularidad y están dando la sensación de su conveniencia.

—¿Qué proyectos tiene?

—El propósito decidido de terminar de una vez por todas con

Fáltale colaboración, cosa que necesitan tantos nobles bregadores que no han podido realizar sus sueños por tal carencia.

Franco, afable, cordial, gentil, "causeur", podría figurar con brillantez en tiempos románticos de hidalgos y señoras, en el medioevo, o en los salones donde las marquesitas de empolvada peluca danzaban con apuestos galanes de pantalón corto en pleno siglo XVIII, al compás de la pavanna, en el Versalles de milagro...



"Con los mejores votos por la prosperidad de FRAY MOCHO, que realiza una obra cultural".

Firmado: Horacio Casco.

el delineamiento de la Avenida Santa Fe, que si la Municipalidad tuviese dos millones de pesos estaría concluido.

Expresa su pensamiento con precisión, sin reatos, trasuntándose en las inflexiones de su voz serena, determinaciones firmes y decididas, que revelan al hombre en su espíritu llano, elevado, dueño de aspiraciones generosas, con tendencias inquebrantables hacia el bien, de manera altiva como cuadra a los varones sin tacha. Don Horacio Casco posee vivacidad intelectual, robustecida por el estudio y apoyada en voluntad animadora que cual motor generador de energía obedeciendo a dictados de su mente realiza activa y dinámicamente, en ejecución perfecta, concepciones hondas que dicen su elogio. Le sobra inspiración y anhelos.

Y actúa con honor y destreza por su integridad de carácter e inteligencia robusta. Su prenda moral sobresaliente es la modestia. Su cerebro nutrido por el saber y experimentado en la forjación de obras, ha producido hechos que justifican estímulo.

—¿Las diagonales?

—Para fin de año tendré el placer de mostrar a Buenos Aires la avenida diagonal Roque Saenz Peña, extendida hasta la iglesia de San Nicolás de Bari, y no será difícil que rompamos los muros adyacentes con el propósito de llegar hasta Libertad.

—La piqueta demoledora está trabajando incesantemente y lleva con los ladrillos que caen destrozados y polvorientos un pedazo del Buenos Aires que no volverá. Cada una de esas piedras sea quizás

una historia, un romance, una cohesión de moléculas de seres que a su paso fueron dejando en ellos girones de sus vidas, algunas gloriosas, otras vanas... pero vidas todas que se fueron...

—La evolución trae consigo estas cosas.

—¿Y los subterráneos?

—Es factible la construcción de uno proyectado por la empresa Lacroze, que tendría estación terminal en Plaza Lavalle.

—¿A qué edad egresó de la Universidad?

—Me recibí de doctor en Jurisprudencia contando veintidós años.

—¿Y en qué época se inició en la vida pública?

—En edad madura. No tengo más actuación política que la de concejal. Desempeñé la Presidencia del H. Concejo Deliberante de la Capital Federal, luego asumí interinamente la Intendencia y posteriormente me tiene usted gobernando a dos millones de habitantes con la satisfacción de haber llegado a esta honrosa posición sin febriles apuros, que malograron a tantos ciudadanos distinguidos de nuestro país. Entiendo que en la vida no se puede, no se debe correr, precipitarse, olvidando asentar base sólida, con el objeto de alcanzar lo que si existe positiva significación llega acompasadamente. Conocemos a varios hombres de apellido blasonado que, ambiciosos, pretendieron llegar a cimas, utopía si no hay combustible para la aeronave que los transportara, y cayeron ruidosamente para no levantar más vuelo.

De una ventana adviértese la Plaza de Mayo con las oleadas humanas que la cruzan en distintas direcciones. La pirámide que encierra el monolito del 25, reliquia, sagrada, sirve de punto de vista. La calle Reconquista con su hormigueante multitud heterogénea; los tranvías, ómnibus y automóviles, que con sus campanas y cornetas, forman la estrepitosa y anquilado- ra "jazz band" de la urbe.

Nuestra conversación con el Dr. Casco nos ha proporcionado explicaciones interesantes y conducentes sobre esta ciudad luz, metrópoli de mujeres hermosas y jardines de flores fragantes y sutiles que tienen el encanto que prestan a sus alrededores las esquisitas chichas porteñas que se deslizan por Florida con paso raudo, alado, delicioso, como palomas de un paraíso.

Salimos. Una joven rubia, esbelta, estilizada, de sonrisa trasparente, divinal, se cruzó con nosotros. Debajo de su brazo helénico, de diosa, iba, apretadito, con mimo, un ejemplar de "FRAY MOCHO".

Roque CEPEDA VERON



LA MALETA

Por H. de G.

Al colocarla en la red, entreabrióse la maleta.

Sonrisitas de los demás viajeros. Miradas de inteligencia, equivalentes a un poco de táctica murmuración. El de más desparramo, formuló la pregunta que los otros no se atrevían a formular.

—¿Viaja usted con la maleta abierta?

—Siempre.

—Y eso, ¿por qué, si no es indiscreción?

—Por muchas razones. La primera, que he perdido la llave.

—Basta. Sobran todas las demás.

—La perdí hace unos meses.

—¡Hola! Pues ya ha tenido tiempo de mandar que le hiciesen otra; o de cambiarle la cerradura a la maleta.

—Tiempo sí que me ha sobrado, pero no me ha parecido oportuno.

—¡Oh! Pues es gran imprudencia viajar con el equipaje así.

—¿Usted cree?

—Naturalmente. ¿Y usted no?

—No, señor; creo todo lo contrario. Tanto que llevo la maleta abierta, por seguridad.

—Le agradecería que me explicase su punto de vista. Cada día se aprende algo nuevo.

—Pues verá usted. Servidor, soy un poco pariente del Cándido de Voltaire. Sin haber tenido a un Pangloss de preceptor, creo que todo en la vida está ordenado para el mejor servicio de los hombres. Creo, así mismo, que las contrariedades aparentes se truecan en sucesos favorables, a poco que se medite sobre ellas.

El viajero del desparramo fingió toser y se llevó a la boca la diestra, hecha pantalla. En rigor, lo que hizo fué aplicarse con disimulo el índice a la sien y moverlo en sentido giratorio, dando a entender que el nuevo compañero de viaje tenía la cabeza como una olla de grillos. Este, sin inmutarse, prosiguió:

—Sonríanse cuanto les parezca. Quizá, después de oírme, acaben por darme la razón.

—Aver, a ver; venga esa curiosa teoría.

—Cuando perdí la llave de la maleta, me tomé un pequeño berrinche. Luego me dije filosóficamente que quizá fuese mejor. Y para convencerme a mí mismo coordiné esta serie de reflexiones: Para andar entre gentes honradas, lo mismo da llevar la maleta con siete candados o abierta. Nadie ha de tocar nada de lo que hay dentro.

—Exacto, pero...

—Para andar entre granujas, va mejor abierta que cerrada. En primer lugar, el hecho de ir abierta, ahuyentará su codicia, dándoles a entender la poca estima — síntoma de escaso valor — en que el dueño tiene lo que va dentro.

—Hombre, no ha dicho usted ninguna tontería.

—Aun en el caso de que la tentación pueda más que el juicio, de una maleta sin cerrar se llevan los cacos lo que más les apetece; pero dejan lo que no les gusta.

—Siempre hay que procurar el mal menor.

—En cambio, si se los tienta con una maleta cerrada, se la apropian con todo lo que guarda dentro.

—Como sofisma, no está mal.

—Nada de sofismas. Convénzanse ustedes de que arriesga mucho más el que cierra con todo cuidado su maleta, que el que la tira abierta en un rincón. Mírenlo por donde lo miren, esto es lógica pura y práctica.

—¡Caramba!, nos hace usted dudar. Por lo menos a mí...

—Luego, otra cosa. Yo, dejando mi maleta abierta al alcance de

ustedes, a quienes no conozco, proclamo la humana teoría de que todos los hombres son decentes, mientras no se demuestre lo contrario. En cambio, ustedes, cerrando su maleta con siete llaves para viajar entre caballeros, pregonan que no se fían ni de la camisa que llevan. ¿Puede usted recelar nada de estos señores? ¿Y de mí?

—Oh, de ningún modo.

—Pues dando tres vueltas de llave a su maletín, cada vez que ha de sacar una cosa, parece decirnos: "Ustedes tienen cara de muy buenas personas; pero por si acaso..." ¿Con qué derecho?

Reinó el silencio. En su interior, todos los viajeros estaban convencidos de que el disertante tenía razón; pero todos siguieron cerrando cuidadosamente sus maletas.

Y es que el gran pecado del hombre es desconfiar de sus semejantes.

Suegras australianas

Es cosa muy seria la actitud que un indigena australiano debe observar para con su suegra.

En general, no puede hablar, ni siquiera mirar a la madre de su esposa.

Entre las tribus del Norte de Australia los yernós son advertidos a gritos o por medio de un instrumento sonoro de que la suegra se acerca, a fin de que desaparezca de su temible y venerada presencia.

Cuenta un explorador que un indigena de Tasmania, afligido por las atenciones que otro individuo tenía para su mujer, resolvió la situación de celos comprometiendo, en matrimonio a su hija menor con el presunto rival.

Desde ese momento este último no se ardevió a mirar a su futura suegra.

—Aquí tienen Ustedes a tía Consuelo

"ELLA"—dice Pepita—es el "ángel" de la casa. Si papá llega preocupado; si mamá está nerviosa; si los abuelos amanecen con sus achaques; si los muchachos andamos regañados y tristes, ahí está la tía consolándonos con sus palabras, con sus mimos, con esa sonrisa suya más dulce que la miel más dulce; Ay, tía Consuelo de mi alma, el que te puso el nombre era un sabio!"



ANTES la tía Consuelo, para un dolor cualquiera, acudía sólo a las "unturitas" y a los "cocimientos de hierbas." Naturalmente, el resultado no satisfacía ese noble deseo de consolar con que ella vino al mundo. Pero luego la experiencia fué enseñándole que lo más seguro, lo más sencillo y lo más inofensivo que existe es la

CAFIASPIRINA

Y ahora, cuando en la casa hay un dolor de cabeza, de muelas o de oído, una jaqueca, o una neuralgia, qué satisfacción tan grande le proporciona darle una dosis al que sufre y ver cómo en pocos minutos se alivia por completo.

Y ella misma ¡con qué fe y con qué confianza toma la Cafiaspirina para sus dolores reumáticos! No sólo le da alivio instantáneo sino que, a pesar de ser ella tan delicada, no le afecta ni el corazón ni los riñones.

La CAFIASPIRINA es la mejor defensa que puede tenerse en el hogar contra dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RIÑONES.



La próxima persona de la familia que PEPITA va a tener el gusto de presentar a Ud., es su querido "TIO CARAMBA." ¡Búsquelo en este mismo periódico y verá qué simpático!

Cuando algún vecino de aquel lugarejo situado entre dos lomas cual si cerrase la entrada de un desfiladero misterioso pretende significar que una persona cualquiera tiene un carácter férreo, intransigente y noble, dice, cual si se rememorase un símbolo sagrado conocido por su popularidad en todo el mundo:

— ¡Parece a la señora Vicenta, alma de esponja y corazón de pedernal...!

Tres o cuatro veces oí esta gráfica comparación, y más por el tono admirativo con que se hiciera que por lo que pudiese representar, pedí informes acerca de la señora Vicenta — cuya popularidad había sobrevivido a su desaparición del mundo — al cura de la aldea, un sacerdote sincero y afable, de cabeza coronada por cabellos de plata y de cara rugosa, curtida por los aires de la sierra.

— ¡Ah!, la señora Vicenta — me dijo, sonriendo, el sacerdote — no es un personaje fantástico, agrandado por el misterio de la muerte en la imaginación de estos buenos campesinos. La señora Vicenta es una realidad, a la que conocí y admiré en este pueblo. Castellana de corazón y fieramente rigurosa para el cumplimiento del deber, ni el ruego ni la amenaza pudieron nunca torcer los dictados de su conciencia, erigida en sagrado altar de su vida ejemplarísima.

— ¿Artesana o gran señora retirada del mundo por escepticismo? — pregunté un poco intrigado.

— Humilde hija de labradores modestos. Creció fresca y lozana, entregada a los más rudos trabajos del hogar. Lo mismo araba con los borriquillos que poseía que segaba las seis o siete fanegas que recogían cuando una nube no desahacía las doradas espigas, sepultándolas entre el granizo y barro; y, sin embargo — ¡milagro, sin duda, de la virtud! — cuando llegaba el domingo no había moza más arreglada, más limpia, ni más severamente vestida dentro de su modestia que la Vicentina, que más tarde habíamos de llamar todos, respetuosamente, la señora Vicenta. Y cuando, a la caída de la tarde, el sol besaba los picos de la sierra, Vicentina sacaba una silla a la puerta de su hogar y se sentaba en ella para hacer la tradicional calceta, mientras allá en la plaza muzas y mozos danzaban a los alegres sonos de la música dominiguera.

— ¿Cómo no vas al baile, Vicentina? — la dije más de una vez.

Y me contestaba invariablemente, con dulce sonrisa y firme convicción:

— Padre, porque las fuerzas que malgastase bailando hoy, las necesitaría mañana para trabajar. Así es mejor. Descanso trabajando. Estas son unas medias para las piernas de mi padre, mordidas por el reuma. Lana fuerte. Le harán bien, y ¡allá cuidaos!

— Sin embargo — insistía yo, sondeando el espíritu de la moza, — el baile de la aldea es honesto, y un rato de esparcimiento es justo premio a una semana de trabajo.

— ¡Verdad! — me decía. — Pero mucho trabajó también la Santísima Virgen, según usted nos predica, y yo no tengo noticia de que bailase nunca.

Callaba yo. No tenía réplica al argumento. Después me despedía bendiciendo a la moza — que ni de

niña ni de mujer me besó la mano jamás, — y me alejaba admirado de la entereza de aquel corazón de granito y de aquella alma aparentemente seca y dura, que parecía tallada en alabastro.

— Si fuera a referirle — continuó el sacerdote — rasgos admirables del carácter de aquella mujer ejemplar, haríase interminable la relación. Me concretaré a tres hechos. A su boda, a su viudez y a la separación de su única hija.

Ley natural es la muerte, y murieron los padres de Vicentina con diferencia de pocas semanas, dejándola como única heredera tres o cuatro tierrecillas sin valor, los dos borriquillos que les servían para las faenas agrícolas y dos o tres mil pesetas ahorradas a costa de trabajos y miserias. Varios mozos ofrecieron a la huérfana casamiento; pero a ninguno acep-

y me uní con un borracho, que suponía que la mujer propia es un trapo que sirve para todos los menesteres. Ni quiero vivir con él ni tocar un céntimo de sus riquezas. Mañana volveré a trabajar para mí y para el hijo que traigo en mis entrañas. ¡Y allá, cuidaos!

Y Vicentina, convertida en la señora Vicenta a pesar de sus veinticinco años, aró y segó nuevamente, cuidó su huerta y coció su pan. La santa había vuelto a su hornacina sin más joya que la diadema de la virtud en su limpia frente y la corona del martirio en su negra cabellera.

Con el nacimiento de la hija coincidió la muerte del padre, víctima de sus vicios y de sus miserias morales, legando a su esposa y a su hija toda su fortuna. Portador de estas noticias fué el cura del vecino pueblo, a quien acompañé en la entrevista.

LAS TRES COSAS DE LA SEÑORA VICENTA

Por Rafael Mesa de la Peña

señor cura, con un hombre nada más. No cabe en mi cabeza que se remueven los amores como la ropa que cubre nuestro cuerpo, según la estación.

La hija no era como la madre; fué el trasunto fiel del carácter del padre. Ligera, casquivana y provocativa, pronto dió que hablar en el pueblo, originando reyertas entre los mozos que se disputaban sus favores juzgándolos fáciles.

El carácter férreo, seco y noble de la señora Vicenta no logró dominar el impulso vicioso de la moza, que amenazaba dar al traste con la tradición honrada de aquella casa, templo de virtud y espejo de honradez. La señora Vicenta me llamó, acudí, y me dijo con la sequedad fría y serena de costumbre:

— Vicentina marcha — mañana con sus abuelos, para no volver más, y usted, padre, tendrá la bondad de acompañarla. Mi hija morirá mañana para mí. Quedo sola en el mundo, como cuando desaparecieron los pobres viejos que me enseñaron a ser honrada.

Pedí clemencia para la moza, supliqué, admirando la magnitud de aquel sacrificio; pero todo fué inútil. Al otro día Vicentina montaba a la puerta de su casa en mi mula, yo en otra que me facilitaron, y nos preparamos para emprender el viaje...

Fuó una escena horrible.

Convertida en estatua, con movimientos automáticos, sin que ni un gesto contrajera su cara ni una lágrima asomara a sus ojos, la señora Vicenta ayudó a su hija a subir a la cabalgadura. Ni por casualidad sus labios rozaron la frente de la viajera.

— ¡En marcha! — dijo la señora Vicenta, seca y extendiendo el brazo derecho rígidamente en dirección a la carretera.

— ¡Madre! — gritó Vicentina, tendiendo los brazos hacia ella desesperadamente, — ¡Madre!... ¡Un beso!...

— ¡En marcha! — repitió como un eco la madre, sin variar de posición.

Lloraba Vicentina, lloraban los hombres y las mujeres, lloraba yo rogando un beso de la madre para la hija, que lo demandaba enloquecida. Pero todo fué inútil.

— ¡En marcha!... — repitió por última vez aquella estatua de carne.

Y partimos.

— ¡Ni marido que me desprecie, ni dinero que me envilezca, ni hija que me deshonre! — dicen que dijo la señora Vicenta.

Y fué aquella la última vez en que la gente de este pueblo vió dos lágrimas muy grandes deslizarse por el semblante rígido de la señora Vicenta, que seguía imperturbable señalando con su mano inflexible, justiciera y cruel la empolvada carretera, por la que se iba un trozo de su alma que no quiso besar...

Calló el amable sacerdote a hizo desaparecer ágilmente una lágrima que brillaba en sus ojos.

— ¡Tal fué la señora Vicenta! — dijo sencillamente, — ¡Tales fueron las tres cosas de aquella hija modelo, de aquella esposa digna y de aquella madre ejemplar!

Caía la tarde. El sol enviaba al poético pueblecillo castellano sus últimos rayos de oro.

TOM - CATARROS - RESERVIOS
SE QUITAN TOMANDO EL
PECTORAL ESTERPAL
PARA NIÑOS Y MAYORES. EL FRASCO \$ 2.50
Elixir Dentífico ESTERPAL
Conserva la dentadura, quita el dolor de muelas y de esmalte y refresca la boca, el frasco \$ 2.00
Farmacia Inglesa Americana
ABIERTA HASTA LA 12 Y 30 DE LA NOCHE
Pará 901-907 **Buenos Aires**
ORDEN - 1067

tó. No los pobres ni los ricos del lugar consiguieron despertar su alma. Creí muerto aquel espíritu para todo lo que no fuese trabajo y sacrificio.

— Las mujeres — decía ella — sólo deben casarse una vez en la vida; por eso deben hacerlo a gusto, y después meditarlo bien.

Y sola en el mundo siguió ganando el pan que comía, con el sudor de su frente y con el esfuerzo de sus brazos.

Casó por fin Valentina con un joven riquísimo de un pueblo inmediato, poniendo como única condición que nada había de aceptar de sus padres hasta que éstos muriesen, y que su casita y la pequeña hacienda que tenía en este pueblo habían de conservarse intactas. Accedieron. Vicentina marchó con su marido, dejando un vacío difícil de llenar. La santa del pueblo había dejado desierta la poética hornacina en que nació y vivió.

Tres meses después regresó Vicentina. Llegó a pie, de noche, luchando con la ventisca y cubierta de nieve. El pueblo en masa, y yo al frente del pueblo, acudimos a visitarla. Fría, severa y rígida, como de costumbre, nos dijo sencillamente:

— Creí casarme con un hombre

La señora Vicenta oyó la revelación del sacerdote sin que una lágrima brotase de sus ojos ni un gesto de sorpresa alterase su semblante de mármol. Se concretó a decir lo siguiente:

— Ni puedo llorar su muerte, porque me injurió, ni aceptar un céntimo de sus riquezas, porque habiéndole rechazado a él con desprecio, ¿cómo podría aceptar su herencia sin avergonzarme? Seguiré trabajando para mi hija y para mí como trabajé siempre. Comuníquelo así a la familia del difunto, señor cura.

Fueron inútiles las reflexiones, los consejos y las súplicas. La señora Vicenta no cedió. Continuó orando en invierno, segando en verano, cociéndose su pan y visitando a su hija con los primores de sus manos.

Varias veces fué requerida de amores por hombres de dentro y de fuera del lugar. Yo, dolido de la vida que llevaba, la insté para que se casase. Fué la única vez que la vi enrojecer y temblar de ira.

— ¿Yo casarme otra vez? Me moriría de vergüenza la noche de la boda o de dolor el día que tuviera que decir a mi hija que mi marido no era su padre. Amores,

Del mundo interior

Por V. García Martí

Yo no sé qué trágica grandeza sella todo momento de la dicha humana... Se diría que las afirmaciones supremas de la vida se hacen a escondidas de la muerte. Los corazones se bañan en ríos de amargura por una íntima y secreta inquietud. La inquietud es una proyección del misterio en la tierra, que tiene su razón en lo efímero de las cosas y su raíz en el alma. En todo momento de vida hay una sombra de temor que diviniza el instante; es, sencillamente, la nostalgia del país. La mayoría de los hombres no se dan cuenta de estos presagios. Son muy pocos los que saben oír el más augusto de los ruidos: el silencio. Las gentes no hacen nada heroico sino pasando al borde de sus tumbas; sólo aquel minuto enfocado a lo eterno merecerá recordarse...

Unicamente por excepción se presenta en el escenario del mundo un hombre que no se presete a jugar la comedia. Es trágico este problema eterno de ignorar las razones que haya habido para este juego. Todo el pavoroso problema de la vida nos parece un problema de soledad; pero nunca estamos bastante solos para encontrarnos. Y nada hay que nos estorbe tanto como nosotros mismos. Lo cierto es que la palabra fué hasta ahora un instrumento de expresión externa; mas, en realidad, queda por descubrir la palabra que exprese el yo profundo. Acaso los hombres no oyen el corazón cuando habla por las noches elocuentemente. El dolor es también un vehículo del alma; pero las gentes lo reciben como a un extraño, y no como al gran domador. ¡Así son rechazadas las dádivas del espíritu! Toda la obra humana es una resistencia a la verdad, que, a pesar de tan grandes esfuerzos, lo penetra todo y lo destruye todo. Los hombres siguen ciegos ante esta destrucción, porque es la destrucción de su propia obra. Si alguien calificase de disolventes mis doctrinas, sería entonces cuando más derecho tendría a reírme de ciertas arquitecturas... Los mercaderes, sobre todo, se indignan porque se paralizan sus negocios. ¡Como si el mundo debiera un átomo de verdad a los mercaderes! Ellos perdieron el Paraíso. Se trata ahora de la salvación de las almas.

La política me parece el más absurdo de los procedimientos. En resumen, su objetivo es salvar al país. Y hoy, sobre la tierra donde debía haber "hombres", no quedan más que países. ¡Como si el constructor del cañón no tuviera su hora más humana y más apoteósica a la hora del descanso en el seno del hogar!...

Buscando la clave de las cosas, soñaron los hombres mil quimeras que hoy les dominan, y la conciencia, que pudo y debió ser espejo del alma, fué enterrada bajo la máscara de inventos y farsas. Nadie pudo ser dueño, y se hizo esclavo. A fuerza de querer forjó sus cadenas. Todos los pecados del mundo tienen por fundamento la voluntad. La virtud es la negación de ese monstruo. Hace falta valor para quedarse en tierra; pero es preferible quedarse solo a embarcarse para naufragar.

Los que más saben de su fin, trabajan para llegar, aunque todos ignoran adónde. Los artistas laboran, además, por la gloria, como si todo hombre no tuviese derecho a ser artista y a su gloria particular. Cada vida debe ser una obra maestra de color y de ritmo. ¡Parece mentira que se ignore esto! Sin embargo, el más pobre cuenta con esa mina. No habría más que recogerse temprano. ¿Para quién arde inútilmente el fuego del hogar? Las gentes viven para las cosas, y no por humanidad, sino por avaricia.

Los embajadores del espíritu, en cambio, permanecen desterrados, como seres de otro mundo; mas, una luz de verdad les alumbraba siempre. Por eso son odiados. Bien que el odio es una forma amena de la admiración. Ciertas gentes admiten que la verdad se hace a golpes, y eso puede ser exacto tratándose de verdades relativas, que caen dentro del mundo de la inteligencia; pero la verdad de las verdades sale

entera del mundo interior. Solamente hay que ahondar y ahondar...

Se me podrá decir que tales conquistas no son necesarias para vender ni para comprar, o, lo que es igual, para vivir, dando a la vida un sentido de digestión; mas yo aseguro que son necesarias para morir, dando a la muerte un sentido ideal...

Las vibraciones reveladoras para los ciegos

Es sorprendente la sutileza que adquiere el oído de los ciegos; por los sonidos se guían en muchos casos como las personas normales por sentidos de la vista; pero más sorprendente aún es la habilidad de los ciegos y sordos para obtener las vibraciones, que perciben por el tacto directa o indirectamente en cualquier parte de su cuerpo, mil indicaciones suficientes más de una vez a suplir las que le darían los dos sentidos que les faltan.

El señor Malessi, ciego y sordo desde la edad de seis años, llegó a desempeñar el delicado puesto de mecánico en el instituto de ciegos de Nápoles.

Por medio de las vibraciones recibidas táctilmente, dirigía los movimientos de sus máquinas. Aplicando la mano en la nuca de cualquiera de sus compañeros, sabía en seguida si éste hablaba o permanecía callado, si reía o lloraba. Otro ciego, completamente sordo, el señor Guegan, afirma que le despiertan bruscamente del sueño los pasos de un visitante que penetra en su habitación.

Se le advierte la vibración del piso, aunque sólo está en comunicación con éste por las patas de la cama.

Tocando ligeramente los órganos externos de la palabra, algunos ciegos-sordos, consiguen seguir una conversación.

Hellen Keller pone el pulgar sobre la laringe de su interlocutor, el índice sobre los labios y el dedo mayor en el borde de una de las fosas nasales. Los movimientos y vibraciones de esos órganos, al hablar, son percibidos por la ilustre ciega y convertidos rápidamente en palabras.

La misma Keller distingue por el tacto las diversas tonalidades de los gritos de un animal.

Sabe, por ejemplo, si un gato al que toca, maulla o ronronea. Con igual habilidad, posando simplemente la mano en un instrumento, piano o violín, percibe las vibraciones musicales y sigue un trozo de música.

Pianos nuevos!

Venta excepcional a precios reducidísimos

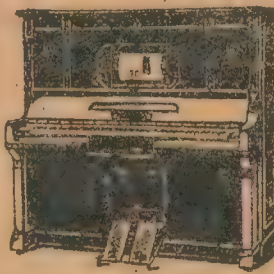
PIANOS

DREYER	\$ 1300	1050
WITTON & WITTON	1500	1250
LIPP	1700	1400
LIPP	1800	1500
OTTO	1500	1250
OTTO	1700	1500
LOTTERMOSER	1500	1200
FOERSTER	1700	1500
FOERSTER	1800	1600
BLÜTHNER	1800	1650
BLÜTHNER	2000	1850



AUTOPIANOS

WINTON	\$ 1650	1500
WALDSTEIN	1800	1650
KROEGER	1800	1600
WILLIAMS	2200	1800
KASTNER	2400	2000
HOWARD	2600	2000
MARSHALL & WENDELL	2500	2000



PIANOS DE COLA

NIENDORF	\$ 2500	2000
LIPP	3000	2500
CHICKERING	3500	3000
BECHSTEIN	3500	3000
BLÜTHNER	3500	3000



ESTOS PRECIOS SE MANTENDRÁN ÚNICAMENTE DURANTE ESTE MES

Aprovechen esta ocasión y consulten la Casa más antigua:

Lottermoser
RIVADAVIA 853
BUENOS AIRES

Señor LOTTERMOSER,

Rivadavia 853 -- Buenos Aires

Sírvanse mandarme detalles del piano marca

..... de \$.....

Nombre

Domicilio

UN REMEDIO CONTRA LOS CELOS

Por Lothar Sachs

Mi amigo era simpático y amabilísimo, pero tenía una falta muy grande: sus celos no conocían límites. Con las flechas de su desconfianza hería a sus más inocentes contemporáneos.

En cada criatura masculina veía un rival; en todas partes encontraba infidelidades y traiciones. Así es que a su linda y joven esposa, hermanita mía, le hacía la vida infernal. Era terrible.

Un día trajo Raúl, mi citado amigo y cuñado, tres billetes para el gran baile de máscaras que se realizaba en el Hotel X, diciéndonos:

—Miren, muchachos; vamos el miércoles al baile. Lissy vestirá de paje con el precioso traje que llevó el año pasado a casa de los señores de El Tú y yo, me dijo, iremos de frac. ¿Están conformes?

Lissy, contra lo que yo me esperaba, no parecía estar contenta con la idea. Preguntándole yo el por qué de su descontento, repuso:

—Yo conozco demasiado bien a Raúl. Estoy segurísima de que no me voy a divertir ni un momento en el famoso baile. Raúl no me dejará ni a sol ni a sombra, y si no es así, después, cuando lleguemos a casa me hará grandes reprensiones y terribles escenas de celos. Mejor yo no voy. Me quedo en casa.

Lissy me daba pena. Y, además, hacía ya tiempo que tenía yo ganas de darle una pequeña lección a mi cuñado para que dejara de atormentar a mi hermana con sus celos infundados. Ahora se me presentaba la ocasión.

—Deja todo en mis manos — consolé a Lissy. — Tú te divertirás en el baile, te lo prometo. Cuenta conmigo.

—Pero eso es imposible. Si él conoce mi traje...

—Bueno, oye; tú irás de paje, como te dijo Raúl; pero no te quedarás de paje. Sabes, yo llevaré secretamente dos dominós, uno verde y otro rojo, los cuales te puedes poner sobre el traje en un momento y cambiar así tu apariencia como un camaleón. Ya verás la broma que le vamos a dar a Raulito.

Lissy palmoteaba de gusto. Le agradaba el complot contra el marido.

Y llegó la noche del baile. Lissy se veía encantadora con su traje de fantasía. Raúl y yo también estábamos ya listos. Yo tenía guardados en una bolsa de mi saco los dominós que había prometido a mi hermana.

Llegamos al Hotel X. Ya estaba repleto de máscaras. Lujo, perfumes, confetti por doquier. Nosotros habíamos reservado una mesa junto a las grandes ventanas que daban sobre el parque.

Un cuarto de hora después estaba sentada junto a mí un dominó verde. Aventábamos confetti y serpentinas, riéndonos y charlando de lo lindo.

Lissy se le había escapado a Raúl y éste buscaba ahora en todos los salones a su "paje", sin pensar siquiera, naturalmente, que el paje se había convertido en un dominó verde.

Por fin, dando un pisotón aquí y un codazo más allá, pudo Raúl llegar hasta donde estábamos mi hermana y yo.

—Dispensa que te interrumpa — dijo impaciente examinando a mi máscara compañera con un a mirada corta y discreta. — ¿No has visto por alguna parte a Lissy?

—Por ninguna — mentí.

—Es para desesperarme con esta mujer. Parece que se la ha tragado la tierra. Pero siempre lo hace así.

Y diciendo esto, Raúl se abrió camino entre las innumerables parejas de danzantes para seguir buscando a su Lissy.

—Bueno — dije yo a mi hermanita — y ahora viene el gran bromazo. Vamos a ver si tu Raulito, que te martiriza con sus tremendos celos, cumple también al pie de la letra, en su

apreciable persona, todo lo que pide de las otras. Ahorita te cambias pronto el disfraz, poniéndote el dominó rojo en vez de este verde, y luego vas y buscas a Raúl, conquistándolo, ¿comprendes? Creo que no te tengo que dar más explicaciones, ¿verdad?

Y tuvimos suerte. Todo salía a nuestro deseo. Raúl no se hizo sordo al oír una dulce vocécita que complacía a su oído. Y poco tiempo después se hallaban él y el dominó rojo en discreto rincón conversando dulcemente.

—Quítate ese horror de antifaz — rogaba él.

Anda, sólo un momento. Y la quiso besar. Entonces ella, con ligereza, evadióse y en un abrir y cerrar de ojos vióse Raúl solo. El dominó rojo había desaparecido entre las múltiples máscaras.

Y minutos después Lissy estaba sentada junto a mí, contándome sus aventuras. Esta vez había dejado los dominós y estaba en su traje de paje.

—Pues sí — me decía — me alegro de poderle dar esta lección. Ya verá.

En esto vemos a Raúl que venía hacia nosotros, desaforado.

—Por fin te encuentro — le dijo a Lissy. — Es incomprensible que ni siquiera un momento te hayas ocupado de mí. ¿En dónde estabas?

—Muy cerca de ti — repuso Lissy con irónica sonrisa — pero no te quise molestar en tu cariñoso tête a tête con un dominó rojo. Si quieres, te puedo repetir toda la conversación que sostuvieron ustedes, yo creo que preferieses que no lo haga ¿verdad? Así lo haré, pero con una condición: que de hoy en adelante me dejes en paz con todos tus infundados celos.

Raúl estaba desconcertado y corrido y yo me mordía los labios para no soltar la carcajada...

Y cuando a la mañana siguiente Raúl vió sobre el chaise-longue del boudoir de Lissy un vestido de paje, un dominó rojo y otro verde, empezó el marido a comprender la lección de su mujercita.



Cada pie pesa una tonelada

Esta es la impresión que tienen todos aquellos que sufren de los pies; ya sea por caminar mucho o por estar demasiado tiempo parados. También sufren de los pies los que tienen callos, juanetes, grietas y paspaduras causadas por botines chicos o por excesivo sudor. Todas estas calamidades son fáciles de evitar tomando por las noches, antes de acostarse, un baño de pie caliente, donde se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

Su acción es generalmente notable; da una sensación de bienestar y descanso asombrosa.

TARBORATS se vende en las farmacias, a \$ 2.60 el paquete, para varios baños, y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

El raid aéreo París - Buenos Aires - La llegada de los aviadores



Después de un magnífico recorrido, cuyas etapas han sido cubiertas en brillante forma, los intrépidos aviadores franceses, Costes y Lebrix, aterrizaron en el aerodromo de "El Palomar" dando fin a su sensacional raid París - Buenos Aires. — A la izquierda: el piloto Costes momentos después del aterrizaje es conducido a hombros del público que le esperaba en el aerodromo. — A la derecha: el acompañante de Costes, teniente de navío Lebrix, oficial de ruta, llevado en la misma forma entusiasta que su compañero de hazaña.



El biplano Breguet, pilotado por Costes y Lebrix, pocos instantes después de dar término a su brillante travesía, resguardado por las fuerzas de aviación militar, destacadas en El Palomar.



Vista parcial del público que esperó en El Palomar la llegada de los aviadores. Al fondo: la escuadrilla naval de biplanos Petrel, que salieron al encuentro de los aviadores, y los escoltaron hasta dicho aerodromo.



Los valientes pilotos acompañados del director general de aeronáutica, coronel Cassinelli, del embajador de Francia Mr. Picot y de otros caballeros celebrando, con una copa de champán, el feliz arribo a tierra argentina.



Los aviadores, seguidos de numerosos acompañantes, abandonan El Palomar y se dirigen a la estación ferroviaria, para trasladarse a la capital federal donde fueron objeto de entusiastas agasajos.

Celebración del día de la Raza



Vista parcial del banquete de paz y confraternidad americanas, organizado por la liga pro-unión americana, en celebración del día de la Raza, acto que se llevó a cabo en los salones del restaurant Florida.

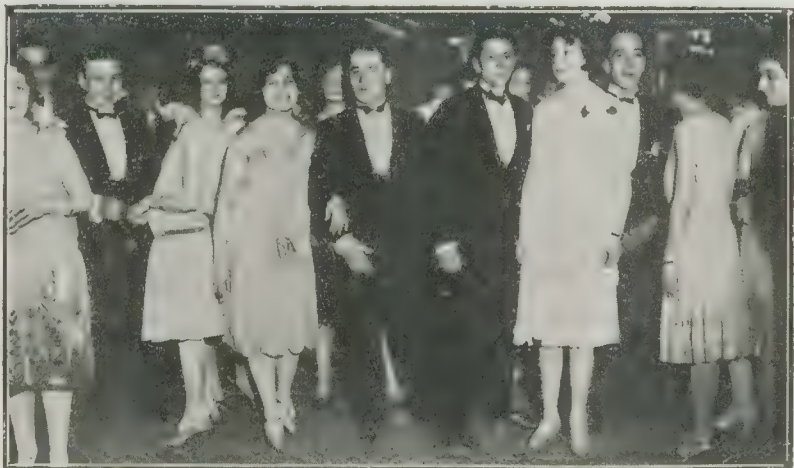


VELADA EN LA ASOCIACIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA



Dos aspectos de la velada que tuvo efecto en el salón de actos de la Asociación Patriótica Española conmemorando el 12 de octubre. — A la izquierda: el doctor Antonio R. de Fraga pronunciando su discurso. — A la derecha: vista parcial de la concurrencia.

BAILE DE GALA EN EL CLUB DE FLORES



Instantáneas obtenidas durante la realización del baile de gala con que el Club de Flores celebró el día de la Raza, fiesta que alcanzó brillante éxito.



Fiesta del mantón y la mantilla en el Círculo Andalúz.



Conmemorando el día de la Raza, el Círculo Andalúz organizó una interesante fiesta del mantón y la mantilla, llevada a efecto en los salones de dicha asociación. — Grupo de señoritas, ataviadas con las clásicas prendas españolas, que más se destacaron en la fiesta.

VIDA UNIVERSITARIA



Doctor Luis de la Puente, de la sociedad limeña, que acaba de graduarse de médico en la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

El Gran Premio Nacional en el Hí- pódromo Argentino.

El presidente de la República, doctor Marce-
lio T. de Alvear, acompañado del presidente
del Jockey Club, doctor Tomás E. de Estrada
y seguido del ministro de Agricultura, in-
geniero Emilio Mihara, de los miembros de
la Comisión Directiva de dicha institución
y de otros caballeros, dirigiéndose a la tri-
buna oficial, para presenciar la gran carre-
ra, entre los aplausos de la numerosa concu-
rrencia de familias que llenaban el paddock.



* SOCIALES *



ENLACES. — Señorita Antonina Barrios con el se-
ñor Amleto Donadio.



Señorita Hermilce Gemignani, que contrajo enlace con
el señor Enrique Lamperti.



Señorita María Rosa Massaro con el señor Alejan-
dro Arabehty.



Señorita María Adela Rocca con el señor Efraín Carcavallo.



Señorita María Luisa Bove, recién des-
posada con el señor Miguel Giordano.

===== GENTE MENUDA =====



Cachita Del Piano-Unánue



Diana de Charras Irigoyen.



Elsa Zulema Colabelli



María E. Lorenzo



Lolita Salas Elizagaray



El Perdón

Por Francisco Coppée

EN la casa — una gran casa de habitaciones para obreros de la Rue Delambre — donde Antonio Robec ocupaba una habitación después de seis meses todo el mundo lo creía viudo. Y recientemente, puesto que su chiquillo tan bien arreglado — como por los cuidados de una madre — tenía apenas seis años. Daba gusto ver al padre y al hijo tan limpios y tan bien presentados, sin una mancha en el vestido.

Todos los días, por la mañana, Antonio Robec, que trabajaba como obrero impresor en una imprenta del Barrio Latino, partía con su pequeño Adrián, todavía soñoliento, llevándolo en brazos, y lo dejaba en una escuela cerca de donde vivían. Terminado el trabajo del día iba por él, entraba en la carnicería y en la frutería, llevando al chiquitín de la mano; compraba sus provisiones como lo hubiera hecho una ama de casa y se encerraba hasta el día siguiente.

Las comadres de buen corazón compadecían a este pobre padre — cuarenta años cuando más, todavía buen mozo, con un aire tan triste en su faz pálida, su barba negra con hebras de plata y sus ojos de un mirar sereno, — y decían detrás de él:

—Este hombre debía volverse a casar... un buen sujeto, muy ordenado... seguramente encontraría fácilmente una buena mujer que cuidara a él y a su hijito... ¿Se ha fijado usted cómo el chiquitín anda siempre tan bien arreglado?... Un hombre de orden, bien se ve en seguida, y que gana más de veinte francos al día.

Se deseaba hacer amistad con él. Ordinariamente esto no es difícil en las casas de vecindad, donde se vive con la puerta abierta. Pero Antonio tenía un aire reservado, una manera tan digna de saludar en la escalera, que intimidaba.

Cada domingo, el padre y el hijo, limpios y arreglados, salían a pasearse. Iban a los museos, al jardín de plantas. Se les había visto, asimismo, antes de la hora de comer, en un pequeño café del barrio, donde Antonio se permitía su sola distracción de la semana y bebía un vaso de vino, lentamente, a pequeños sorbos, en tanto que Adrián, sentado a su lado sobre la banca de cuero, miraba los periódicos ilustrados.

Ah, señores, decía a sus vecinos la portera sentimental: "ese viudo no se volverá a casar". El otro día nos cruzamos en una callecita del cementerio de Montparnasse... Es sin duda allí donde su mujer está enterrada... Daba pena verle con el huerfano a su lado... Estoy segura de que adoraba a su difunta... Es raro, pero los hay... un inconsolable.

¡Hélas! Si Antonio Robec había tiernamente amado a su mujer y no se consolaba de haberla perdido. Solamente que no era viudo. ¡Oh!, bien sencilla y sin felicidad había sido su vida.

Obrero concienzudo, pero de un talento mediano, no había llegado a ganar altos salarios sino un poco tarde. Durante mucho tiempo había ganado un escaso sueldo, y por esta razón pensó no casarse hasta pasar de los treinta años. Debía haberlo hecho con una mujer razonable, que hubiera conocido la miseria como él; ¡pero el amor se ocupa tan poco de las conveniencias! Antonio perdió la cabeza delante de la fresca y deliciosa presencia de una personita de 19 años, florista honesta sin duda, pero tan frívola, no pensando más que en vestidos, y, por otra parte, sabiendo vestirse con cuatro trapos como una pequeña princesa.

El tenía algunas economías, con las cuales pudo casarse decentemente: un ropero de luna — 80 francos en el foubourg Saint Antoine — donde su esposa podía mirarse de pies a cabeza. Durante los primeros meses vivió un sueño delicioso. Clementina era maravillosa. ¡Cómo se amaban! Tenían un departamento con dos piezas, en el quinto piso, boulevard de Port-Royal, con un balcón pequeño y la vista de todo París.

Todas las noches, al salir de la imprenta situada sobre la orilla izquierda del río. Antonio Robec, su abrigo cubriendo sus ropas de obrero, con la apariencia de un señor, iba a esperar en la esquina del Puente de los Santos Pedro y a su mujercita, que venía de la Rue Saint Honoré, donde estaba su taller. Con los brazos enlazados, muy juntos, apretado el uno contra el otro, entraban a su casa para preparar su pequeña cena. Los domingos eran encantadores.

El se levantaba, sorprendiéndola con un beso en el cuello. Déjame... exclamaba... tan dulcemente... Después un chiquillo, su pequeño Félix, a quien iban a ver a la casa de su nodriza, en Margency, cada quince días y que murió de convulsiones después de un año. Se habían consolado bien pronto con el nacimiento de Adrián, a quien su madre quiso criar. Dejó el taller y se puso a trabajar en su casa, haciendo labores que le encomendaban; ganaba menos; se acompañaba, sin embargo y parecía una dama en el Luxemburgo, llevando delante de ella a su bebé, en un pequeño cochecillo de mimbre.

Y aunque Antonio trabajaba todo el día en la imprenta y después en un periódico de noche, el matrimonio iba mal, sobre todo por las múltiples deudas. Después el chiquillo empezó a ir a la escuela, y la madre frecuentemente sin quehacer, se fastidiaba en la casa y empezó a tomar el hábito de salir a la calle constantemente.

Ved desde aquí la tragedia de ese pobre hombre, envejecido antes de tiempo, lleno de preocupaciones y de trabajos, y esa cabecita de 23 años, bonita como un Greuze... Una noche al entrar con el chiquillo, a quien había ido a recoger a la escuela, Antonio Robec encontró sobre la chimenea una carta, de cuyo interior cayó, cuando abrió la

cubierta, el anillo de matrimonio de Clementina. En esa carta aquella muchacha frívola y tonta les decía adiós a él y a su hijito, pidiéndoles perdón.

¡Oh románticos burgueses del jurado, que absolvéis siempre, bajo el pretexto de crimen pasional, a los maridos ultrajados que ven rojo y matan a la mujer y al amante! Váis a encontrar al pobre Antonio bien ridículo y casi un poco vil. Pero él tuvo más de dolor que de cólera. Lloró mucho, y cuando su Adrián le decía: "¿Dónde está mi mamá, vendrá pronto?" Lo besaba apasionadamente y le respondía:

—No lo sé...

Clementina había huído en los primeros días de mayo. ¡Oh, cómo el olor de las lilas es perverso a veces! — Antonio, un poco de tiempo después, vendió casi todo su mobiliario para cubrir sus deudas y vino a habitar a la Rue Delambre. Era ahí donde vivía tan discretamente con su pequeño hijo y en donde se le creía viudo.

Al final de septiembre el obrero recibió una carta de su mujer, cuatro páginas desesperadas e incoherentes, donde la tinta estaba borrada por las lágrimas. Su amante, un estudiante de medicina, había partido a vacaciones desde hacía cinco semanas, muy lejos, allá en el Mediodía, y no escribía, no daba señales de vida. La había abandonado; ¡traicionando a su vez a la traidora! Y se arrepentía; imploraba, pedía gracia.

¡Cómo le hacía mal la lectura de esa carta al pobre Antonio! Pero tranquilizáos, señores jurados, fieras que tenéis el alma del Moro de Venecia y por favor devolved un instante vuestra emancipación al pobre hombre. Fué orgulloso y no respondió nada a la esposa culpable.

No tuvo ninguna noticia de Clementina hasta la víspera de Nochebuena.

Ese día, después de varios años, él tenía la costumbre de llevar, junto con su mujer, un modesto ramo — unas violetas con alguna rosa enemiga — a depositarlo sobre la tumba de su pequeño Félix, de su primogénito, muerto mientras le estaban criando, y que habían que rido tener cerca de ellos, en Montparnasse.

Por la primera vez, Antonio Robec tuvo que hacer esta peregrinación solo, con su pequeño Adrián. Al franquear la puerta del cementerio bajo un cielo sin energía, terribles Otelos del jurado! — sufría más que nunca con el recuerdo de la ausente, de la fugitiva.

—¿Dónde estará?, pensaba él. ¿Qué le habrá pasado? ¿Qué vida tendrá?

Pero al llegar a la tumba de Félix, que encontró con dificultad, se detuvo todo sorprendido.

Había en la lápida tres o cuatro juguetes como los que se regalan a los más pobres chiquillos — una trompeta, un polichinela, un tamborcillo — que acababan de dejar allí, porque estaban todos nuevos y habían sido comprados evidentemente el mismo día.

—¡Juguetes! — gritó jubilosamente Adrián al encontrarlos.

Pero el padre, habiendo percibido un pedazo de papel prendido en ellos, se inclinó a tomarlo y leyó estas palabras, cuya escritura reconoció también:

"Para Adrián, de parte de su hermano Félix, que está con el Niño Jesús".

De pronto sintió a su hijito apretarse contra él, oyéndolo murmurar con voz asustada:

—¡Mamá!

A algunos pasos de allí, arrodillada cerca de un grupo de cipreses, vio a una mujer vestida con un traje y con un chal que revelaba mucha pobreza. ¡Los ojos muy tristes!, y tendiendo hacia él sus manos enjutas y suplicantes.

Entre nosotros, señores jurados sanguinarios, yo no creo que Antonio Robec haya pensado entonces en aquel que nació en el día de Noel y que enseñó, por la palabra y por el ejemplo, el perdón de las injurias. El obrero no era religioso. Pero su corazón de plebeyo ignoraba el amor propio y el rencor.

Después de un estremecimiento, más por piedad de ver en un estado tan miserable a la mujer que había amado tanto, que por el recuerdo de la ofensa, empujó dulcemente al chiquillo hacia ella.

—Adrián — le dijo — ve a abrazar a tu madre...

Ella abrazó a su hijito con un abrazo furioso de angustia y de amor infinito, dándole besos en los cabellos, y después, levantándose y volviéndose a su marido con una mirada que imploraba:

—¡Qué bueno eres!, — murmuró

Pero él se había acercado a ella y le respondió con la boca seca, casi bruscamente:

—No hables... y dame el brazo.

No está muy lejos el cementerio de la Rue Delambre; hicieron el trayecto a grandes pasos.

Antonio sentía el brazo de Clementina temblar sobre el suyo. El chiquillo caminaba cerca de ellos con el espíritu en otra parte, admirando los juguetes.

(Continúa en la página 35)

: ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS :



Buster Keaton en "El estudiante", notable cinecomedia que en su programa especial distribuiré en breve Artistas Unidos.



La famosa bailarina negra Josephine Baker, protagonista de la película "La locura del día", que en breve presentará la New York Film en su programa extra.



J. Farrel, Mc. Donald, Nancy Nash y Clifford Holland, en "Rico, pero honrado", film que la Fox exhibe desde el jueves último.



Ivan Petrovitch y Alice Terry en la superproducción de la Metro-Goldwyn-Mayer, "El mago" que se estrenará próximamente.



Hoot Gibson y Ethelyn Clair, en "Jacas pintadas", cinta Jewel que la Universal presentará pasado mañana.



Jola Méndez, nueva actriz, y Ralph Ince, protagonistas de "El templo de los gigantes", que la General estrenará el viernes próximo.



Marión Davies y George K. Arthur en "El So. no mentir", producción Metro-Goldwyn-Mayer, a estrenarse en breve.

Consagración de los nuevos obispos.

Con asistencia del Presidente de la República, llevóse a efecto en la catedral la ceremonia de la consagración de los nuevos obispos monseñores Inocencio Dávila, Fermín F. Lafitte, Julián P. Martínez y Audino Rodríguez, nombrados para ocupar los obispados de Catamarca, Córdoba, Paraná y Santiago del Estero, respectivamente. — Los prelatos al impartir la bendición al público congregado frente al templo.



El presidente, doctor Alvear, al salir de la catedral después de asistir a la consagración de los nuevos obispos.



La procesión presidida por los nuevos prelatos trasladándose a la Curia eclesiástica, donde éstos recibieron los saludos de sus amistades.

Congreso de rematadores



La mesa directiva durante la sesión de clausura del Congreso de rematadores, que funcionara en los salones de la Sociedad Rural Argentina.

Centro de Egresados y Estudiantes de Kinesiterapia



Miembros del Centro de Egresados y Estudiantes Universitarios de Kinesiterapia, en el acto inaugural de la sede social de la institución.

BIBLIOGRAFÍA



Señor Eugenio Julio Iglesias, autor del libro "Anaquel", recientemente aparecido.



Señorita Silvia Guerrico, autora del volumen "Los príncipes azules", acabado de publicar.



Señorita María Enriqueta Betnaza, autora del libro "La fiesta de los sueños", últimamente editado.



Doctor Justo G. Dessein Merlo, autor del volumen de versos "Amancay", recientemente publicado.

ECOS DEL ASALTO REALIZADO EN EL HOSPITAL RAWSON



El automóvil Buick, secuestrado por la policía en un garage de San Fernando y en el cual se supone que escaparon los asaltantes después del golpe de mano realizado en el Hospital Rawson.



Antonio Salvador Moretti



Vicente Salvador Moretti



Miguel Angel Roscigna



Andrés Vázquez Paredes

Los cuatro supuestos asaltantes que, en los momentos de escribir estas líneas, son activamente perseguidos en territorio uruguayo.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



QUEMU QUEMU. — Concurso de tiro. — R. Carretero, J. Castilla y G. Abal, clasificados 1o., 2o. y 3o. en la categoría A. — A. Echeverry, A. Castro y A. Larrad, 1o., 2o. y 3o. en la categoría B. — J. Ojeda, F. Apestegui y A. Soria, 1o., 2o. y 3o. en la categoría C.



La comisión de tiro del polígono local, acompañada del Teniente Coronel Justo I. Sánchez y del representante del gobernador de La Pampa, inspector de policía Arturo Arrigorria, en el stand de tiro.



SAN LUIS. — Hermanos cofrades reunidos en el convento de Santo Domingo, con el superior Fray Saldaña Ritamar, en ocasión de celebrarse la fiesta de la Virgen del Rosario.



OLIVOS. — Señorita Ana Elsa Groebner.



AARON CASTELLANOS. — Grupos de alumnos del Colegio San Francisco, que recibieron la primera comunión, durante las fiestas patronales realizadas con motivo de la clausura del año franciscano. — Acompañan a los educandos, los reverendos padres F. Paz y A. López y demás personal docente de la institución.



AGORERÍAS

Por Rosario Beltrán Núñez

—Na, no hi bailar con vos, po...
—De ande sales con eso, de puro comadrita ha'i ser.

—Na, no hi bailar con vos...
Y Lucinda, dando media vuelta sobre sí, fué a bailar con otro mozo, nuevo peón de "La Colonia", llegado hacía apenas un mes.

Jacinto se quedó plantado, mirándola con ojos que, bajo las contraídas cejas, tornáronse más negros de ira y de dolor.

En el patio de doña Adelaida, ia telera, había fiesta aquella noche, fiesta triste, que mezclaba donaires y miradas de bailarines con lágrimas y gemidos de la madre de un niño muerto. Yacía éste en el centro de la única pieza del rancho, dentro de un cajoncito forrado con franjas de papel rosa y blanco. Profusión de flores amarillas, rojas y celestes adornaban al cadáver y al ataúd, colocado entre velas sobre una mesa cubierta por una colcha, brazada de primavera por lo florida.

¡Nunca pensara doña Adelaida, que aquel abrigo gala del lecho de su niño, tejido en su rústico telar, más que con lana, con ternura y sueños de una madre sencilla, no bastara una noche para calentar el helado cuerpecito de su niño! Jamás imaginara la pobre mujer, al teñir las madejas, que ella misma hiló en el ágil huso, que los vivos colores contrastarían con un rostro de cera morena y labios morados!

Esa noche, entre sollozos y lamentos, la misma doña Adelaida, inició el baile.

—Pa que'l angelito entre más pronto a la gloria es necesario que comience la madre...

—Es de ley que lo haga, po... Habían dicho.

Y así fué. Cumplida su obligación, lloraba tranquila junto al pequeño ataúd.

En tres grupos podía dividirse la concurrencia el de los jóvenes que bailaban al son del bombo unísono y monótono, constante compañero de una guitarra destemplada y de un arpa tañida por su constructor, un anciano casi ciego; el de las viejas que cerca del cadáver tomaban mate o fumaban cigarros que ellas mismas hacían envolviendo obscuro tabaco en hojas recortadas; y el de los hombres que por distintos motivos no bailaban; pero para los cuales todo era razón para tragar aguardiente sin cansarse.

A un corlillo de ésto acercóse Jacinto después de un rato de soledad y empezó a beber en silencio. No faltó quien comprendiendo, sintiéndose tentado por la broma.

—Paece que en las simpas de la Lucinda, — dijo refiriéndose a las trenzas de la muchacha, — otro más se ha enredao, ¿no?

—Lo malo ha'i ser que...

—Lo malo ha'i ser que no le ha'i durar el enredao... — interrumpió Jacinto, al que iba a continuar la broma.

—Ansina ha'i ser, contestaron.

—De juro, po...

En tanto, la fiesta continuaba; en el patio de tierra dura y pelada, que se extendía frente al rancho, cuya única puerta había sido adornada con galas de papel idénticas a las del rústico ataúd, el baile seguía cada vez más animado. Interrumpíanlo, de tarde en tarde, los gritos destemplados de una mujer que lloraba cantando.

—¡Ay mi angelito, solita me has

dejao! ¡Ay, mi compañero, quién me consolará!... Alhajita eras...

Recogimiento en la concurrencia. Redoblaba la madre los sollozos al oír los lamentos cantados y desgarradores de la extraña llorona. Silenciosas las viejas lagrimeaban. Luego, de nuevo era el baile el afán de los jóvenes.

El flamante peón de "La Colonia" continuaba siendo la asidua pareja de Lucinda. Llamábase Ci-

camino que va a "La Colonia", sin saber por qué, comenzó a pensar más en el forastero que en Jacinto Ramos.

Poco a poco iba entregando su corazón a Cipriano, mas, no quería convencerse de ello. La nueva pasión luchaba con la antigua, sin que ella pudiera evitarlo.

Esa noche, mientras bailaba en el patio de doña Adelaida, aun se decía:

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

priano Díaz; había llegado de "La Banda" y a poco de estar ahí, empezó a asediarla tenaz e ilusionado. Ella aceptó los requiebros al principio, sólo por vanidad. Mujer al fin, aunque sencilla y rústica, sabía igual que la muchacha de alma compleja de las grandes urbes, del femenino goce de despertar envidias. Nada placiale tanto como relatar el afán de sus galanes a las amigas, al ir, en pintoresco grupo, a juntar en grandes bolsas el mistol maduro, que esmaltaba el suelo de rojo como si toda esa tierra salvaje y ardiente, vigorosa y fecunda, ansiara besar el moreno bronce de sus carnes tersas, con mil boquitas encendidas! Sin embargo, desde la tarde que Cipriano Díaz la hablara a solas, bajo el corpulento quebracho que se alza a la vera del

—Los bailecitos pa Díaz... Pa Jacinto el corazón...

Este, en tanto, continuaba bebiendo. Tenía los ojos brillantes y eran sus miradas puntas de puñales, siguiendo siempre a la pareja bailarina. En una de las vueltas, Lucinda lo miró de frente y no sé qué terror se le metió en el alma. El carácter de Jacinto nunca le preocupó.

—Pa mí es suave como el olor de florecita el aire... solía decir. Y para responder al que algo le objetara, tenía frases como estas:

—Na, no ha'i ser pollerita, po. No me ha dao por buscar hombre que no tome algoito y le despare a otro porque no lo hi encontrar en el pago, po... Aquí toitos son iguales, bravos como la' aguardiente que chupan...

Y tenía razón.

La mirada de Jacinto rompió aquella noche la tranquilidad de la moza. No pudo, a pesar de su afán, continuar bailando.

Amanecía. Ante el alba campesina, toda fresca de rocío, huía la noche recogiendo en sus postreras sombras, las últimas estrellas; tornábanse más tristes las exangües lucecillas de las velas; ibase precisando, poco a poco, la curva de la senda por donde partiría el fúnebre cortejo, rumbo al cementerio... Cantó un gallo... El dolor de la madre se hizo más agudo: había llegado la hora de enterrar a su angelito. Sus gritos apagaron las notas finales de la rústica orquesta. Por la selva se extendió su angustia hecha gemidos.

Lucinda se retiró a su rancho, acompañada por sus hermanos, dos muchachotes lentos y robustos. No eran los únicos en marcharse; fuéronse, también, algunas mujeres. Más de un borraco intentaba levantarse del suelo para seguirlos.

Al doblar el recodo del camino, cerca aún del rancho de doña Adelaida, la muchacha y sus acompañantes tropezaron con un ebrio que, de bruces sobre la tierra, dormía.

—Velay, el marío de la llorona, más lleno'te vino que una dama juana.

—Segurito que mañana agatitas se le pase la tranca, se ha'i agarrar otra con los dos pesos que pa que llore le han pagao a su mujer...

—Machao vive... y ella también se emborracha; menos mal que como la conocen, le han mezquinado esta noche, porque denó no cumple con su obligación...

—Como le pasó en el velorio del guagüita de don Porfirio.

Y ambos siguieron comentando la conducta de la llorona, esa mujer indispensable que, en todo velorio de niños, llora cantando a gritos, previo pago de dos pesos.

Lucinda callaba. No tardaron los mozos en observar el mutismo de la muchacha.

—¡Qué silenciosa vas!...

Paece que'l baile te ha sentao mal, ¿no?

—Es que me hi cansao, po...

Y siguió abstraída. No, no era cansancio, ni miedo a Jacinto, ni... Era algo inexplicable, una inquietud, un no sé qué angustioso...

Sintió que cantaban; voces de hombres y de mujeres, en disonante coro, estremecían la selva. Era una melodía lúgubre, mortuoria, mitad llanto y mitad preces... Una melodía que entristeció a los primeros gorjeos de los pájaros y tornó más melancólica la luz del alba.

—Ya van llevando al angelito pa'l cementerio...

—Ya tiene ña Adelaida, quién ruegue...

—Pobrecito, alhajita era...

—Ya'i estar en la gloria.

—Bien se ha bailao la entrada al cielo...

Y en tanto, Lucinda, callada.

II

—Mire, Cipriano, no case al dominico, po..., dijo Lucinda al ver que éste traía vivo un precioso colibrí que se desesperaba en la fuerte prisión de sus manazas morenas y gauchas.

—Que había sido superteciosa, prenda...

—Mire que'l dominiquito es pájaro de Dios, bien sabe que agarrarlo trae males.

—¿Qué mal me ha traído si tengo el amor de usted?

—Por favor, Cipriano, suéltelo, que va a Dios a pedir por nuestro querido.

—¿Gueno, ansina ha'í ser.

Y como si la esperanza de ambos se transformara en avejilla, para volar rauda hacia el cielo crepuscular de aquella apacible tarde santiagueña, el colibrí, en rápido aleteo, hendió el aire y perdióse en las alturas.

Todos los días, a la misma hora, Lucinda y Cipriano se encontraban junto al pebracho, elegido desde la primera cita, para sus amorosas entrevistas.

A Jacinto no lo había vuelto a ver, desde la noche del velorio. Esa tarde, al regresar su hermano del trabajo, había dicho:

—¿Viste a Jacinto? Acaba de pasar por aquí.

—¿Ciertito?, preguntó ella, por decir algo.

—Ciertito, va pa' lao el pueblo...

—Ah...

No dijo más. Le disgustaba que le hablasen de su ex-novio.

—Cipriano era tan gueno... ¿y trabajador?... más que toitos!... ¿Jacinto?... ¡Bah!... ¿qué's bravo?...

Más era su novio; a su lado no tenía miedo a nadie y en sus largas citas junto al quebracho acababanse todas sus inquietudes.

Aquella tarde, después de la liberación del colibrí y renovadas promesas y juramentos en un largo coloquio, iban a despedirse los enamorados.

Hacía rato que del incendio de un ocaso había surgido una magnífica noche; poco a poco habíase intensificado el silencio del campo: un trino sin respuesta, un aleteo breve... un rumor vago... durmióse la selva soñando con las primeras estrellas...

Ya se separaban Lucinda y Cipriano; un adiós más sumándose a los muchos que siempre creían el último de la cita... y un graznido estremeció la placidez de la hora.

—¡Jesús! ¡Cruz diablo! ¡Cruz diablo! exclamó la moza.

—Bruja maldita, lechuza condenada... ¡pa tu agüela!

Y en la limpidez del firmamento el rápido vuelo de una negra ave fué un inquietante anuncio de tragedia. Estremeciéndose Lucinda, sintiendo algo indefinible, mitad horror, mitad angustia...

Acostumbraba regresar sola a su vivienda; aquella vez requirió la compañía de su novio. Poco después, Lucinda, desde el patio de su rancho, veía alejarse a Cipriano al galope de su parejero, y lloró amargamente sin saber por qué.

Aquella noche durmióse tarde. Mejor dicho, casi no durmió. Junto a su humilde lecho, los negros ojos de Jacinto relucían, amenazantes; en sus oídos, las alas del colibrí aprisionado zumbaban siempre; revoloteando en las sombras, la lechuza despertábala con sus graznidos, apenas el sueño se posesionaba de su inquietud. Sentábase, entonces, Lucinda, en su pobre catre de tientos, con los ojos muy abiertos, fijos en la oscuridad. En uno de aquellos momentos, los aullidos angustiosos, lúgubres, prolongados de los perros, la estremecieron toda entera. Bajóse del revuelto lecho y fué al patio casi sin saber qué hacía.

Calma. Paz inefable de una serena noche campesina. Vagos rumores; entrecortadas frases del bosque soñando bajo el encanto de la luna llena.

Lucinda se detuvo de pronto. Ahí a pocos pasos de ella, tendidos en el suelo y cubiertos con coloridas colchas, dormían sus hermanos el profundo sueño de los labradores.

Otro aullido, doloroso, agudo, prolongado...

—¡Dios mío, están llorando los perros! ¡Quién irá a morir!... ¡Ah!

el llanto. Estaba cansada, rendida. Poco a poco se durmió... ¡Y de nuevo fueron los ojos de Jacinto el brillo de puñales en la sombra y fué el colibrí desesperándose por librarse de sus manos que lo ahogaban sin remedio, desobedeciendo su voluntad, porque eran fuertes y tenaces como las de Cipriano; y fué

—¡Lucinda, despiértate, Lucinda!...

—¡Ay! vení Lucinda... Heríos...

—¡Muertos, Dios mío!... ¡Lucinda!

Las voces desesperadas de sus hermanos, la despertaron en el alba. Levantóse rápido, angustiada. Salía de la pesadilla de una noche larga, interminable y entraba en otra, atolondrada, confusa.

—¡Heríos, Lucinda!...

—¡Muertos, ¡ay! muertos... en la güelta e'l camino...

Todo, todo lo sabía.

—¡Sí, el corazón se lo había gritado toita la noche!...

Corrió tras los muchachos. Ahí bajo el corpulento quebracho, testigo de sus amantes coloquios, yacían Jacinto y Cipriano, con los rostros llenos de sangre y tierra, rígidos, fríos... con los ojos abiertos, muy abiertos, como si el horror aun siguiera viviendo en sus pupilas...

Hoy, hay dos cruces al pie del quebracho que no ha vuelto a saber de amores.

Y cuentan que en las plácidas noches santiagueñas, quien pase cerca de él, oye chocar de puñales... y ayes... y juramentos entrecortados, que llenan las sombras de misterio y el alma de pavor.

EN LA TARDE DE OTOÑO...

En la tarde de otoño que la niebla abriga con su tela impalpable como nieves de luna, en la tarde de otoño que la lluvia acuna con su canción amada como ternura amiga,

vas, pobre alma mía, de todo amor mendiga, por un largo sendero de blanda tierra bruna, diciendo tu pausada canción más oportuna, diciendo tu doliente canción que no mitiga!...

Pero, gris alma mía, si hallas otra alma triste, otra que desespere, otra que cante ruinas, otra que sólo ame todo lo que no existe:

¿verdad que te harás leve como el más leve tul?...

¿verdad que, cual un cardo, cubriendo tus espinas, te harás, para consuelo, toda una flor azul?...

Carlos María PODESTA

¿y si él no hubiera ido pa'l pueblo; sino se hubiera quedao escondido en el matorral pa salirle al encuentro?... pensó.

Rompióse en sollozos su presentimiento. Volvió al lecho. Calmóla

el graznido de la lechuza y sus alas revoloteando en la oscuridad, alrededor del catre, rozándole el rostro, acercando a sus pupilas los redondos ojos, fijos, fijos como los ojos de los muertos y...

EL RAYO

El rayo es el primer rebelde. Su energía indómita cautivada por la ciencia y prisionera un día entre las manos de Franklin, está, sin embargo, a merced de las revoluciones que la emplean para realizar sus justicias. Júpiter trasmitiólo a los jupiterinos, a los olímpicos en cuya fiera despotica encarna y se hace efectivo el mito de la omnipotencia pagana, "dei deorum"; pero el rayo va hoy por su cuenta a través de los espacios buscando cabezas culpables que herir. Se ha emancipado él también. Se ha vuelto contra los tiranos convirtiéndose en instrumento del furor del pueblo. Se arroja sobre las cúspides, porque ya es libre y concentra el poder de la libertad vengadora.

Cuando hiere a un Plehwe, cuando aniquila a un gran duque Sergio, sabe lo que hace. Sabe que ejecuta un crimen espantoso, pero le consta la necesidad de este crimen para evitar muchos crímenes futuros y posibles. Por eso no vacila, por eso cumple conscientemente, cual si tuviera inteligencia, su principal oficio matar. El rayo es un rebelde de la Naturaleza que al fin ha encontrado el objetivo justo de su rebeldía. ¿Alguien lanza esa chispa fulmínea, como el antiguo guerrero lanzaba la flecha de su arco? Ese alguien, ¿será Dios?

No mezclamos a Dios en las venganzas o en las ejecuciones sangrientas de los hombres, que su esencia divina rechaza. Creamos, más bien, en la emancipación y en la independencia del rayo. Creamos que el rayo ha decidido, "per se", subir de las profundidades en persegimiento de las cumbres donde habitan los grandes delincuentes, en vez de bajar de las cumbres hacia las profundidades donde sacrificó a tantos inocentes y a tantos mártires mientras fué esclavo de los despotas.

Creamos esto. Y creamos, además, que el látigo se ha convertido en rayo. No otra cosa significan las revoluciones modernas.

Francisco GONZALEZ DIAZ

El león despierto

Un cachorro de león se había separado de su madre y vagaba por la selva, hasta que un carnero, compadecido de él, le adoptó. El león creció al lado de los demás carneros, sin que soñara nunca en que fuese otra cosa que un carnero. Mas, un día, se le apareció otro león, magnífico y de gran tamaño. Rugió con poderosa voz y su congénere se sintió atraído por él. El león visitante se había apoderado de un carnero que lanzaba al aire lastimeros balidos. El otro león se disponía a socorrer a la víctima; pero de pronto se despertaron en él todos sus instintos y se unió a su hermano para destrozar al infeliz carnero ¡Es que acababa de descubrir que era león!

Así es el hombre.

Mientras cree que es un ser débil, su timidez le impide llevar nada a cabo; pero cuando se da cuenta de su fuerza y poder, abandona su cobardía y aspira, con perfecto derecho, a apoderarse de la existencia.

Es que el ESPIRITU, como el león se ha despertado, y le enseña a seguir el camino de la vida y de la verdad sin vacilaciones; aparta sus dudas, le separa los obstáculos, le crea favorables circunstancias, le da alegría y vivacidad y le hace ver, en suma, una senda de gloria y alegría, que constituye una revelación para él.

Esta percepción es lo que constituye el secreto Pensamiento Creador de la mente del hombre. Hace lo que debe y lo hace por sí propio. Es su PERSONALIDAD REAL la que impera, en virtud del ESPIRITU, que le impulsa desde su interior y que le enseña cómo es EL MISMO.

W. W. ATKINSON.

EL MUNDO DEL DELITO

Los horribles crímenes de la favorita
Roxelana y Solimán el Magnífico

Por Virgilio de la Pascua

Corría el año 1525, cuando unos piratas berberiscos saquearon un hermoso palacio de la costa italiana, degollando a toda la familia que lo habitaba. Sólo se salvó de tan terrible matanza una bellísima muchacha, que poco tiempo después era puesta en venta en el mercado de esclavas de Constantinopla. Uno de los jefes del Serrallo del Sultán, Solimán II, llamado el Magnífico, la compró para su amo y señor.

El carácter jovial y altamente simpático de la italiana le hicieron granjearse bien pronto la simpatía de todos y el cariño de su señor. Solimán la bautizaba a poco con el nombre de "Kourrem" (alegre), y en el Serrallo ya no se la nombró más que así. Sin embargo, el suyo verdadero era el de Roxelana. Unos meses iban transcurridos apenas, cuando el Sultán, vencido por las zalemas de esta mujer, la elevó a la categoría de favorita, puesto ocupado hasta entonces por Atlanta, madre de Mustafá, heredero del trono.

Roxelana, durante el tiempo de su permanencia en el Serrallo, había dado a Solimán cuatro hijos y dos hijas y, en vista de su poder incalculable, ambicionó ser la mujer legítima del Sultán. Jamás éstos habían dado hasta entonces a ninguna mujer tan codiciado título.

Cuando Roxelana expuso a su señor sus deseos, fué rechazada tal pretensión como un absurdo. Al fin venció la esclava y a los seis años de su ingreso en el harén se veía elevada a la más alta categoría del Imperio, ocupando un puesto al que por primera vez en la Historia llegaba una mujer.

Pero Roxelana no se hallaba aun satisfecha. Su ambición no reconocía límites y siempre veía un más allá.

Ahora aspiraba a desposeer a Mustafá, hijo de Atlanta, de sus derechos en favor de Mohamed, su primogénito.

Pronto se convenció del cariño que Solimán sentía por Mustafá, al que había dado el gobierno de la provincia de Armenia, y desistió de continuar la lucha por los procedimientos iniciados. Era necesario suprimir el obstáculo de una manera violenta. Para ello comisionó a dos esclavos de su absoluta confianza; pero éstos fueron descubiertos antes de dar el golpe decisivo y fracasó Roxelana en sus siniestros propósitos.

Más suerte tuvo en sus maquinaciones de la corte, ya que logró que a cada uno de sus hijos le fuera conferido el mando de una provincia. Sin embargo, Mohamed, el primogénito no llegó a salir del Serrallo. Murió a los pocos días de su nombramiento. Los dos hermanos que le seguían en edad, Boyesid y Dyangir, aceptaron sus mandos, pero no tomaron posesión de ellos.

Roxelana, mientras laboraba en favor de sus hijos, no cesaba en sus ataques contra Mustafá. Valiéndose de un traidor al joven príncipe, consiguió que éste pusiera su firma en una carta en la cual se hablaba de un complot tramado contra su padre para apoderarse de la Corona. Esta prueba decisiva produjo en el espíritu de Solimán la impresión que es de suponer. Inmediatamente ordenó al supuesto conspirador que se presenta-

ra en Constantinopla; pero enterado Mustafá de lo que sucedía, se negó a obedecer, sin darse cuenta de que acababa de firmar su sentencia de muerte.

SOLIMAN MANDA MATAR
A SU HIJO

La resolución del Sultán fué tan rápida como era irresistible el co-

el príncipe no tuvo inconveniente en someterse a los deseos de su padre, aunque sus leales le habían advertido que le amenazaba un serio peligro. He aquí la respuesta que dió a tales advertencias:

—Olvidáis, señores, que a quien voy a ver es a mi padre.

Emprendió el camino acompañado de una pequeña escolta.

rrible, logrando, por fin, el príncipe desasirse de los que le sujetaban. En este momento se levantó una cortina y apareció Solimán II llevando grabado en su semblante un gesto tan amenazador, que los "mudos" reaccionaron inmediatamente y en un momento derribaron a Mustafá y lo estrangularon, huyendo inmediatamente como si temiesen la cólera del Sultán arrepentido de su obra.

El cadáver del desgraciado príncipe fué expuesto como el de un traidor que había querido atentar contra su padre.

ROXELANA ASESINA A SU
HIJO DYANGIR.

La sultana supo la muerte de Mustafá y se congratuló de ello. Su hijo Dyangir, espíritu verdaderamente afeminado, cuya única pre-ocupación consistía en alhajarse y perfumarse, sentía una verdadera pasión por el príncipe asesinado y al enterarse de lo ocurrido afeó a su madre su conducta, acusándola de instigadora del crimen. La escena entre la madre y el hijo terminó llamando Roxelana a sus esclavas y mostrándolas el cadáver de Dyangir, que, según ella, se había suicidado clavándose un puñal en el corazón.

Este nuevo crimen llegó a oídos de Solimán, el cual, desde la muerte de Mustafá, no tenía un momento tranquilo, y dispuso la rápida vuelta a Constantinopla. Iba dispuesto a alejar de su lado a la nefasta Sultana.

Pero ¿qué no podrán unos ojos de mujer si saben verter a tiempo sus lágrimas? Todos los proyectos del Sultán se evaporaron al ver a su esposa arrojada a sus pies pidiéndole la muerte como expiación de unos delitos que no había cometido, pero de los que la acusaban unos "malvados". A los pocos días aparecían asesinados esos "malvados": el último hijo que le quedaba de Atlanta y dos leales consejeros del Sultán.

¿Creéis que tanta sangre llegó a calmar la sed insaciable de esta mujer, verdadero caso clínico en la historia de la criminalidad? Pues no fué así.

LA ULTIMA DESDICHADA
OBRA

Vivían aun dos hijos de Roxelana y Solimán. El tercero, Selim y el cuarto, Bajazed. Por éste sentía su madre verdadera pasión. Era un hermoso mancebo, valiente, de una complexión vigorosa y dispuesto para todos los ejercicios guerreros. A su hermano, por el contrario, se le acusaba de beber vino en secreto, y hasta de embriagarse en compañía de un judío renegado, su favorito.

Roxelana trató de convencer a Solimán de que debía alterar el orden de la sucesión del trono; pero esta vez se estrellaron todos sus intentos contra la adversión que el Sultán sentía por su hijo menor, y no accedió a darle siquiera el mando de una provincia.

La infernal mujer, perdida toda esperanza, excitó secretamente a su hijo a la rebelión, creando a Bajazed un partido poderoso. Todas estas intrigas estaban tan hábilmente preparadas, que el Sultán no concibió sospecha alguna. Así supo, sorprendido, que Bajazed se encontraba a la cabeza de un ejército y que los bajaes de Asia, siem-

Inauguramos recientemente
nuestra sucursal en Rosario

"Palacio
Fuentes"

DI RISIO HNOS.

DAMAS Y
CABALLEROS

ROSARIO - SARMIENTO 722
U. T. 23 - 230

BUENOS AIRES - CALLAO 1103
U. T. 44 - 5182

raje ciego que le dominaba. Se puso al frente de sus tropas y marchó en persona hacia la provincia de Armenia. En los límites de ella levantó la tienda imperial. Nuevamente envió la orden a Mustafá para que se presentara, y esta vez

Llegó a la tienda imperial. Según los usos, dejó sus armas antes de penetrar en la cámara. Apenas se hubo despojado de ellas, seis "mudos" (asesinos a sueldo de los magnates) se arrojaron sobre Mustafá. Se entabló una lucha ho-

GENESICA.

No puede ser, ¡caramba!... Es imposible la genial, la estupenda maravilla, de hacer al hombre de grosera arcilla y a un soplo de vida... ¡Lo increíble!

Y todavía es más inadmisible, robarle, mientras duerme, una costilla, y en mujer transformarla... Es muy sencilla del génesis la glosa inaccesible...

Del misterio la lógica no hallo... Es un oscuro dédalo; por eso, si analizo... "peor es menallo"

Pero me duele y sabe mal, me inquieta que la mujer, el ángel del poeta, ¡del hombre y para el hombre sea un hueso!

Severino MARTINEZ

pre fáciles a las revueltas, trataban de armarse de nuevo con él para atacar a Selim. El viejo Sultán no vaciló un momento. Envió 10.000 hombres en socorro del primogénito, el cual, triunfó fácilmente de su hermano.

Durante estas turbulencias Solimán no reveló a nadie sus designios, pero envió a Bajazed el orden de presentarse en Constantinopla. Roxelana comprendió lo que esperaba a su hijo, y llegó a aplacar a su esposo a fuerza de súplicas, de mentiras y de lágrimas. Solimán revocó la sentencia de muerte que había pronunciado en el fondo de su alma; pero su cólera contra el conspirador era tan violenta, que no quiso recibirle en Constantinopla y lo hizo en las afueras de la ciudad. El día de la entrevista, Roxelana acompañó al Sultán.

Bajazed se presentó temblando ante su padre.

Fué muy breve la audiencia y durante ella pudo advertir a Bajazed que su padre, a pesar del perdón arrancado por el cariño de Roxelana, estaba dispuesto a castigarle con mano dura.

Aun luchando con tantas contrariedades, la Sultana no se abatía fácilmente. Sin embargo, el destino implacable venció las singulares energías que esta mujer tenía para las intrigas. Una violenta enfermedad la acometió repentinamente. Al ver en peligro su vida, mandó llamar a la cabecera del lecho a Bajazed, pero éste, entretenido en bajos placeres, no acudió. Todavía tuvo Roxelana ánimos para quejarse a Solimán de la conducta de su hijo y para aconsejarle que no dejara sin un terrible castigo tal proceder si ella moría.

Murió Roxelana antes de que los años hubiesen minado su hermosura. Su cuerpo fué enterrado en la mezquita fundada por Solimán. Y así dejó este mundo la primera mujer que mandó el Serrallo y que llegó a ser la esposa legítima del Sultán.

Solimán, pasados los primeros momentos de su terrible pena, no tuvo ya otra preocupación que cumplir la última voluntad de su esposa, y poco tiempo después moría estrangulado el príncipe Bajazed.

Las esposas, generalmente, son contrarias a las salidas de los esposos

Las mujeres profesan un miedo sistemático, tal vez un instintivo aborrecimiento a la noche. Para sus almas impresionables, la noche constituye la emboscada, el peligro, la aliada constante de la aventura.

Las madres no permiten a sus hijos salir de noche; las esposas, si pudieran, lo mismo harían con sus maridos. Cuando, después de cenar, el hombre se arregla los cabellos y la corbata ante el espejo del recibimiento, la mujer, aunque le sonría amable, siempre, allá en lo más esquivo y secreto de su conciencia, se queda un poco triste.

—¿A dónde irá? — piensa.

Es una melancolía que, de someterse a un análisis de química moral, arrojaría una gran cantidad de celos. El día, con sus horas torturadas por el trabajo, parece mostrarse menos propicio a la traición; pero la noche es la holganza, el teatro, la partida de juego en el casino, la cena prolongada entre risas hasta muy tarde. Las mujeres aborrecen la noche, marquesita del ensueño y del pecado, árbitra de toda elegancia, mixtificadora dulce de todo deber, que viste a los hombres de frac y se los lleva...

Esta innata aversión femenina es perfectamente explicable.

El día tiene la castidad de la línea recta, la rotunda sequedad del deber. El sol es ingenuo, violento, inexorable; su sinceridad, que acorta los términos y difumina la poesía de los dintornos, se adentra por los ojos y parece llenarnos de cla-

ridades meridianas la conciencia. Su luz insolente, además, irrita nuestros nervios; estimulados por su fuego, comprendemos mejor y nos sentimos más cerca de la acción; él nos esclarece el pensamiento y nos flagela y disciplina la voluntad. Bajo su recio imperio, la imaginación, la facultad embauzadora amiga de la penumbra y de la media tinta, pliega el hechizo de sus alas clavileñas... El sol vigoriza los perfiles, ahuyenta los misterios, es la verdad. La fantasía, que no puede combatirse, le huye, se aliebra y reduce en lo más hondo de la conciencia, y allí, soñolienta, espera a que Venus brille sobre la magia de los lagos dormidos.

Agoniza la tarde. Ya encendieron los primeros faroles, ya, sobre la terraza de los cafés, los ar-

cos voltaicos derraman su alegría blanca. Cerráronse las oficinas; callaron los talleres...

Un bienestar de blancura y reposo nos envuelve; es un cosquilleo exquisito, algo muy suave, adormecedor, cual si una seda, ligerísima, nos rozase la piel. Nuestra personalidad, aquel carácter batallador, fecundo en atisbos prácticos que tuvimos durante la jornada, se blanda, se desarticula; diríase que es un traje, una especie de incómoda armadura que nuestra conciencia más inclinada al reposo que a la pelea, se quita de encima. Falta el sol. La voluntad se apaga y hay en la razón como un encogimiento de hombros... mientras la fantasía se levanta, sacudiendo el traje de sus cascabeles inmortales...

EL ALMA DE LA TARDE

La tarde es una imagen inmensamente huraña de diáfanos contornos y de invisible talle, que tiende el cuerpo esquivo por sobre la montaña y estampa los pies lúcidos en la oquedad del valle.

Persiguen su semblanza mis ojos soñadores pero celoso el sol la infinitud deslía... Y la halagada tarde, borracha de colores, los labios del crepúsculo entreabre y me sonríe.

Sonrisa melancólica de la Deidad muriente: ¿no te recuerda el gesto de valeroso alarde que puso en su agonía la novia confidente cuando murió, lo mismo que morirá esta tarde?

Recuerdo yo... por eso voy persiguiendo, en vano, la imagen que trasunte la ya extinguida novia. Celoso el sol la lleva sujeta de su mano... Se aleja y me sonríe nostálgica y me agobia.

Como visión, callada, breve como un opúsculo de luz se va entre ardientes y pálidos resabios. Exaltan su sonrisa los labios del crepúsculo y con asombro siento que exáltase en mis labios.

Sonrisa melancólica que es alma de la tarde bendita en el recuerdo de toda una agonía... y que al ganar mis labios con luminoso alarde no es otra que mi alma, no es más que el alma mía!

Alberto G. OCAMPO

Sobre las calles, la luna, que tiene la palidez del crimen y la dulzura de la primera cita; la luna que vió llorar a Pierrot y enseñó a Colombine el camino del baile, suspende su amarillo perfil. La noche es sinuosa, tolerante, abúlica; tiene la voluptuosidad de la línea curva, la poesía inefable de lo indeciso, la majestad del silencio, el perfume y la limpieza sin polvo de los campos humedecidos por el rocío. También es la belleza. Ella agranda los ojos femeninos y les da fosforescencias de antimonio; a la salida de los teatros, sobre su inmensidad oscura y entre la aristocracia de los armifios y de las sedas, los labios parecen más rojos y los escotes componen una esplendorosa sinfonía de mármol.

La noche es rebeldía, el azar, la inquietud; es la gran amiga de las solteras y, por ende, la rival de las casadas. Lo que unas noches felices labraron, lo deshicieron otras noches ingratas que llegaron después. La noche es el amor y el olvido; en su seno oscuro, las pasiones se agigantan y mata el hastío.

Las mujeres lo presienten, lo aprendieron de madres a hijas y temen su maleficio ingrato. La noche tiene alma de mujer, una alma fragante imaginativa. Por eso es la poesía... ¡Ay! ¡casas, por lo mismo, es también el pecado!

Eduardo ZAMACOIS



—Te aseguro que todos los hombres se me indigestan.

—Ahí tienes las ventajas del matrimonio. A mí no se me indigesta más que mi marido.

Cuentos para una inglesa desesperada

Por Eugenio Julio Iglesias

(Del libro "ANAQUEL", recientemente aparecido).

Mi buena amiga: acabo de leer un libro que mueve más al ensueño que a la meditación. Tiene un suave y melancólico encanto de tarde "ahumada".

Así denominan los serranos cordobeses a los días levemente grisáceos. "Cuentos para una inglesa desesperada" es su título. Sus páginas han tornado cordialísima mi pequeña ciudad universal. En este instante, es una ciudad que huelga, que predispone al silencio y a la contemplación. Diríase que sus almas, escapándose sigilosamente de sus alcobas de papel, se han fundido para forjar una atmósfera tenue, veladora de tonos y líneas. Y todo aparece en ella como esfumado.

La sugestión de las ciudades inmóviles es poderosa. Por ellas, comprendemos que el trabajo no modifica ni destruye nuestra natural condición romántica: las ansias de vagar y de divagar son las únicas potencias primitivas indestructibles en nuestro ser. Mañana — ese mañana que, según la evangélica sentencia, trae consigo su inquietud — se deshará la niebla que hoy vela mi forma y la forma de las cosas aparentemente inanimadas que me rodean, y el pensamiento, el formidable, el odioso animador, readquirirá su privilegio en mi ciudad, con sus estallidos policromos y sonoros, y me impedirá soñar y me impulsará a la acción efectiva, engañándose con el ofrecimiento de sus falsos valores. En pocas palabras, me hará sentir la angustia de mi enorme infelicidad. Pero, ¿por qué pienso en el día venidero y en mi desdicha, hoy, que paladeo el placer de haber leído

un hermoso libro y el deleite de conversar con usted, siempre lejana y siempre a mi lado?

Señora: acepte el volumen de Eduardo Mallea, como si recibiese uno de esos cristales pequeños y maravillosamente burilados que a usted tanto le agradan y que, según una expresión suya, "son bellos porque carecen de utilidad alguna".

"Cuentos para una inglesa desesperada" es el libro de un literato decente: "¡Oh! — exclamará usted — la decencia, en el arte literario, no entraña un mérito!" No, "mon amie", es una virtud. El escritor, al margen de las letras, es, por lo general, víctima de pasiones, tan repugnantes como las que torturan al resto de los hombres, que él suele emplear en la construcción de escabrosos panoramas argumentales. El que rehuye el sistema es un escritor excepcional, un literato decente. Cada uno lleva en sí, pasiones abominables, angustias horribles, sombras de crímenes vívidos o imaginados. ¿Quién ignora esto? Pero, en imperceptible confusión, en medio de las angustias, en medio de las pasiones, en medio de las sombras, desmayados o pugnantes, palpitan o aletean sentimientos decorosos: delicados estremecimientos, amables evocaciones, anhelos de ternura infinita. Hay que saber hallarlos y diferenciarlos; y Mallea, realizando una labor de selección sentimental, ha separado lo terso de lo áspero, lo tierno de lo brutal, lo sutil de lo gro-

sero y, yuxtaponiendo la tersura a la ternura y la ternura a la sutileza, ha dado, en ciento veinte páginas, lo más exquisito de su ser. Usted se dirá, como yo: "Entonces Mallea no sólo es decente, sino elegantemente decente". Porque existen, mi seductora amiga, dos clases de decencia. Y permítame explicarle este concepto precipitadamente madurado.

Dos decencias existen, la una, natural, derivada de un criterio burgués del deber; la otra, adquirida, consecuencia de la educación y la cultura. Esta última es la decencia elegante. Al hombre naturalmente decente no le basta la convicción de su decencia, necesita gritar la posesión de su virtud ingénita. En cambio, el elegantemente decente, poseyendo la seguridad de serlo, y pareciéndolo sin esfuerzo alguno, hace que los que le rodean reparen en su decencia, sin haber intentado proclamarla.

¿Me ha comprendido, señora? Mallea es y aparece decente sin violencia. Es un "gentleman", un hombre de club que medita y escribe con los guantes al alcance de la mano.

Sospecho que vivió británicamente y afirmaría que pulió su originaria acometividad de argentino a orillas del Támesis. De no ser así, no habría podido escribir el libro que le remito. Por si mi afirmación le produce cierta sorpresa, me complazco en recordarle que bajo el cielo de Inglaterra se escribió el tratado

más conciso de Historia de la Literatura Española. No olvide a Fitzmaurice Kelly. ¡Oh, créame, no está lejano el día en que la mejor producción castellana surja de claros intelectos sajones! Nosotros estamos destruyendo el idioma...

¿Y sabé usted cuál es, según mis observaciones, el mérito más grande del joven escritor? Su talento conciliatorio. El pasado y el presente le interesan por igual; y sus medios expresivos, la palabra en sí y la metáfora, animan su estilo pulcro sin acentuar la reciedumbre del origen clásico, ni exaltar el novísimo prestigio que ambas expresiones ejercen, diversamente, en las tendencias juveniles del momento. Esto le crea una situación inmejorable en las letras argentinas; mas, me atrevo vaticinar su influencia en la generación, cuyo advenimiento se anuncia. Cuando usted haya leído sus páginas, me concederá el placer de ratificar mis opiniones. Cada uno de sus cuentos — ¿por qué cuentos y no narraciones poéticas? — cada uno de sus cuentos, repito, le producirá una sensación de suavidad y de belleza transitoria y le impedirá entregarse a una minuciosa tarea de selección, pues campea en todos, una idéntica elegancia expresiva, mediante una inconfundible superposición de tímidos matices que hacen de la obra, considerada en su totalidad, un tapiz de armoniosos tonos, propicio para el reposo de un ánimo fatigado. En ese instante venturoso, cree un bello pensamiento para Eduardo Mallea y tenga un amable recuerdo para quien le reserva el besamanos más respetuoso y más tímidamente sonoro.



...Y cae la lluvia glacial, penetrante...
Un viento constante
del agua las finas agujas inclina.
Un gris desteñido que envuelve la plaza
Convierte en fantasmas la gente que pasa..

Adentro he prendido una lámpara rosa.
Me siento tan sola en la tarde lluviosa
que creo que nada en el mundo ya existe,
tan sólo yo frente a la lluvia que llora
en la íntima hora
en que es la tristeza más honda y más
(triste...)

Dolores ignotos de las agonías
de todos los días:
del leve rocío que tácito absorbe
el rayo de sol que en sus gotas se irisa...
la flor en capullo que suave agoniza...
¡Oh, el hondo dolor infinito del Orbe

fatal, inefable, supremo, abosluto,
de todos los días, de cada minuto,
que llora esta fina garúa ligera!
Mi "yo" dulcemente se expande en la
(bruma,

MIENTRAS LA LLUVIA CAE...

(Del libro "LA FIESTA DE LOS SUEÑOS",
últimamente editado)

mi pena pequeña a la inmensa se suma
y siento del tiempo la sorda carrera.

Las gotas me han dicho su pena inefable:
Por ley de Universos regida implacable
la vida que nace otra vida derrumba,
y todo renace pues todo fenece,
y sólo el Dolor inmortal no decrece
pues cada molécula es cuna y es tumba.

Medito, sintiendo la fuerza del sino:
La aguja acerada que forja el Destino
del tiempo en el duro tablero nos clava
fatal, con idéntica cruel inclemencia
del naturalista que cree en su ciencia
y haciendo a la vida tirana y esclava,

perfora con fino alfiler los vibrantes
cuerpitos de las mariposas brillantes,
los fija vivientes en su casillero,
apunta sus nombres, familia e indicios,
a tiempo que ellas, tras largos suplicios
despliegan sus alas en gesto postrero...

Lo mismo ha pasado con mis ilusiones.
Cual las mariposas de las colecciones
tan sólo dejaron un polvo dorado
en hilos de nada que fueron sus rejas;
en dulces instantes de horas ya viejas,
cual huella impalpable de un breve pasado

Afuera su llanto de amor continuúa
la ténue garúa.
Un velo impalpable de leve neblina
cual húmeda gasa
envuelve las cosas, la calle, la plaza...
...Y sigue cayendo glacial lluvia fina...

MARIA ENRIQUETA BETNAZA

¿E L O E L L A ?

Dragón, ministro plenipotenciario y dama de honor de una emperatriz

Un francés, que quiso tomar parte en la revolución de Norte América contra Inglaterra en 1778, pidió a su gobierno que le permitiera ceñir de nuevo la espada que había esgrimido en el campo de batalla.

La petición le fué denegada y se le ordenó que continuase llevando las faldas y corpiños con los que la costurera de la reina le había vestido para que fuese admitido en presencia de María Antonia o Antoneta, como erróneamente se le llama a la esposa de Luis XVI de Francia.

La reina había puesto por condición que el joven apareciese vestido de mujer para ser recibido.

Siguió vistiendo sus atavíos femeninos, hasta cuando para ganarse la vida, ya en decadencia, tuvo que dar lecciones de esgrima, y de mujer siguió vestido en sus últimos años y en medio de la mayor miseria.

Era este individuo el Caballero d'Eon, cuyas múltiples habilidades encontraron obstáculos por la constante pregunta que todo el mundo se hacía: ¿Es él o ella? ¿Es hombre o es mujer?

Voltaire le llamaba el Caballero señorita, y decía que era un bonito problema para la historia, y sigue siendo aun un bonito problema.

Cuando después de su muerte se exigió juramento a varias personas para probar que había sido varón, pocas se prestaron a ello. El enigma d'Eon continuó y muchos siguieron afirmando que era mujer.

Sin embargo, está probado que sirvió en un regimiento de dragones, que fué un gran esgrimista y pendenciero, censor regio de Historia y Bellas Artes, agente político secreto de Luis XV, abogado, embajador en dos cortes de Europa, participante en la confección y arreglo del tratado de paz entre Francia e Inglaterra, escritor, autor de trece libros que, entre otras cosas tratan de Impuestos en Babilonia, Historia de los Papas, Política Polaca, El Gobierno Inglés, Los Escoceses en América, Las Antillas, La Hacienda francesa, Cereales de Francia, Ordenes Mendicantes, Historia Napolitana, Pensamientos sobre el celibato y el daño causado en Francia, etcétera, etc.

Todo ello no parece sean cosas propias de una mujer.

En un baile de Corte, Luis XV quedó tan admirado de la belleza de una dama que la Pompadour tuvo un furioso acceso de celos. La mujer causante de aquellos celos era d'Eon.

Un diplomático al salir de la corte de Rusia, dejó a su hermana para que acompañase a la zarina Isabel y fuese su lectora de cámara. Esta dama intervino en varios asuntos diplomáticos. La tal hermana era d'Eon.

Un año más tarde un lindo joven llegaba a San Petersburgo animado de grandes proyectos. Este joven era el Caballero d'Eon.

Cuando se dijo que la oposición inglesa estaba pronta a pagar a

d'Eon cuarenta mil libras esterlinas por ciertos papeles diplomáticos secretos, Beaumarchais fué enviado por el Gobierno francés para recoger aquellos documentos, y durante una buena temporada, la



EL PADRE. — Te has pasado una hora despidiéndote de tu novio... Supongo que no le habrás permitido que te bese.

LA HIJA. — ¿Permitirle? Casi tuve que obligarle...

sociedad londinense se divirtió a cuenta del joven y de Beaumarchais y se dijo que éste se ha-

bía enamorado del caballerito y se había declarado a él o ella.

Si como mujer era encantadora, como hombre era irresistible. Entre las mujeres que se enamoraron de él vistiendo uniforme militar figuran: una princesa rusa, una condesa francesa y la princesa alemana que después fué esposa de Jorge III de Inglaterra, y este último amorío es lo que algunos creen fué la causa de que d'Eon vistiese durante largo tiempo de mujer.

Al ir a Rusia conoció a la princesa alemana, a la que después encontró en Londres siendo reina de Inglaterra. El trato con la soberana

3A CELEBRACION
"DIA UNIVERSAL DEL AHORRO"



MCMXXVII

en las habitaciones de la reina, encontró allí al francés y alguien le dijo que el Caballero d'Eon era una mujer.

Pues entonces — exclamó el monarca —, ¿por qué no se viste de mujer?

El caballero, desde entonces, se vió obligado a vestir de mujer en Inglaterra, y, sobre el vestido femenino llevaba las cruces ganadas en el campo de batalla.

D'Eon murió en el año 1810.

Entonces se aseguró que era hombre.

La locura de Jorge III se hizo patente en 1810, y se dijo que había sido, precipitada en un acceso de celos provocado por el resultado de la autopsia del cadáver d'Eon.

Es probable, sin embargo, que fueran otras las causas que obligaron al francés a vestirse de mujer. Se había hecho muchos y muy poderosos enemigos en Francia incluyendo a la Pompadour.

Luis XV tenía miedo de favorecerle claramente y también temía el abandonarle por completo, porque d'Eon conocía muchos secretos de la historia de aquella época. El rey de Francia le dió una pensión prohibiéndole regresar a su país como no fuese vestido de mujer. Fué un buen ardid de Luis XV. D'Eon resultaba un informal, un chisgarabís y nadie le hubiese creído si se le ocurriera hacer algunas revelaciones importantes.

Tenía sus papeles bien escondidos en Londres y en una ocasión se le oyó decir: "Yo no abandonaré a mi rey ni a mi patria, pero si ellos me abandonan yo sabré disculparme ante toda Europa; nada me será más fácil."

De aquí el viaje de Beaumarchais a la capital de Inglaterra y su misión de conseguir los documentos que guardaba d'Eon, pero éste tuvo tal talento y mareó de tal forma al embajador extraordinario, que murió de pena y a fuerza de disgustos.

El caballero o la dama d'Eon, fué ridiculizado en folletos y pasquines y muchas veces escapó del veneno y del puñal del asesino. El Gobierno inglés le protegía, pero el público se reía de él en versos, caricaturas y cantares, en los que figuraba como el hombre-mujer o mujer-hombre.

Se apostaba sobre su sexo, y cada vez que salía de viaje se apostaba sobre si el traje que vestiría a la vuelta sería el de hombre o el de mujer.

No faltó quien asegurase que algunos de sus íntimos se aprovechaban de la amistad para ganar las apuestas pero la mayoría lo pone en duda, pues sobre este punto era honrado y sumamente delicado.

LOS PAISAJES

Nubes blancas

Nubes blancas; alegría tumultuosa del cielo.

Nubes blancas como esquifes surcando el azul inmenso. Nubes blancas, nubes blancas como pájaros inquietos, borrachos de primavera y de horizontes abiertos.

Nubes blancas; cuando os miro ¡siento una angustia aquí dentro!

Que así cual vosotras vais fué mi corazón viajero.

En la quietud sosegada de las tardes de febrero las nubes blancas navegan como naves sin gobierno; van empujadas y frágiles allá donde quiere el viento...

Bajo la monotonía de un azul vasto y perpetuo en la llanura en que duermen sedentarios, catalépticos, las aldeas olvidadas y los caseríos viejos, las nubes blancas irrumpen con un galope frenético.

Y en el bien de los crepúsculos, cuando en un tremor sereno el *Angelus* se diluye sobre los campos resecos, las nubes anchas y bajas, tremolantes en el viento, son como banderas blancas en los campanarios negros.

Son como banderas blancas, como líricos trofeos de un ayer amplio y radiante y de horizontes abiertos; banderas en las veletas de los campanarios negros; banderas de paz, de gloria, de imprevisión y de ensueño...

¡Nubes blancas! Alegría fugitiva del recuerdo de unas tardes ya remotas de juventud y de versos en que extáticos, tendidos al borde de los senderos, al cruzar, en cada una fuimos prendiendo un soneto...

Mis nubes de ahora no son las nubes de aquel buen tiempo. Las alegres nubes blancas, pobre corazón enfermo, ya van tan bajas, tan bajas, ya van tan a ras del suelo, que se han manchado en el lodo de los caminos más negros.

Y si al ascender un poco sueñan tenerse un momento sobre el azul infinito de los espacios pretéritos, son como masas de niebla en un crepúsculo ciego...

¡Siento un ansia de llorar en mi paisaje de invierno...!

Aníbal DIAZ...

MEDITACIONES

Meditación al amor distante.

(A José Barzelatto)

Nada hay tan doloroso como el recuerdo. El recuerdo, asesino de nuestra felicidad.

Desde una ciudad distante contemplo un panorama brumoso y triste. Todo es desolado ante mi vista. Los monumentos, los jardines, los palacios y todo aquello que la vanidad humana colocó sobre los dones de la naturaleza, me parecen caprichosos juegos de escenarios.

Mi pensamiento está fijo en una imagen lejana. Siento el dolor innarrable de querer ver a través de las distancias, aguzo mi oído esperando escuchar su voz, y mis ojos taladran el espacio, ávidos de contemplar su rostro...

En un bar vecino, la orquesta toca un tango argentino. La música sensual y cadenciosa acentúa mi nostálgica amargura. En los compases de la pieza creo descubrir el

alma de nuestras mujeres, con todas sus dulzuras, sus felinidades y sus rebeliones.

Y, como ante todo soy humano, siento que mi corazón late violenta. Evoco las noches voluptuosas de los cabarets de mi patria y entorpeco los ojos perfilando un cimbrear de talles y un mentir de promesas.

Pero sobre todos estos pensamientos surge la imagen de mi cariño. Es tierna y delicada como un juramento de amor y es morena y ardiente como una flor tropical...

¿Cómo sacudir el yugo que me atormenta?

La orquesta ha cesado y mi corazón se adormece en el recuerdo. En el recuerdo, asesino de nuestra felicidad...

Meditación a la Cordillera

Yo amaba los paisajes nevados de la cordillera andina. Ante ellos mi espíritu se extasiaba, feliz de vibrar ante la belleza.

¡Cuántas veces, en mi niñez, soñé contemplar los picachos donde las nieves eternas eternizan su simbolismo de pureza!

Hoy elevo mi reproche doloroso a las cumbres. Hoy condeno la blancura inmaculada de las laderas y los valles. Toda la cordillera me parece una sucesión de cíclopes dormidos, monstruosos titanes que se opusieran a mi felicidad y a mi retorno.

Y mientras yo, herido en lo más profundo de mi recuerdo, veo desfilar los días interminables y monótonos, allá, en el macizo, que finge una caravana de dromedarios de nieve, la ronda de los vientos teje aquelarres helados...

Meditación a la amistad

He aquí que yo creía en lo vano de la amistad. Corrí por muchos caminos, abordé muchas sendas, y sufrí amarguras en los mares.

Peregrino de un ideal de belleza, las gentes me arrojaron despiadadamente de sus hogares. Y tomé mi báculo de peregrino, único apoyo de mi orfandad, echando a rodar por las carreteras polvorientas del mundo.

Nunca creí en la amistad. Jamás imaginé encontrar nobleza dentro

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

del corazón de un amigo. Siempre tuve que resignarme ante la afrenta.

Conocí muchas mujeres, además, en mi vida, y todas ellas dejaron un vaso de hiel en mis alforjas de errabundo.

Nunca creí, pues, en la amistad ni en el amor.

Y he aquí que sobre la senda polvorienta surge un amigo de verdad. Mis ojos le han contemplado con asombro. Mis labios le han hablado en un lenguaje desconocido para mí mismo y mis sentimientos se han abierto a sus palabras de bondad.

Y he logrado esta reflexión: mientras mis alforjas estaban llenas nunca tuve un amigo; ahora, que ellas se hallan exhaustas, le encuentro. Es un amigo de verdad...

Eduardo María de OCAMPO

Como todas las mañanas, el criado sale empujando el cochecito bajo la galería llena de un sol primaveral que juguetea en los mosaicos resplandecientes. Sonríe el paralítico desde su asiento a la epifanía de la luz como el prisionero que ve el día tras los barrotes de su cárcel y es su sonrisa una especie de mueca trágica en ese cuerpo desmedrado, preso por las anquilosis, cual un muñeco de resortes rotos. Tiene el rostro espectralmente pálido y sus ojos negros, fijos, parecen dilatarse en las ojeras azuladas, mientras las manos se unen en una inmovilidad de éxtasis, como dispuestas a la oración... Bajan al jardín. Desde la rotonda cercana, llega una música de cristales heridos entre sí. Son los chicos que juegan. A poco pasa Pirucho con su bicicleta nueva, flamante, pedaleando con brío y los ojos del enfermo más dilatados que nunca, como por una envidia desesperada, siguen el curso de su carrera hasta que se pierde en una curva del sendero. Acaso odia en este instante el cochecillo que sustenta su peso desde tantos años, que pasea su miseria física, su infantilidad grotesca y es su lecho, su mesa y su ataúd. Hay instantes en que se cree prisionero y el gemido de los muelles antójasele que son los garfios clavados en sus dos miembros impotentes... Una brisa acariciante mece las ramas de los árboles. Revolotean los pájaros entre las hojas. El hilo de agua de la fuente dibuja arabescos en el aire, pulverizándose luego en la atmósfera llena de sol. Arriba las nubes son un inquieto rebaño de ovejas blancas, triscando en un inmenso prado azul... Y, en el suelo, hasta la más humilde hierbecita agita sus miembros sutiles al soplo alado de la brisa, mientras trepa te-

EL PARALÍTICO

Por Albino Rey

nazmente la oruga por los troncos y se abre camino en los canchales, la hormiga proletaria. Una mariposa bellísima que es un poema de polícromía y versatilidad pasa revoloteando sobre sus manos extáticas. Quisiera cogerla como hacen los niños para dorarse las manos con el polvillo de sus alas, pero los miembros no responden a la voluntad y se contenta con verla perderse en-

tre las frondas como una ilusión. Todo, todo se mueve. Todo es actividad, júbilo, dinamismo, en la mañana luminosa: el pájaro, el pétalo, la nube, el insecto, el sol, el agua el aire. Sólo él está fuera de la naturaleza, inmóvil, estéril, anulado, frente a esta fiesta suprema de la vida... No obstante, ¿por qué piensa? ¿por qué siente? Considera que al hacer presa la anquilosis de

AMARGURAS

Me siento solo con el alma herida
y es mi existencia una terrible carga;
hay días que resulta tan amarga
que es ser valiente soportar la vida.

Siento latir mi corazón dehecho;
uno insensible es el que yo quisiera
que parecido por lo menos fuera
al corazón que destrozó mi pecho.

Para ocultar esta profunda herida
por que sé que mi mal a nadie inquieta,
compré con experiencia una careta
y prosigo en el curso de la vida.

Luis A. de LEON.

sus miembros, muy bien podría atrofiar aquella alma, aquella enorme potencia sensitiva, aguzada por el dolor, acuciada por el deseo. Lo peor no es la muerte física, sino tener conciencia de esa muerte... Aparecen los niños, rojos, sofocados, por las correrías. Recuerda los días de la infancia lejana. Una aurora triste, aunque aureoleada de inconsciencia y esperanza. Un aya gruñona y desabrida, le paseaba en otro cochecito más pequeño y acogía con desprecios a los chiquillos que se acercaban "para ver la cara del enfermito", mientras lloraba éste para que le dejara ir a brincar como un cabrito por el césped de los parques... Tenía sus amiguitos, con quienes entablaba largas conversaciones sobre asuntos inverosímiles y les regalaba golosinas. Los chicos jugaban en redor del cochecillo y él reía celebrando sus cabriolas completamente olvidado de todo, completamente feliz... Una lágrima enorme, una lágrima purísima en la que se resume todo el desconsuelo de su existencia miserable, brilla en sus pestañas rígidas y queda allí temblando, sin enjugar, como una pena incomprensible. Entonces Pirucho, atrayendo al grupo de chiquillos con un gesto exclama:

—¡Mirad, está llorando!

Y todos ríen estrepitosamente, porque la cara del paralítico, con aquella lágrima, temblándole en los párpados, rígido, contrahecho, se parece a un polichinela llorando su miseria de aserrín... Después, como un desagravio a tanta impiedad, las flores quedan inmóviles en sus tallos, la mariposa pliega sus alas sobre un cáliz entreabierto y una nube eclipsa al sol jocundo que enloquece de júbilo a los pájaros del jardín.



CARTAS A MUJERES

"El miedo de sí mismo"

De Jorge del Carril a Josefina Bertani

(PARA "FRAY MOCHO")

II

Excelente y espiritual amiga:

¿Por qué te escribo esta carta, ahora que tal vez ella no puede influir en forma decisiva en tu espíritu?... No podría ofrecerte mayores razones, pero, toda culpabilidad que tengas que imponer, cárgala sin piedad sobre mí, que en horas propicias, que dejé deslizarse una a una, no supe afrontar gallardamente el problema que la Vida, representada en tu persona, me presentó. Ahora — lo sé bien — esta es una carta inútil; sus verdades muy poco pueden representar; estarás con mis pensamientos, pero tan sólo por unos instantes, como esos pañuelos que la diestra agita al viento en las despedidas, y que el primer recodo del camino se encarga de eliminar.

Desechada voluntariamente toda gracia tuya, sólo pretendo que me escuches; que penetres en mi mundo interior, empapándote del porqué de las confidencias que junto a ti no supe hacerte... Seguro estoy de que tu clara comprensión irá más allá aun de estas líneas, hilvanadas confusamente en noche de fiebre.

...Dolor que no se denota exteriormente, pero que, con aguda penetración se aferra a nuestro espíritu, y ya no nos abandona más... Dolor invisible que estamos condenados a llevar oculto, como si fuera un baldón, y que debemos simular sabiamente ante la farsa humana, temerosos del ridículo impuesto por las normas y prejuicios sociales... Dolor de no poder gritar la verdad que nos atenaza terriblemente el pecho, detenidos por la tremenda barrera de los formalismos que nos han impuesto miedo de nosotros mismos...

En momentos no propicios, somos lo decidido que nos creemos, pero en otras ocasiones — aquellas más terminantes — pasamos por apocados, queriendo ser cultos, como si no se pudiera tener suficiente entereza dentro de lo finamente galante.

Y mientras meditamos en estas cosas, el tiempo cruza ligero, casi sin advertirlo... Volvemos con pujanza sobre el tema de siempre, y cuando la estamos dispuestos a definir el problema que nos acosa, de pronto nos detenemos otra vez, bruscamente, para encontrarnos de nuevo en el principio de antes. Así, muchas veces, y no obstante recriminarnos interiormente, volvemos a repetirnos lo mismo. Y ya en tren de reflexionar con lucidez, sentimos primero desprecio de nuestra condición que en otras ocasiones hemos sentido halagada y que, cuando llega el instante supremo de hacer revelación de su valimiento, nos empequeñecemos miserablemente, buscando en la propia vergüenza justificativos siempre inútiles, engañosos... Y cuando no encontramos aquí los fundamentos, volvemos a la faz sin artificio, viendo la existencia trunca porque, co-

bardes, no supimos con sólo un poco de varonilidad, definirnos cuando ello se requiera, para agregar la realidad al sueño que laboramos en horas muy largas y cruentas, donde debimos ponernos a prueba de buenos y esforzados.

Habiendo llegado a la cumbre, tengo miedo de mirar los paisajes que circundan la altura; cuando debí temer a innumerables caídas, subí decidido, sin mirar atrás y sin pensar que podía rodar. Frente al esfuerzo realizado, pudiendo disfrutar de las satisfacciones de la cuesta ascendida, vuelvo a sentirme como antes, inadvertido, confundido en la cima, entre los que nada hicieron... Nada logro con reprocharme, porque me doy la razón para mí mismo, pero no la luzco ante el mundo que tributa sus homenajes.

infinito, sin anhelos de más allá!...

Congoja esta que nadie ve, porque nuestra condición y roce diario en el trajinar del mundo, nos la hace esconder medrosa; no sé si alguien más la llevará tan recóndita y asida a sí mismo, como yo; me armaron caballero asaz sensible, y por mi alma, filtro maravilloso, pasan en minucioso análisis las pruebas que nadie mide, inadvertidas en su pequeñez, mientras que el mundo gira sin tornar los ojos a los que quedan atrás, extendiendo una mano, levantando el nivel, bregando por su encumbramiento... y la vida, que desfila muy de prisa, gira, gira, ciega...

Qué habrás colegido de estas páginas confusas, escritas olvidándome de muchas cosas elementales? — me inquiere, volviendo a la realidad, de la que estuve ausente, concentrado en mi mundo psíquico, sin pensar que estas líneas eran para ti, con el agravante de cometer el pecado con que el Maestro Rodó califica a este "ahondar en la conciencia de sí mismo", como "crítica disolvente de toda espontaneidad".

No tengas piedad de mí; hoy sólo nos abrimos paso cuando los rudos golpes del vivir nos despi-

REALIDAD

Bajo, vertí mil veces en tu oído frases de amor, que recogiste atenta, cuando, en la senda, nuestra marcha lenta nos apartaba del mundano ruido.

¡Mágico encanto al que caí, rendido!
¡Fuerza divina que a mí vida alienta!
¡Soplo que al fuego de pasión sustenta
y al corazón aceleró el latido...!

Mas es en vano que mi boca implore
y en mis angustias sin cesar te llore:
¿Eterna es la felicidad? ¿Existe

un Paraíso en este mundo triste?
Cuando la dicha entre dos seres nace,
la muerte viene luego y la deshace.

Alejandro SUBIELA

¿Por qué soy así? —es lo que por infinitas veces me he preguntado, sin sabermelo explicar satisfactoriamente. Mis fáciles anhelos a fuer de darle tantas interpretaciones para amoldarlos a mi conciencia, he concluido tristemente por confundirlos, hasta llegar a verlos cada vez más lejos y a sentirlos como si fueran algo extraño a las cosas que me rodean.

Mi verdad no es la verdad de los demás, y mi decisión se detiene en vez de lanzarse alas al viento. Y lo peor, es que siento que ya poco podré hacer, consumido en esta fiebre de divagaciones, que me han desorientado y confundido en la senda que lleva a la meta... que han puesto en mi alma una gota de amargor y en mis miembros el cansancio de un viaje largo... Estoy en una de esas situaciones en que no podemos marchar hacia adelante y ni tampoco — cosa extraña — dirigirnos hacia atrás; y en trance tan embarazoso, hubiera preferido no haber comenzado la lid, quedando — como tantos — rezagados en el camino, sin ambiciones, sin sed de

tan a la veracidad de las cosas, sirviéndonos aquellos a modo de fuerza animadora. Tu caso me ha llenado de luz y ha tenido la virtud de quebrar el largo eslabón de una vida irreprochablemente virtuosa, pero carente de resoluciones terminantes, que fueron su digno corolario. Ahora, aunque vinieras a mí — no obstante considerarlo utópico — ya no te recibiría con la ansiedad de antaño; hasta me sentiría menoscabado ante ti, pues creería que te sedujo mi compasión y no mi idolatría, y eso — naturalmente — no podría aceptarlo en la hora actual en que, renovada mi conciencia — pienso y obro con la decisión que impongan las circunstancias.

Pero no creas que todo es reproche; me queda por agradecerle por siempre la gran acción a que te soy deudor, porque — aunque indirectamente — has matado el miedo de mí mismo, que con aire de tragedia rondaba mis días, y bajo cuyo extraño influjo he vivido sometido y el que no quiso que tantos proyectos nobles y tantas acciones magnánimas, llegaran

Fotografados
Tricromías
Bicromías

Confección de clichés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

a su feliz término... Si todo quedó en sueños o en embrión, fué exclusivamente por culpa del terrible influjo, que tú has concluido por matar.

Hoy, que desposeído de toda influencia, marchó sin temores imaginarios, enfrentando resuelto los problemas que nos depara el defrotero, ya ves si puedo quedarte reconocido.

Con la afección invariable, me suscribo tu atto. y s. s.

Jorge DEL CARRIL

(Por la copia)

Pedro C. CORVETTO

El vino más viejo del mundo.

La bodega municipal de la ciudad libre de Bremen es famosa en toda Alemania por la calidad excepcional de sus vinos añejos, de los cuales posee una colección única en el mundo por su rareza y abundancia. Los aficionados a los buenos caldos pueden, bajo las bóvedas del histórico "Ratskeller" del gran puerto anseático, paladear por un par de marcos vinos a los cuales cabe aplicar sin hipérbole el "untuoso calificativo de seculares. Pero entre los vetustos toneles de "Ratskeller" existe uno, orgullo de la institución, cuyo precioso contenido (vino del Rhin, Rudesheimer, cosecha de 1653), ha adquirido ya, como el tonel mismo, categoría de objeto de museo. Es el vino más viejo del mundo, un vino para las imaginaciones y no para los paladares. Tomando como base el precio a que se venden hoy los buenos vinos de Rudesheimer 1653", conservado en la bodega municipal de Bremen, debería venderse, teniendo en cuenta los intereses compuestos desde el año de la cosecha a 30.000 marcos la gota.

(Continuación de "EL PERDON").

La portera de la casa en donde habitaba Antonio, estaba sentada sobre el umbral de la puerta:

—Madame, le dijo Antonio: he aquí a mi mujer; hacía seis meses estaba en provincia, cerca de su madre enferma, y ahora viene a vivir nuevamente conmigo.

Y al subir la escalera tuvo que sostener, que llevar casi, a la desdichada, que estallaba en sollozos y desfallecía de emoción y de júbilo.

Al llegar a su pobre habitación Antonio hizo sentar a su mujer sobre el único sillón, arrojó en sus brazos nuevamente a su hijo; después abrió un cajón de la cómoda y sacando una pobre caja de cartón tomó de ella el anillo de alianza, lo volvió a su dedo; y solamente entonces, sin un reproche, sin una palabra amarga sobre el pasado, silenciosamente, gravemente, con la generosidad de los corazones simples, le besó sobre la frente para que estuviera bien segura de que la perdonaba.

El yanqui infalible

Por Jean Bonot

Era uno de esos yanquis voluntarios, enérgicos, orgullosos y ricos en millares de millones, que adquieren un castillo de igual modo que los simples contribuyentes compran una caja de cerillas y alquilan un tren especial de la misma manera que nosotros alquilamos un taxi-metro.

Se llamaba Thom Hattphar.

Cierta noche comí con él en casa de un amigo común. Nos encontrábamos allí unos treinta invitados, y apenas habíamos terminado los postres pasamos todos al salón de fumar para tomar el café.

Divididos en pequeños grupos, conversábamos a media voz, cuando al cabo de un cuarto de hora, Thom Hattphar, acodado sobre el mármol de la chimenea, exclamó en un tono que tenía más de, mando que de ruego:

—Un poco de silencio, señores; deseo contarles a ustedes algo interesante.

Las conversaciones cesaron.

—Mi relato — declaró — no será muy extenso; pero les ruego que no me interrumpan, porque eso me molesta extraordinariamente.

Empeñamos nuestra palabra de honor de permanecer mudos.

—La historia verdaderamente graciosa que voy a referir ocurrió hace pocos años en la ciudad de Chicago. Todos cuantos desempeñaron papel en el asunto han fallecido, y especialmente James Paddock, un viejo "jockey" hirsuto y tuerto, cuyos fracasos son legendarios. Este James Paddock...

—¡Perdón!... — interrumpió alguien de los presentes.

Thom Hattphar, furioso, volvióse hacia el imprudente.

—No me interrumpa — dijo en tono imperioso. — Ya les he dicho que no puedo tolerarlo.

Pero el interruptor, otro americano que respondía al nombre de John Johnston, insistió.

—Si me permito interrumpirle, querido Thom, es únicamente para rectificar un error en que ha incurrido.

—¡Yo no me equivoco jamás!

—Sin embargo, en este momento se ha equivocado al decir que Paddock ha muerto.

—Estoy bien enterado. Afirmino, y nadie podrá asegurar lo contrario, que el viejo "jockey" en cuestión ha fallecido definitivamente.

Entonces, Johnston, encogiéndose de hombros, añadió:

—Pues si ha muerto definitivamente, según usted dice, ¿cómo lo

he encontrado en el bulevar al venir aquí?

Thom se mostró muy contrariado.

—¿Dice usted que le ha visto hoy mismo?

—Como lo veo a usted, querido Thom. No hace de esto ni tres horas.

El otro americano, lívido de rabia, no encontró nada que responder; pero dirigiéndose a todos nosotros declaró:

—Queridos amigos: lamento infinitamente este incidente... Pero después de lo que acaba de suceder no puedo proseguir con calma mi relato. Mañana pienso reanudarlo, si me hacen ustedes el honor de venir a mi casa, a las seis y media en punto... ¿Cuento también con usted, Johnston?

Y salió del salón visiblemente contrariado.

Muy intrigados, nos encontramos todos al día siguiente, y a la hora señalada en casa del orgulloso americano.

—¿Qué sorpresa nos preparaba? ¿Qué venganza iba a tomar del imprudente que le había humillado la víspera?

No nos hizo aguardar mucho tiempo. Cuando todos estuvimos instalados en el salón, en derredor de Thom Hattphar, éste se expresó en los siguientes términos:

—La historia que voy a contarles a ustedes se desarrolló hace pocos años en la ciudad de Chicago. Todos los que desempeñaron en ella algún papel, como les decía ayer, han fallecido, y especialmente James Paddock, un viejo "jockey" tan hirsuto como tuerto...

—¡Eso es ya demasiado! — gritó sin poderse contener el americano Johnston. — ¡Repito una vez más que James Paddock vive todavía.

—¿Qué sabe usted?

—No afirmo más que lo que sé de una manera fehaciente. Habiendo visto ayer al "jockey", puedo asegurar que vive.

—Pues está usted equivocado, querido amigo. James Paddock está completamente muerto. Y me consta, porque esta mañana le he agijereado la piel con seis balas de mi revólver...

Luego, satisfecho de la razón que le asistía y del efecto producido, Thom acabó su relato... y se marchó a la Comisaría de Policía para constituirse preso.

El porqué de las guerras

Por Julio Senador Gómez

Cuando conviene a las oligarquías declarar alguna guerra, se ve siempre surgir un despotismo clandestino que, repentinamente, se quita la careta. La guerra es política de los gobiernos, no de los pueblos. La política de los pueblos es la paz. No existe consideración alguna jurídica, social o religiosa que, en la presente forma de organización humana, baste para lanzar a todo un pueblo contra otro. Hace falta azuzarles como a los seres irracionales.

Tampoco hay mayor embuste que la afirmación de que la guerra obedece a una exigencia natural. La guerra natural es de especies contra especies; jamás entre grupos de la misma especie. Naturales son también el instinto de conservación, el sentimiento íntimo de solidaridad específica y la evidencia de los daños y peligros de la lucha armada. Por eso mientras todos los gobiernos sometidos a la sugestión económico-nacionalista de las oligarquías, no crearán posible su libre existencia sin armarse hasta los dientes, todas las muchedumbres se sentirán, en cambio, siempre inclinadas a solventar sus discordias por expresos o tácitos acuerdos favorables al equilibrio y a la cooperación. Casos se dieron durante la pasada guerra — por ejemplo, en Charleroi — de cuerpos enemigos que, hallándose en contacto, fingían no verse por no combatir.

Entre dos ramas étnicas, cualesquiera que sean sus diferencias, nunca existirán antipatías verdaderamente irreductibles; antes por el contrario propenderán siempre a la compenetración como ocurre en todos, absolutamente en todos los lugares fronterizos.

Las causas de la rivalidad internacional provienen exclusivamente de artificios plutocráticos que el poder público establece bajo la presión de los intereses preponderantes y sólo en provecho de ellos. Sin estas causas de incompatibilidad artificiosamente preparadas, ninguna raza experimentaría repugnancia a fundirse con otra, ni siquiera a convivir con ella para formar juntas una sola nacionalidad.

Sólo con suprimir las aduanas aparecerían inmediatamente unidades políticas pacíficas y estables, porque nación no es el territorio, ni la raza, ni el idioma, ni la religión. "Nación" — decía Bagehot, — es un conjunto de individuos entre quienes el trabajo y el capital circulan libremente".

A la odiosa situación de hostilidad latente, que, paso tras paso, conduce a la guerra, no es posible llegar por medios honrados. Primero hay que trastornar la economía natural de cambio para enconar todos los bajos sentimientos por la difusión de la miseria. Luego hay que corromper el espíritu de las

muchedumbre por propagandas imperialistas, expansionistas y nacionalistas y aun así, cuando llega el momento decisivo, hay que sujetarlas por el cuello para obligarlas a hacer uso de las armas; hay que encuadrar a la gente por brazos armados de pistolas para abarcarle el cerebro a aquél a quien el miedo haga volver la cara; habituarles a la idea de que si retroceden en un ataque, serán concienzudamente ametrallados por su propia artillería; y acorralarles en términos que les impidan todo escape, salvo "el glorioso asalto", es decir, la "fuga hacia adelante", que deja alguna probabilidad de salvación, mientras que la fuga hacia atrás sería la muerte inevitable y fulminante.

Así se hizo la guerra europea.

"Se habla de heroísmo" — escribía Jean de Pierrefeu, crítico militar. — No ha habido tal heroísmo. No ha habido más que rebañíos lamentables. Los alemanes no han tenido suerte. Esa es la única verdad". Toda la balumba de leves promulgadas y codificadas sería insuficiente para imponer a nadie el asesinato por obediencia legal. Hace falta la violencia natural. Si se declara la guerra no es que la hace una nación; la hace un despotismo.

Se dan entonces al olvido todos los sentimientos de humanidad de dignidad, de piedad y de sinceridad. Se miente al nacional. Se calumnia al extranjero. Se hace escarnio de toda honradez y menosprecio de toda virtud y se llama, incluso en los tratados especiales, "política de la guerra" al conjunto de atentados contra la ley moral, que los pueblos presencian aterrados y faltos de fuerzas para sustraerse a la embestida del espantoso artillero de trituración asestado contra ellos.

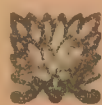
El enviado turco a la Sociedad de Naciones, decía al representante francés:

—Debéis tener cuidado de que no aparezcan yacimientos de petróleo en la plaza de Concordia, porque sería declarada posesión inglesa.

En virtud de razón equivalente, hasta las plazas de cualquier punto de América donde aparezcan yacimientos de petróleo serán declaradas posesiones norteamericanas. Y nadie podrá impedirlo, porque la fuerza de las naciones no significa ya nada ante la fuerza de los trusts.

Se trata de saber quién va a llevar el gato al agua. Si Rockefeller, de la Standard Oil, o Deterling, de la Royal Dutch.

En manos de cualquiera de esos hombres, hay más riquezas, más poder, y mayor número de súbditos que en las de un emperador, y ahora lamentamos el uso que hacen de su fuerza en vez de lamentar nuestra imbecilidad por venir tolerando que el mundo haya podido llegar a organizarse de esa forma.



La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Las comidas

(Continuación)

Una persona joven no deberá ofrecer obsequio de fruta a otra de más edad. Si la dueña de la casa sirve por sí misma algún plato, hay que guardar lo que nos ofrezca y no pasarlo a ningún vecino de la mesa.

Para estornudar y sonarse, cútese de hacerlo volviendo siempre la cabeza y tratando de evitar el ruido.

No se debe creer nadie en la obligación de comer de todos los platos, y hay libertad de rehusar algunos.

Para repetir, si no ofrecen, es incorrecto pedir, pero puede aceptarse sin reparo.

A un mucamo no se le dice "gracias": basta un signo negativo para que, sin insistir, pase a la persona siguiente. Sin embargo, este uso es poco recomendable y constituye lo que puede llamarse una "elegancia grosera". Nadie de buen sentido puede censurar que se trate con política a los criados. Las damas inglesas dan siempre las gracias al criado que les ofrece algo, les sirve de guía, etcétera.

Cuando una persona estornuda, no se dice ya "Jesús" ni otra palabra análoga. Es una costumbre grotesca y un prejuicio ridículo.

En suma, hay que esforzarse en comer con la mayor gracia posible, sin atraer la atención y siendo con todos cortés y atento.

Para levantarse de la mesa es la dueña de la casa la que da la señal. Así que ella se levanta, su vecino de la derecha debe hacer otro tanto y ofrecerle el brazo para pasar al salón. Los convidados colocan entonces, sin doblarla, la servilleta que tenían extendida sobre las rodillas en la mesa, a la izquierda del sitio que ocupan, y los hombres ofrecen el brazo derecho a las damas que han conducido, para que ellas puedan conservar el abanico u otros objetos. Además el caballero ofrece su brazo a la señora de la derecha, y es natural que sea el brazo derecho.

Del comedor se pasa al salón, donde se sirve el café por los criados, y si aun no se permite fumar, los caballeros que lo desean se retiran al gabinete del dueño de la casa para saborear los cigarros que éste les ofrece y no molestar a las señoras.

Los bailes

El baile es la palestra donde triunfan las mujeres.

Gracias a los artificios del atavío, a los diamantes, a los cosméticos, al efecto de las luces y un traje seductor, una coqueta de regular belleza, puede parecer irresistible. Ciertas coquetas conservan su juventud hasta una edad avanzada y se defienden de la decrepitud con tal perseverancia, que llegan a prolongar indefinidamente

esa edad incierta que toca a la madurez, sin llegar a serlo.

Los bailes son sin duda de su agrado, por el gran partido que de ellos saca la belleza. No es cuestión baladí organizarlos para una dueña de casa. Cuando no posea un buen local, vale más abstenerse; no hay nada tan desagradable como formar parte de una sociedad de cien personas apiladas en dos o tres pequeñas piezas, en que solo pueden caber veinticinco individuos.

Supongamos que se dispone de

un buen local para transformarlo en sala de baile, caso de no tener salones a propósito. Lo principal es decorarlo con arte, bien alfombrado; plantas verdes flores y luces con profusión.

En la antesala se coloca un vestuario bien organizado y el bufet se prepara en el comedor. La dueña de la casa ha de establecer un tocador y poner criadas al servicio de las señoras que necesiten reparar cualquier imperfección de su tocado o atavío. En suma, cuando se da un baile, hay que estar

atenta a mil detalles, vale más no ofrecer estas fiestas, que hacerlo con precipitación.

Las invitaciones se reparten quince días antes, para que los convidados tengan tiempo de preparar sus trajes.

Para una *soirée* ordinaria, el billete de convite, lleva la advertencia "Se bailará". Tratándose de un gran baile se es un poco menos lacónico: "El señor y la señora de M., ruegan a los señores de J. que les hagan el honor de asistir al baile que darán el día..." Cuando es un baile especial se añade: "Baile de trajes" o "Baile blanco". Aunque se haya hecho a algún amigo invitación verbal, hay que repetirla por escrito.

Los trajes de baile requieren gran esmero. Una señora casada no debe asistir más que descotada. Las jóvenes pueden ir con pequeñísimos descotes.

El abanico se conserva en la mano, el carnet se prende a la cintura, y la salida de baile y demás objetos se dejan en el vestuario, sólo se puede conservar una echarpe ligera que se echa sobre los hombros cuando se aproximan a las ventanas para respirar un poco de aire.

La señora que rehusa bailar con un caballero, no puede aceptar otro, a menos que estuviese comprometida y diga al invitarla: "Gracias, caballero, pero estoy comprometida con el señor M.". En ese caso, si tiene otro baile libre, puede concederlo si lo solicitan, y si se niega, sin tener compromiso anterior, no bailar más.

Conviene apuntar en el carnet los bailes pedidos. Si por olvido, una señora se compromete con dos caballeros para un mismo baile, necesita disculparse confesando su error a los dos, y no bailar con ninguno, ni aun en el caso que uno de ellos ceda su derecho.

En cambio si un caballero olvida venir a reclamar su palabra para el baile, la señora, después de esperar unos momentos, debe bailar con otro.

Si una joven se fatiga en medio del baile, puede rogar la conduzcan a su asiento y retener a su lado a su caballero o pasear de su brazo, pero han de separarse al cesar la música.

Una señora puede ir al bufet dos o tres veces en el curso de la noche a tomar dulces y refrescos, pero no con demasiada frecuencia ni con el mismo caballero.

Para asistir a un baile no es de rigor la exactitud; al contrario, es de mal gusto llegar demasiado pronto.

Los dueños de la casa se colocan a la entrada del salón y reciben a sus invitados con una palabra amable. Es de muy buen gusto presentar a los invitados que se recibía por primera vez, a los amigos antiguos, a fin de suprimir la cordedad de los recién llegados en un medio extraño.

(Continuación)

C. de B.

COMO SE ADQUIERE LA BELLEZA

Ante el refinamiento que despliegan la mayor parte de las mujeres para ser elegantes y aun bellas, cabe preguntarse si es normal, discreto, recomendable, el arte tan sutil de la coquetería. Porque es evidente que los resortes a nuestro alcance para mantener y aumentar las gracias naturales que nos son características abundan de tal manera y se ven solicitados con tanto afán, que se nos puede tachar quizás de frívolas si se nos considera superficialmente.

La belleza en la mujer — podemos afirmarlo sin dudar — es una cualidad no sólo conveniente, sino también necesaria. Hay que ser bella, porque, como dijo Platón, "la belleza sobre la tierra es la cosa suprema". La mujer debe gustar; si gusta, será amada, alcanzando de este modo la paz y la dicha.

No hay edad ni límite para la conquista de la belleza: en la juventud, para crearse un hogar; más tarde, para cautivar al marido; cuando se llega a la última etapa de la vida, debemos, igualmente, gustar de algún modo... para no ser desagradables.

Todas las edades tienen su belleza, del mismo modo que cada estación tiene su objeto y su atractivo. Si la primavera nos subyuga por su exuberancia, el verano nos atrae por la magnificencia que lo distingue.

En todas las épocas, el estro de los poetas ha cantado con sus rimas las excelencias y los tesoros de la belleza femenina. Mas, en realidad, ¿qué es la belleza? Como dijo un filósofo de la antigüedad, la belleza es toda la mujer sin distinción, con tal de que reúna una serie de condiciones que se pueden concretar en pocas palabras; es decir, que tenga la salud del cuerpo y del espíritu, porque así será alegre, risueña; el semblante aparecerá cubierto de juveniles colores, los labios serán rojos, los dientes blancos, la vista centelleante de alegría y ansias de vivir. Y, en efecto, ¿qué más puede pedirse para que la mujer sea agradable y aun bella?

La belleza y la salud son dos compañeras inseparables, cosas que no todas las elegantes tienen suficientemente en cuenta. Los secretos de una y otra son bastante prosaicos y hasta triviales; pero es harto conocido que los grandes efectos provienen muchas veces de causas secundarias. La piel, esta fina seda con que la Naturaleza ha recubierto el cuerpo femenino, base capital de toda belleza, no es más que un intrincado laberinto de canales y poros cuya misión consiste en eliminar las impurezas segregadas por los órganos interiores y que la sangre le distribuye. Fácil es concebir que no puede haber salud ni belleza sin una piel extremadamente limpia.

CLAIRE

LA INCREIBLE AVENTURA DEL PROFESOR ROLDAN

Por Eduardo de Guzmán

Cuando supe que mi buen amigo Juan Antonio había sido internado en un manicomio, sufrí una dolorosa sorpresa. Juan Antonio fué siempre, para mí, un hombre ponderado y ecuánime, en perfecto dominio de todas sus facultades. Yo, y conmigo todos los conocidos, le teníamos por uno de los hombres más listos de la nación. Era un hombre sagaz, pensativo, de ideas un tanto absurdas, pero en el que nada hacía presagiar la locura. Días antes estuve hablando con él, y nada me hizo sentir su dolencia, dolencia que ya entonces debía haber comenzado sus estragos.

Pero cuando mi asombro y mi sorpresa han subido de punto, ha sido al recibir una carta de mi amigo, una carta incomprensible para mí, por la que casi he adquirido el convencimiento de que mi amigo no está loco. Pero como mis palabras no tienen la menor importancia, transcribo la carta antedicha. Hela aquí:

"Mi querido amigo: Me han encerrado en un manicomio; pero yo no estoy loco. Por el contrario, creo que nunca me he encontrado con una tan gran clarividencia mental. Pudiera darle pruebas de ello. Empero, como no quiero cansar su atención, voy a relatarle los hechos concretos y por ellos podrá darse cuenta usted de que yo no me encuentro loco, aunque sí en una situación un poco extraña.

"Como usted sabe, yo me dedicaba en los últimos tiempos a revolver distintos archivos, en busca de noticias de cierto personaje de la corte de Juan II. Pues bien; en el último archivo de los que he registrado hasta ahora, encontré con un legajo de papeles que, desde el primer momento y sin saber la causa, comenzó a interesarme. Eran de un pájaro de cuenta, en su lecho de muerte, que relataba algunas de sus aventuras y robos por distintas partes del mundo.

"Interesóme sobremanera el tal legajo, pero hube de resignarme a no terminar de leerlo, porque, por una causa o por otra, faltábale la mitad. Anduve varios días dándole vueltas en mi magín a la vida del tal truhán, sin poder encontrar nada nuevo.

"Un día, hace de esto ya quince, soñé una historia extraña. Era la tal historia el que aquel truhán era yo y sólo yo, en una anterior encarnación. Yo, como usted sabe, soy teósofo, y en verdad que esto de la tal encarnación no me pareció imposible. Me levanté preocupado y a las pocas horas tenía el pleno convencimiento de que era verdad lo soñado y conocía el resto de mis aventuras, o las de aquel pillastre si a usted le parece mejor. No me había fijado en el nombre de tal

sujeto; es más: no lo había encontrado. Sin embargo, desde el momento en que la luz se hizo en mi cerebro, sabía cómo se llamaba. Tenía un nombre fijo en la mente. Y al releer el legajo, con un minucioso cuidado, encontré con la sorpresa, que ya no lo era, de que el nombre por mí presentido era en realidad el del tal sujeto.

deudas con la Justicia. Hábilmente supe, en aquella mi vida pretérita, escaparme de las manos de corchetes y soldados; y nadie pudo castigarme por mis múltiples delitos.

"Yo, usted lo sabe, he sido, al menos en mi actual encarnación o menos en mi actual encarnación un hombre de espíritu justiciero, amante del bien y de la verdad.

UN TESORO

¿Qué me importan las glorias del mañana,
las promesas del oro y sus halagos,
si yo tengo un tesoro, que es seguro...
y llegará, no está lejano el plazo?

Un tesoro que es dicha y es descanso,
es la paz infinita y es mi anhelo
supremo de ser todo y de ser algo,
y un instante después ser sólo un sueño.

¿Qué me importan los besos, las caricias
del amor, ni la fe, ni la esperanza,
si yo tengo un tesoro que tan sólo
pide una luz para mi pobre alma?

Un eterno segundo en las tinieblas,
un signo vacilante en el misterio,
y más tarde, al sentirme diluido,
al no ser nada, hundirse en lo eterno.

Con el tiempo, Señor, y con los años
alcanzar la fugaz e inmensa dicha
de volver a nacer y vivir luego
en aquello que ha sido mi alegría.

María Josefina de LAHITTE

"Desde este momento adquirí la absoluta seguridad de que el hombre que relataba en aquel legajo parte de sus aventuras era yo. Y, al recordar mi vida en aquella encarnación, que ahora se me aparece clara y definida, encontré con que en cierta ocasión hube de asesinar a una doncella, y en otras, a varios caballeros. Al mismo tiempo, tuve el convencimiento de que yo no había saldado aquellas mis

Desde que conocí mi encarnación anterior, me propuse saldar mis deudas con la justicia. En una encarnación o en otra ¿qué más da? Yo había sido el delincuente y yo debía pagar mis delitos.

"Firme en este propósito, presentéme a un juez. Me acusé ante él de autor de varios asesinatos. Me preguntaron la fecha, y cuando les di la real, la de 1450 a 1460, pusieron una cara que, en otras cir-

cunstancias, habríame hecho reír. Creyeron que me burlaba de ellos. Pero, en vista de que yo seguía afirmando, hicieron como que me creían, y cuando me encontraba más descuidado, dos loqueros me metieron en un auto y me trajeron al manicomio.

"Esto es todo lo que hame sucedido. La justicia no ha querido creíme, y hoy me encuentro en un manicomio. Empero, yo tengo en perfecto estado mis facultades mentales, y hoy más que nunca estoy convencido de ser yo el mismo que allá por los años de Juan II manchó sus manos con la sangre de varias víctimas inocentes."

Confieso que, al terminar de leer la anterior misiva, quedé un tanto desconcertado. ¿Estaría verdaderamente loco mi amigo o tendría razón? No lo sé. Allá los médicos y los jueces encuentren la realidad del estado consciente o inconsciente en que se encuentra Juan Antonio.

Hoy, dos días después de escritas las anteriores líneas, acabo de saber que un pobre loco hase suicidado en su celda, atándose una cuerda al cuello. Y este pobre loco era mi buen amigo el profesor Juan Antonio Roldán...

Yo, pladosamente, he buscado los papeles aquellos que impulsaron a mi amigo a suicidarse. Y cuando los he tenido en mi poder, helos arrojado al fuego, por si mi amigo, en una encarnación futura, volviera a encontrarse con tales papeles, y sin acordarse de que ya, en una anterior encarnación, expió sus crímenes ahorcándose, volviera a poner fin a su vida.

Masaje de las momias.

Es una industria laboriosa y poco conocida, inventada por el profesor Walden.

Este sumerge una momia egipcia de cuatro mil años en un baño al 3 por 100 de potasa cáustica, la deja secar, la vuelve a poner en una solución de formol, y después del doble baño la frota, le da masaje, y según dice, los tejidos recobran su morbidez, las grasas reaparecen, se extienden, y la piel se esponja y refresca de tal suerte que la momia, acartonada por la acción de cuarenta siglos, toma la frescura, el color y el aterciopelado de la epidermis de la primera juventud.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 6.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 9.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " "	9.—	2.—
" " " chico " "	6.—	1.50

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Polvos para broncear. — Se mezclan 400 partes de dextrina 650 de bronce en polvo y una parte de bicromato de potasa, formando con todo una mezcla íntima. Este polvo se incorpora poco a poco con agua de manera que venga a formar un conjunto espeso y homogéneo, que se aplica mediante un pincel sobre el objeto que se quiere broncear.

* * *

Las jaulas donde se tienen pájaros cautivos exhalan por lo regular muy mal olor, del que es fácil librarse. Basta para ello esparcir en el fondo de la jaula yeso en polvo y cubrirlo con arena. Cuando se trata de grandes instalaciones, este yeso constituye un excelente abono.

* * *

El procedimiento más sencillo para blanquear objetos de hueso consiste en hervirlos en agua con afrecho y un poco de alumbre.

Después se exponen a la acción del sol y de la intemperie durante cinco meses.

Como este procedimiento resulta bastante largo, se le substituye en la industria por una prolongada ebullición en agua cargada de potasa y cal viva. Luego, se secan a una temperatura moderada.

Para completar el blanqueo, se sumergen los objetos durante veinticuatro horas en esencia de trementina rectificada, después de haberlos hervido una hora en agua y se limpian con una lechada de cal.

* * *

El mejor procedimiento para dar brillo al mármol es el siguiente: Mézclense dos onzas de leña con una onza de piedra pómez pulverizada y otra onza de greda machacada, y pásese por un tamiz.

Tómese un poco del polvo resultante, hágase una pasta con él y un poco de agua fría, y frótese las manchas del mármol.

Cuando hayan desaparecido lávese la piedra con agua y jabón.

* * *

Para conocer si un tejido contiene algodón, se procede de la manera siguiente: Se lava un retazo del tejido en agua hirviendo y se deja secar. Después se sumerge en ácido sulfúrico y, según el espesor de la tela, se deja en este líquido de medio a dos minutos. Por fin se echa en agua, donde se diluye todo el algodón, convertido en materia gomosa.

* * *

Marfil plateado. — Un procedimiento muy sencillo para platear el marfil, consiste en hacer una solución débil de nitrato de plata, meter en ella el marfil y dejarlo allí hasta que aparezca de un color amarillo obscuro. Entonces se

mete en agua clara y sin sacarlo de ella se expone al sol. El marfil se pondrá negro en unas tres horas, y esta superficie negra pasará a ser de un plateado brillante frotándola fuertemente con un trapo.

* * *

Para limpiar los encajes delicados, lo mejor es extenderlos sobre una hoja de papel de estraza, cubrirlos de una capa fina de magnesia y poner encima otra hoja del mismo papel. Métese todo ello entre las páginas de un libro y déjese allí por algunos días. Cuando se saque, cepílese bien el encaje hasta quitar toda la magnesia, y se encontrará aquél tan blanco y flexible como si fuese nuevo.

* * *

El permanganato de potasa tiene una doble utilidad. Disuelto en agua hirviendo, en una proporción

de 15 gramos por medio litro de agua, es un desinfectante sin rival, que no debe faltar en ninguna casa durante el verano, o cuando hay alguna epidemia. La misma disolución, aplicada cuando aun está caliente, es excelente para dar color a los pisos de madera.

* * *

El vino de quina cuvas propiedades tónicas son de todos conocidas, puede prepararse de la manera siguiente:

Corteza de quina en polvo, 50 gramos; Alcohol de 60 grados, 100 gramos; Vino blanco, 1 litro.

Se pone el alcohol con la quina en una botella de a litro. Al cabo de cuarenta y ocho horas de maceración, durante las cuales se agita de vez en cuando, se añade el vino. Se agita fuertemente y a los ocho días está ya a punto. No se precisa filtrar, pues basta, cada vez, decantar la cantidad que se precise.

* * *

Las estatuas y adornos de yeso que con tanta frecuencia se emplean para ornamentar jardines, patios y terrazas, tienen el grave inconveniente de estropearse con la lluvia, las heladas o cualquier otra clase de humedad. Por fortuna, hay un medio muy sencillo de inmunizarlos contra la intemperie. Basta darles una mano muy ligera de silicato de potasa, y con esto quedarán tan duros como si fuesen de piedra.

Con el tiempo, este yeso endurecido se ensucia bastante, entre otras cosas, de grandes manchas de musgo; pero en la primavera se hace un engrudo espeso de almidón, y un día se extiende por todo el adorno de la estatua. La suciedad se adhiere entonces a la cola de almidón, que al secarse forscamas que pueden arrancarse sin dificultad, dejando la estatua como nueva. Un sencillo lavado con agua clara completa la limpieza.

* * *

Para pavonar el acero sin pasarlo por el fuego, se extiende sobre el metal previamente limpio, una solución compuesta de 30 gramos de alcohol y 15 de ácido nítrico en 125 de agua. Déjese secar y frótese después fuertemente con un trapo de lana. De este modo se obtiene un negro muy duradero y brillante.

* * *

Para que el linoleum se conserve en muy buen estado es preciso lavarlo el menor número de veces posible. Cuando se ponga sucio, lo mejor para limpiarlo será pasarle una franela empapada en agua de jabón muy caliente secándolo en seguida para que la humedad no se filtre y se pudra por el revés.

Para sacarle brillo se emplea una franela untada con cera y trementina o un poco de lino.

Frotándolo con un paño mojado en leche, la superficie del linoleum se conserva limpia y dura más.

¡PERDONALE, SEÑOR!

Es un atardecer de invierno: casi de noche. Una tenue neblina envuelve la ciudad. La leve humareda de una fábrica, sube al cielo como una oración de gracias...

Y en aquella sala del hospital, todo era quietud, blandura, augusta paz y profundo silencio. Una dulce y grata melancolía se anodera de los corazones de los pobres enfermos.

De pronto, en medio de aquel solemne sosiego se dejó oír la tosecilla de la hermanita Consuelo que, con andar lento, avanzaba por entre las sombras de la sala prodigando a los enfermos su noble panacea de amor...

Todos la querían a la hermanita Consuelo, porque era suave, nazarenamente bondadosa, y aguardaban su visita como la de un enviado celestial.

Si un enfermo se quejaba, allí estaba ella, pronto a volcar su almita desbordante de ternura, desviándose en cuidarlo y atenderlo.

Era una hermanita melancólica y triste. Antes de vestir aquellos hábitos religiosos — ¿qué había sido la hermanita Consuelo?

Nadie sabía, ni se preocupaba de averiguarlo. Los enfermos sabían que era buena y que la amaban!

II

Y fué por culpa de un amor... Ella sabía que amar es sagrado, y amó. Amó como tan sólo saben hacerlo las almas grandes y nobles. Pero la vida le reservó amargos desencantos, hiriendo su espíritu con los puñales del desengaño.

Desencantada, vencida, el

mundo se le hizo insoportable y, poseída de místico ardor, sacrificó su juventud, y consagrase al cuidado de los enfermos.

Desde entonces, siempre se la ve alentándolos y consolándolos...

III

Una mañana se encontró con un nuevo enfermo.

Experimentó una sensación mezcla de miedo y de rencor... una sensación extraña... pero se sobrepuso y se detuvo a observarle.

Tenía los ojos hundidos; la boca reseca y abierta como en una mueca espantosa, la cara pálida. Era una piltrafa humana... Aquel hombre, no era ni asomo de lo que había sido!

Como un eco apenas perceptible, en la vaga somnolencia de la sala hospitalaria, la voz de la hermanita Consuelo, alzóse en un angustioso interrogante:

— ¿Claudio?...

El enfermo; abriendo los ojos, pasó en torno una mirada, lenta, estremeciéndose...

— ¡Elena!

— ¡Claudio!

Un instante permanecieron, él respirando desesperadamente entre las angustias de la agonía con los ojos vidriosos... anhelante... y ella mirándole, enterrecida y asustada...

En un último esfuerzo él alcanzó a decir:

— ¡Perdóname!

Ella pasó su mano sobre la frente del moribundo, dióle a besar la cruz y, arrodillándose, con voz entrecortada moduló:

— ¡Perdónale, Señor!!

Y lo besó... en los labios.

Esmeralda BALLESTEROS.



PAPEL Y TINTA

"Los príncipes azules", por Silvia Guerrico.

Dice el poeta Mario Castellanos, una de las plumas más brillantes del Uruguay, con respecto a este libro: "Hay en estos cuentos — y en la mayoría de las páginas de índole periodística que integran el presente volumen — penetración psicológica, riqueza imaginativa, hondo sentido de la vida, seguridad de la exposición de los caracteres protagónicos etc.". Es así, en efecto, el poeta Castellanos al prologar este libro, lo ha profundizado y ha bajado al fondo del alma de la autora.

Debemos buscar, además, en la factura de estos cuentos, el movimiento y el interés que despiertan sus personajes, casi siempre trazados con mano firme.

Una profunda filosofía dimana de estas narraciones, que su autora las ha estudiado en ese gran libro de la vida, abierto para los que sienten la necesidad de reflejar sus estados de alma.

"Un fracaso literario", es un cuento interesante, luego en "Bebé", la señorita Guerrico, en sus diálogos que pinta con mucha naturalidad, nos da la sensación de que estamos ante seres que rien, gesticulan, y casi podríamos decir, que vemos los rostros iluminados por la emoción que del espíritu sale siempre a los ojos y se trueca en sonrisa o palabra.

"Los príncipes azules", es un libro escrito con sinceridad, con un estilo elegante y sobrio, y en lo que concierne a la parte teatral, al estudio escénico que hace la autora, revela también su conocimiento del teatro, en su complejidad.

Silvia Guerrico, es una figura interesante en su país, cuya alma de artista se complica en el periodismo, en el libro y en la crítica, siempre encerrada dentro de la lógica y el examen metódico.

Su nuevo volumen, que llégame trayendo toda la emoción de su corazón abierto a la belleza, da un lauro más a la sensitiva escritora, honra de las letras americanas.

V.

"La gruta de las perlas", por María Angélica Méndez Caldeira.

Un nuevo libro nos brinda esta exquisita escritora que con su anterior "Gracia y Castolía", se recogió aplausos de la crítica conciente del país. Si en su primer volumen, reveló todas las instintivas de su alma enamorada de la belleza, en éste, dado recientemente a la publicidad, reafirma sus condiciones ingénitas.

No diremos que "La gruta de las perlas", sea un libro uniforme, trazado dentro de un mismo marco, no; la escritora lo ha variado en estilo y en asunto. Ya nos habla del mar, de su magestad, del buzo valeroso que se interna en su abismo para arrancar al gigante poeta sus corales y perlas, como nos habla de un día en Palermo, bajo la luz del sol, de ese lugar poético,

donde los árboles hablan al corazón que ama, y es cada flor un poema y el lago artificial y fantástico, un complemento para aquel paisaje que ha aliñado la mano del hombre. Luego, con su pluma que refleja lo que su alma observa, nos habla de San Martín, el libertador de pueblos que la estatua granítica ha consagrado ante el mundo, y por último nos dice cosas de la tradición, donde hay un sabor campero, un algo de vihuela y tomillo, y que nos hace pensar en la figura del gaucho desaparecido.

El libro de la Sta. Méndez Caldeira, es muy interesante, sobre todo por la valentía de su autora, de tratar asuntos diversos, en una bien marcada prosa que revela su personalidad. Poco habrá que objetar en estos escritos que dan justo nombre a la Sta. Méndez Caldeira, que revela tener un alma de poeta, observadora y meditativa, que así como la tradición le enciende un recuerdo, las cosas del presente le hablan a su corazón y lo invitan a volcar endechos espirituales que nacen muy cerca de su alma.

"La gruta de las Perlas", es un libro muy bello.

Almanaque Ilustrado Hispano-Americano para 1928.

Lujosamente presentado, acaba de publicar la Casa Maucci, de Barcelona, este popular Almanaque, que supera al del año anterior, pues cada vez está mejor editado, y puede competir dignamente con cuantas publicaciones de su género ven la luz en todos los países, no sólo por lo abundante y escogido de su texto, sino por la profusión de sus grabados y el esmero con que ha sido confeccionado por su director y fundador, el conocido escritor don José Brissa.

En las primeras páginas del Almanaque, después de las acostumbradas secciones astronómicas, encomendadas a eminentes firmas, se hace mención de los acontecimientos más señalados, para dedicar después espacio necesario a cuantos asuntos se relacionen con Hispano-América, justificando el título de este Almanaque, único en su género, y que es, sin disputa, el de mayor circulación en todas las naciones de habla castellana.

Merecen especial atención las inspiradas poesías que el Almanaque inserta, enviadas expresamente por los vates americanos de la nueva generación, y la multitud de cuentos, chascarrillos, epigramas, anécdotas e historietas gráficas que contiene, sin contar con las secciones dedicadas a los sucesos más salientes del año; todas ellas ilustradas y que hacen de tan curioso libro una verdadera enciclopedia ilustrada para 1928.

Las mejores firmas literarias de España y de América han cooperado a tan valioso conjunto, y teniendo en cuenta lo abundante de la lectura y artística presentación de este Almanaque, creemos que está llamado a obtener un éxito digno de la Casa que lo edita.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 a 4 p. m.

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa
y Director del Servicio Médico del
Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.

U. T. Chacrita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 210

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta,
nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebléau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y
viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital
Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Notas cinematográficas

Mona Martinson, estrella de la pantalla sueca, acaba de llegar a Nueva York contratada por Metro-Goldwin-Mayer, por intermedio del vicepresidente de la Empresa, Mr. Louis B. Mayer, quien la vió actuar en "La Expiación de Gosta Herling", la misma película a raíz de la cual Mr. Mayer la llevó a América también a Greta Garbo y Lars Hanson.

Marceline Day ha renovado por otro año más su contrato con Metro-Goldwin-Mayer, de modo que esta graciosa y bella actriz quedará conservada en los estudios de Culver City.

Helene Costello desempeñará el codiciado papel de Nancy en la película "Old Kentucky", de Metro-Goldwin-Mayer.

Noticias de California. — Nos anuncian, que la próxima película que John Gilbert, acompañado de la linda francesita Renée Adorée y de Lionel Barrymore, filmará para la Metro-Goldwin-Mayer, será un acontecimiento artístico.

Esta producción llevará por título "The Show" y será dirigida por Tod Drowning, y se asegura que alcanzará tanta importancia como "El Gran Desfile" y "Ben Hur".

Lon Chaney y Renée Adorée acaban de terminar la película que lleva por título "Mr. Wu" (Wu-Ling-Chang).

Lon Chaney trabaja ahora en otra película "The Unknown" (El Desconocido), que dirige Tod Browning.

La próxima película de William Haines será "Spring Fever" (Fie-

bre de Primavera.) Haines fué promovido a estrella de Metro-Goldwin-Mayer por sus interesantísimos trabajos en "El Estudiante de Harvard", y "El Sargento Malacara".

El director Dimitri Buchewetzki, gran conocedor de Rusia, su país, fué seleccionado por Metro-Goldwin-Mayer para dirigir la hermosa película "Ana Karenine", basada en la conocida novela del Conde Leon Tolstói.

Wesley Barry, famoso por sus pecas, quien en su época fué uno de los mas populares "pibes" de la pantalla, volverá a actuar en el film "In Old Kentucky" que John M. Stahl está dirigiendo para Metro-Goldwin-Mayer.

En breve Metro-Goldwin-Mayer estrenará la película "Baby Mine", una de las más divertidas comedias de los últimos años, con Karl Dane y George K. Arthur en los papeles principales.

"El Gran Desfile", la gloriosa producción de Metro-Goldwin-Mayer, acaba de ser exhibida ante una comisión de críticos escogidos entre los periodistas alemanes, los cuales reconocieron unánimemente su valor, dándole su aprobación.

Dentro de breves días "El Gran Desfile" será exhibida al público, en Alemania.

Marceline Day, la hermosa estrella que figura en "El amor hace Milagros", ha renovado su contrato con la Metro-Goldwin-Mayer.

Esa simpática artista acaba de terminar su trabajo en "Romance" con Ramón Novarro, e iniciará en breve su participación con Lon Chaney en "El Hipnotizador".

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

La bola mágica

Esta bola que hemos visto hace poco en un almacén de juguetes, es análoga en su forma exterior a la de una bola de truco; está atravesada de parte a parte por un agujero cilíndrico y se desliza fácilmente a lo largo de un cordón que pasa por este mismo orificio.

Pero si una persona tiene el cordón por sus dos cabos, entonces ya cambia la escena: la bola, lejos de caer, desciende muy lentamente a lo largo del cordón, y aun queda suspendida o parada sin recobrar su movimiento de descenso hasta que la mano se lo permite.

Esta suerte, ejecutada en otro tiempo por Roberto Houdin con una esfera de



gran tamaño, llamaba mucho la atención causando gran sorpresa entre los espectadores.

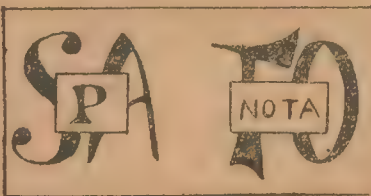
¿Cómo se hace este experimento?

Nuestra figura lo indica por el corte interior de la bola mágica. Además del agujero central que corre por todo su diámetro, tiene la bola otro conducto corvo que va a terminar a ambos extremos del conducto recto o eje, y la persona iniciada, simulando pasar el cordón por este conducto, lo pasa por el otro, saliendo por los dos únicos orificios de la bola, como si la atravesara directamente.

Desde luego se comprende que hasta tender más o menos el cordón para retardar o detener completamente el descenso de la bola.

La parte izquierda del grabado presenta la bola mágica así suspendida entre las manos del operador.

No. 36 — Jeroglífico (Por J. Fernández)



No. 37 — Carta charada

Querida TODO: Pronto atravesaré el PRIMA, metido en una SEGUNDA TERCIA, para llegar hasta DOS.

Sin más, te saluda tu amigo

UNO DOS TRES menos a.

No. 38 — Comprimido

ROSI

No. 39 — Charada

Es algo muy blanco
mi PRIMA SEGUNDA,
y el TRES DOS un daño
que en el mundo abunda.
Mi CUARTA TERCERA
es un animal
y el TODO en las fiestas
ocurre al final.
En las elecciones
compran el DOS CUARTA
a UNA CUATRO precio.
(Perdone la falta).
El vestir con lujo
En Chile es TRES CUARTA
no siendo DOS DOBLE
das con la charada.
(Lector, no te enojas
todo es pura lata).

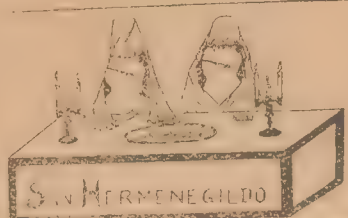
No. 40 — Con las letras de esta tarjeta componer un refrán (Por J. Fernández)

PACO PERA BO-
TANA
(QUIMICO)
Carhué.

No. 41 — Comprimido

A
1 0 0
1 0 0 0
A

No. 42 — Fábula



No. 43 — Charada

En Todo conoció a Marta
y según afirma Blas
la muchacha vale más
prima-dos que terciacuarta

No. 44 — Si eres supersticioso...

NIEGA T 10011
TT
BLANCO

No. 45 — Jeroglífico



No. 46 — Charada

—¿Aquí han escrito, Pa-
tro? creo que dice Narciso...

—Ser ciego, "Todo", es pre-
ciso yo "prima-dos" "tercia-
cuatro".

No. 47 — Comprimido

Resuelto
Rosa Ra

Pensamientos

El avaro gasta más cuando muere, en un solo día, de lo que gastaba vivo en diez años; y su heredero gasta más en diez meses de lo que él supo gastar en toda su vida. — LA BRUYERE.

Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior. La lectura es poderosa para curar los dolores del alma. Leamos para ser mejores. — Nicolás AVELLANEDA

La gloria y la prosperidad de un reinado no bastan para labrar la ventura de los pueblos; el mejor sistema político es el que ofrece ventajas más duraderas y no una grandeza prodigiosa, pero efímera. — Víctor DUHAMEL.

La esclavitud a que el burgués somete al proletariado se presenta en la fábrica bajo su verdadero aspecto. — ENGELS.

—La envidia aborrece a los vivos y se enamora de los muertos. — DEMOSTENES.

—Los más insolentes en la prosperidad son en la adversidad los más débiles y cobardes; doblan la cerviz en faltándoles la autoridad, y se les ve tan abatidos como se les conoció soberbios; en un momento pasan de un extremo a otro. — FENELON.

—Toda energía que no se cultiva se atrofia como una planta mal cuidada. La energía es a la vez espada y escudo. — LAURENT.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.º 24 — Cementerio

N.º 25 — Salterio.

N.º 26 — Tanto va el cántaro
a la fuente, que al
fin se rompe.

N.º 27 — Redimido.

N.º 28 — Revender.

N.º 29 — Operario.

N.º 30 — Papagayo.

N.º 31 — Enojo.

N.º 32 — La cuchara.

N.º 33 — Antepecho.

N.º 34 — Vocal de recreos en
un círculo.

N.º 35 — Piel de ante.

EL ABUELO PATRICK, EN EL LICEO

El mejor éxito, el más considerable y el más legítimo, de la temporada actual de Roberto Casaux en el Liceo, lo ha constituido la representación de "El Abuelo Patrick" de Federico Mertens. La pieza no era absolutamente original para nuestro público. Ya había sido aplaudida bajo el título de "Mi Abuela Graciana", en oportunidad de su estreno hace siete años por la compañía de la eximia primera actriz doña Orfilia Rico que actuaba en ella, como es de suponer, de protagonista.

La actual versión de la obra se limita casi exclusivamente al reemplazo de la vieja vasca que encarnaba la aludida artista por un inglés bonachón y parlachín, medio acriollado y buen sabedor de nuestras costumbres y decir camperos, que, también sería ocioso decir quién lo representa en el Liceo.

Puede asegurarse que si la obra no ha perdido nada en la sustitución de una figura central por otra, ha ganado en cambio por la mayor eficacia reidera de la parte del diálogo encomendado al protagonista en "El abuelo Patrick". Con mucha fortuna, Mertens ha puesto en el rol de ese personaje una gran cantidad de refranes y sentencias castizas, servidas a través de la prosodia pintoresca de un caló anglocriollo, muy bien aprovechado para divertir al público.

Pero lo realmente notable de la representación lo constituye la labor de Roberto Casaux en todos sus aspectos, desde la fidelísima y soberbia caracterización hasta los más nimios detalles de gesto y de fonética. Hace Casaux en esta pieza una admirable creación, digna de los estruendosos aplausos que se le tributaron en la noche del estreno y que han de continuar seguramente durante muchas más.

Ha tenido suerte el ilustre actor con la obra de su función de honor y es más de celebrar esta grata coincidencia por el hecho de no haberle acompañado casi nunca la fortuna en las piezas que ha estrenado, malográndose con ello en más de una oportunidad el extraordinario talento de este artista, una de las figuras de más destacado relieve en la escena nacional.

El resto de la compañía del Liceo, acompañó a Casaux con cariño y eficacia.

UNA MUJER DE MUNDO, EN EL NUEVO

No somos partidarios del arreglo de obras por mano ajena al autor, por entender que raras veces se consigue realizar una labor complementaria que mantenga en su conjunto la deseable homogeneidad. El inconveniente es mayor si se trata de una pieza inconclusa de autor fallecido. Este es el caso de "Una mujer de mundo" de Carlos M. Pacheco, terminada por los hermanos Rada.

Algo hay, ciertamente, en la obra estrenada en el Nuevo de lo mucho que hubiese podido poner en ella el ingenio travieso del extinto, pero esos fugaces aciertos se diluyen en diálogos que seguramente no hubiesen sido dejados por Pacheco como están y que el respeto de los continuadores no ha permitido arreglar.

Queda en estas condiciones una obra de méritos relativos que se escucha con agrado pero que no

TEATROS

llega al público con la fuerza expresiva que daba a sus trabajos el recordado autor de "Los disfrazados".

La labor de los elementos que acaudillan los hermanos Cicarelli, se esforzaron por dar a "Una mujer de mundo" emoción e interés, lográndolo en buena medida.

Los números de canto incrustados en el último cuadro resultan agradables pero muy convencionales y solo pueden aceptarse como relleno para hacer menos dilatada la labor de los arregladores.

En este teatro donde fué repuesta con éxito la pieza de Alberto Cacarez titulada "La otra noche en los corrales", debió de estrenarse el viernes último "La morralla" de S. Riese y N. Paradiso.

UN CASAMIENTO A LO YAN-KEE, EN EL COMICO

Un tipo original y poco explotado en nuestro teatro; un conflicto no muy verosímil, pero al que tampoco puede negársele posible realidad; situaciones de mucho efecto, encadenadas diestramente; sátira fina y chispeante; diálogos en los que abunda la gracia de buen gusto y, en fin, una pieza amable y suavemente burlesca, es la última producción de Armando Moock. Quizás lo más flojo que estrenó durante la actual temporada, pero bueno como suyo.

Arata encarnó sobria y graciosamente el papel principal, bien secundado por la Ganglof y la Bernal.

"PUEBLERINA" FUE APLAUDIDA

Creemos que deliberadamente el señor Pedro El Pico puso fin a su comedia "Pueblerina", recientemente estrenada en el Buenos Aires por la compañía de Muñio, sin resolver el conflicto planteado y desarrollado en su nuevo trabajo escénico. Quizás habría quedado más conforme el público si hubiera visto, al cerrarse la pieza, cumplirse los cánones de la preceptiva dramática clásica que imponen castigar al culpable y salvar al inocente. De esta suerte, "Pueblerina" sería una obra más en ese aspecto, ya que nunca podría serlo en otros. Hay una cuidada descripción del ambiente lugareño, una mano de pintor hábil en el Dr. Pico para trasladar a la escena tipos que llevan en sus palabras y sus actitudes calor de gente que anda por el mundo, que vive, que lucha, que sufre, en suma, ya que si por algo vale la humana criatura es por su capacidad para el dolor.

El asunto es sencillo, trivial. Un caso de adulterio, salvado a tiempo por una buena muchacha que aparece ante todos como heroína de una aventurilla donjuanesca de cierto abogado del pueblo, quien en rigor sostiene relaciones amorosas con la esposa de un honrado vecino de la localidad. Aunque parece a primera vista un tanto inverosímil — quizá lo sea — la chica carga con el peso del pecado cometido por su tía y evita la tragedia conyugal, admitiendo su noviazgo con el supuesto seductor y terminándose la comedia en una

forma suave, confiando en el olvido de todo. Es bonita "Pueblerina", está bien escrita y realizada teatralmente. El público no se da cuenta de que termina, pues está acostumbrado al efecto violento de los desenlaces calderonianos.

Correctos los intérpretes, se destacaron Muñio y la actriz Carmen Valdéz, quien demostró gustar de su papel y trabajar con entusiasmo. También Totón, De Angelis y Batista se desempeñaron lucidamente.

Este elenco tiene varias piezas a estrenar en breve, entre las cuales recordamos "Como el hornero", de Oscar R. Beltrán y Salvador Riese, quienes ya estrenaron en colaboración, en otras salas, con buen resultado.

"RIQUIÑA", EN EL MAYO

Con una pieza ingenua, harto sentimental y de asunto gastado y cursi, celebró su función de beneficio la bella actriz de la compañía Juárez-Sanjuán, Blanca Alonso de los Ríos, artista que podría muy bien haberse lucido como correspondía en una velada semejante. "Riquiña", evocación de costumbres gallegas o, mejor dicho, pretendida evocación, es pesada y sus autores, De la Torre y Carballés, no han logrado dar la sensación de ambiente que podía esparcirse, ni encontrado un asunto interesante. La de los Ríos, empero, dió mucho relieve a su papel y fué largamente aplaudida, aplausos que en realidad antes fueron para la artista que goza de la simpatía del público que para la intérprete de una "Riquiña" llorona y cursi, que hace varias tonterías por minuto y dice muchas más, por culpa de los autores.

EL CARTEL DE DE ROSAS

La compañía nacional del Ateneo, que procura elevar el nivel de la producción local, después de haber obtenido un discreto éxito con la pieza de Duhau, "Para el aperitivo de las ocho", ha debido estrenar en estos últimos días "Un hombre sin corazón", obra de Luis Rodríguez Acasuso cuyos ensayos se venían ultimando cuando trazábamos estas líneas. Por otra parte, este conjunto estrenó en una vermut "Todo por ella", versión castellana debida a Luis Motta, de "La verité toute nue", pieza de carácter cómico que proporcionó horas de hilaridad al público y que no obstante la adaptación interesante, por la serie de incidencias de índole regocijante que se suscitan a lo largo de sus tres actos.

DEBUTA LA MEMBRIVES

Para el 29 se anuncia el debut de la compañía de Lola Membrives en el Avenida, no habiéndose señalado todavía la obra con que se presentará.

Entre las novedades que ofrecerá este conjunto, figuran "Lo que ellas quieren", de Federico Oliver; "Magda la tirana", de Pilar Millán Astray; "La rueda de la virtud", de Araquistain; "Juan de Mañara", de los hermanos Antonio y Manuel Machado; y "Brandy, mucho brandy" primera producción teatral de Azorín que tanto revuelo produjo en España.

ATORRANTOCRACIA

Continúa ofreciendo Parra la nueva producción de Hickon, "El más grande vagabundo puede ser dueño del mundo", que divierte mucho al público. La gracia del gran bufo se derrama generosamente desde la escena del Argentino y nadie puede aventurarse a prever cuando se variará el cartel.

BARRO PECADOR

Ya es cosa clara y sabida y que no causa extrañeza ver que las obras teatrales se retuercen y trastruecan. De un drama sale un sainete, de un sainete una comedia, de una comedia una farsa, de una farsa una zarzuela, de tres actos se hace uno, de un chiste malo una escena, sin ninguna idea de diálogo y de otro tanto una pieza. Todo se transforma a gusto y es a fuerza de destreza que sin hacer nada nuevo todo al cabo se renueva. Si hay un barro pecador que a todo se amolda y pliega, blando, suave, dúctil mágico, es este de hacer comedias.

Pincho

SE BENEFICIO BLANCA VIDAL

Con el procedimiento sintético de reducir a un acto piezas de tres, se presentaron en el Smart "Doña Clarines" de los Quintero y "El abanico de Lady Windermere" de Oscar Wilde, para beneficio de la primera actriz de carácter Blanca Vidal. Muchos aplausos, muchos obsequios, una gran fiesta en suma.

CINE EN EL MARCONI

Por determinado número de funciones se hará cine en los dominios del redondo y simpático Miguelito. Un "film" de esos instructivos y, a la vez, terroríficos, titulado "El flagelo de la humanidad", hizo desfilar medio Buenos Aires por el Colón del Oeste.

GRAND SPLENDID

El cartel de la semana, preparado por don Carmelo Carbone, es de aquellos que obliga a sacar el cartelito de "No hay más localidades". Dicho esto, huelgan los comentarios y conviene hacerse reservar palcos y plateas desde ya.

GLORIA

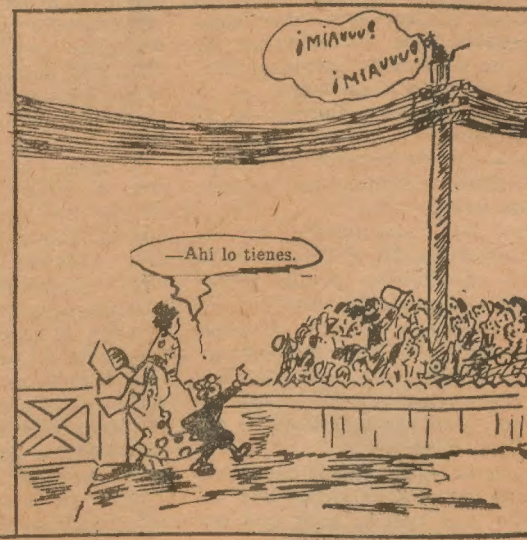
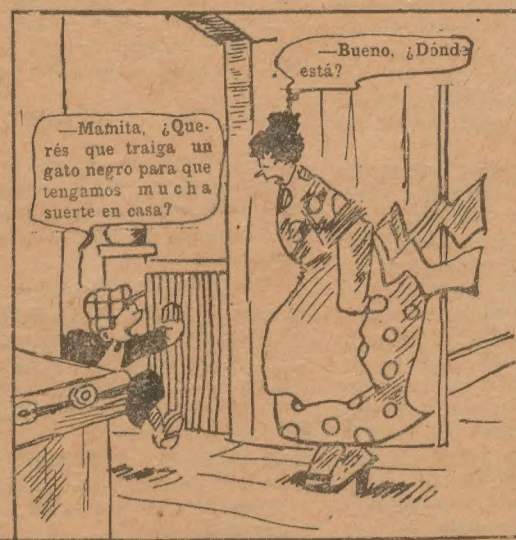
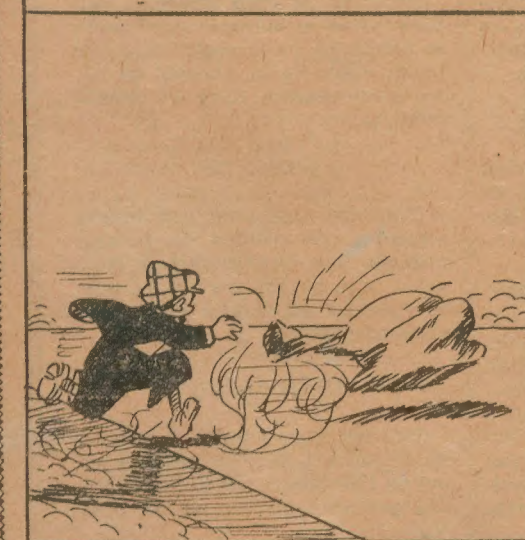
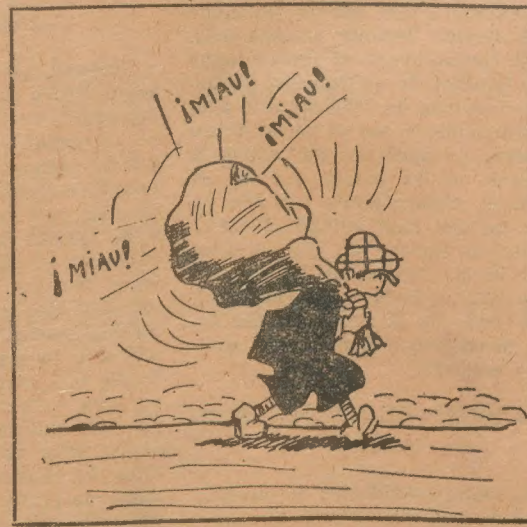
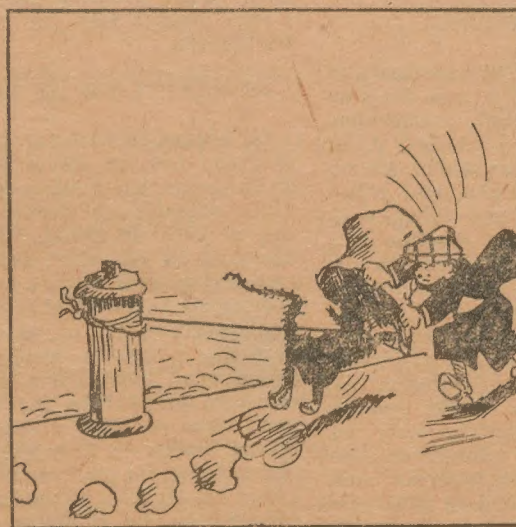
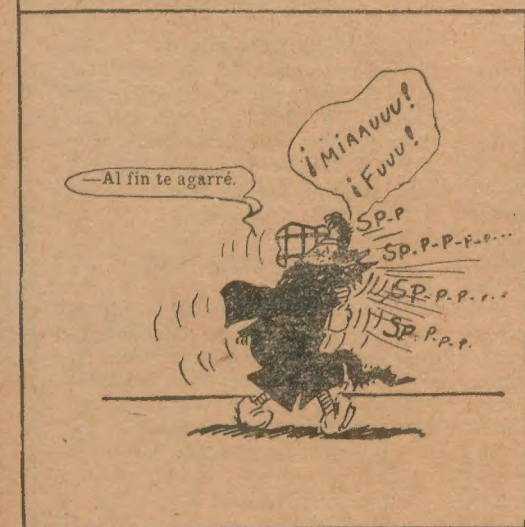
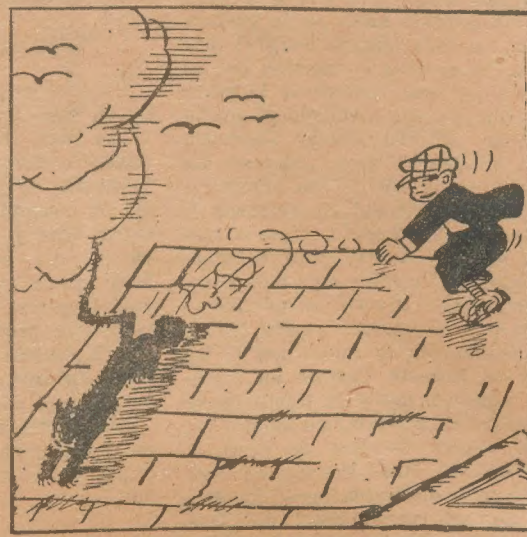
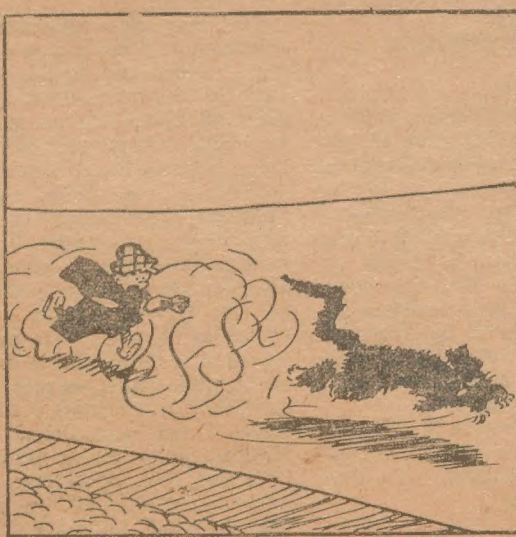
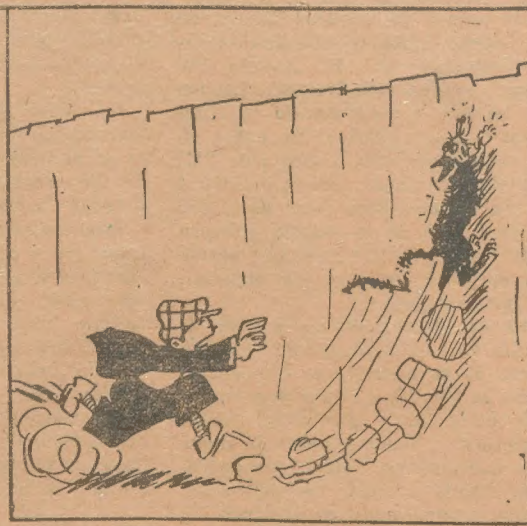
Películas de gran atracción pertenecientes a marcas acreditadas, se exhibirán en la semana en este bonito salón de la Avenida de Mayo, generalmente lleno de selecto público.

CAPITOL

Continúa pasándose con mucha afluencia de público la notable película "Los últimos días de Pompeya", que es admirada sin reservas por los entendidos en el arte cinematográfico.

CINE PARCK

Con numeroso público desarrolla su temporada este acreditado salón de Palermo donde se pasan lindas películas de marcas de prestigio.

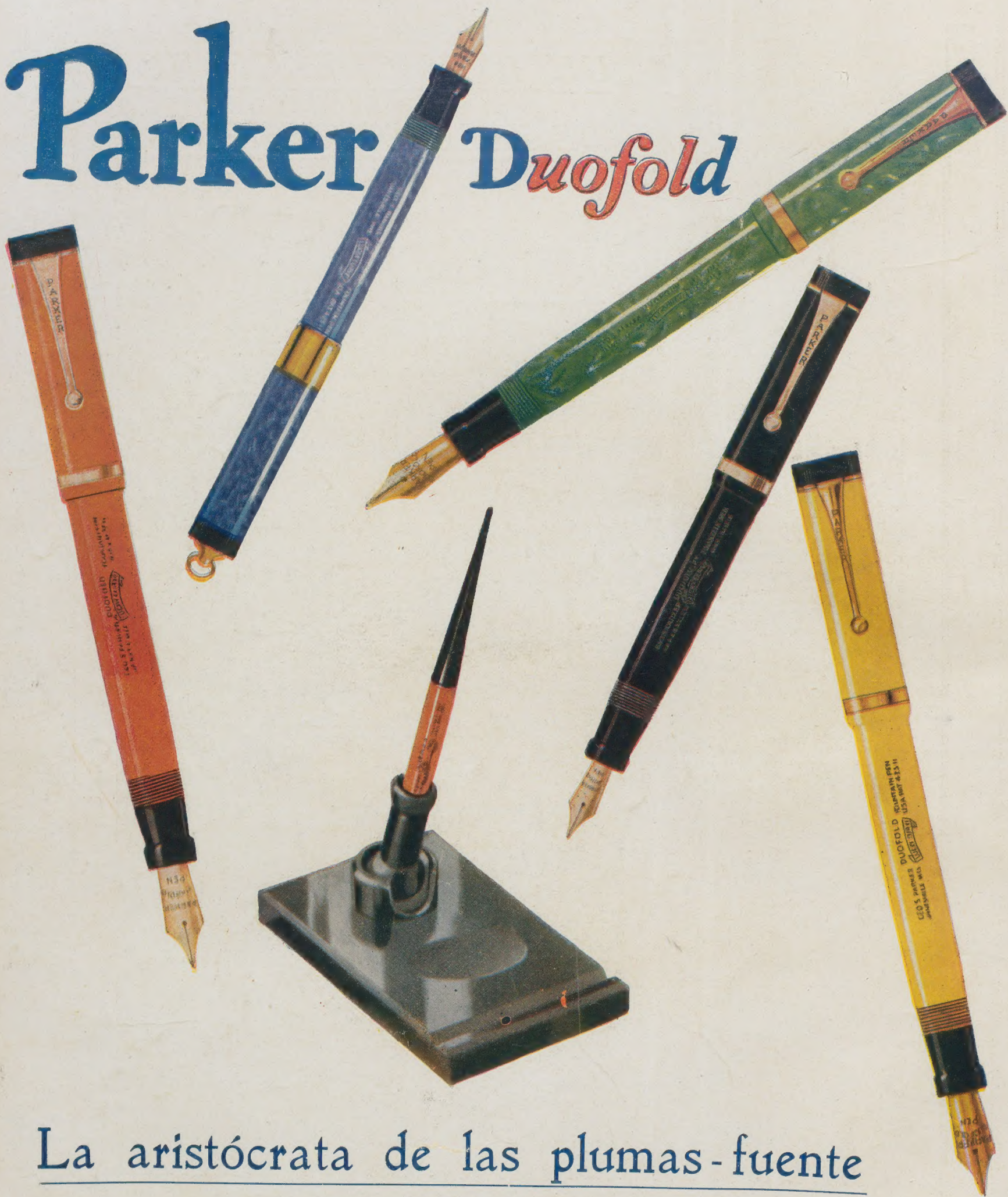


ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. MODELO DRECOLL. — Traje para la tarde, confeccionado en muselina de seda negra, con hebilla bisutería. — 2. Traje para jovencita, hecho de crespón Georgette color rosa, adornado con pliegues nervaduras. 3. Traje para la tarde, confeccionado en crespón Georgette, estampado en varios tonos del gris sobre fondo madera de rosa y guarnecido con piel ratón chinchilla.

Parker Duofold



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY CO.

769 - Moreno - 775

38 - Mayo - 2815

Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.